

Su amor era imposible... pertenecían a mundos diferentes.

Año 1
33

Caminos diferentes

Novelas con corazón

México $ 30
Venezuela Bs. 6
Puerto Rico Dls. 1,40
Colombia $ 80
República Dominicana $ 1,40
Otros países US. Dls. 1,50 o su equivalente.

Caminos diferentes

Yvonne Whittal

2º Un médico para mí

Caminos diferentes (1981)
Título Original: Where two ways meet (1981)
Serie: 2º Un médico para mí
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 33
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jordan Merrick y Margot Huntley

Argumento:
La diferencia social entre Margot Huntley y Jordan Merrick era muy marcada, como se lo había hecho ver él, con tanta crueldad, hacía siete años. Ahora, Jordan había regresado para trabajar en el mismo hospital que ella. Pero muy pronto Margot descubrió que sus intenciones con respecto a ella iban más allá del terreno profesional. ¿Por qué la perseguía, si después de todo ya estaba comprometido con una mujer de su misma clase?

Capítulo 1

La noticia de que Jordan Merrick regresaría a Sudáfrica después de haber pasado varios fructíferos años en Europa, se había extendido con rapidez por todo Willowmead, un pequeño pueblo situado en el corazón del valle productor de vino que estaba en El Cabo, pero Margot Huntley la escuchó por primera vez en la sala de operaciones de la clínica local donde, como enfermera de la sala, estaba asistiendo al doctor Daniel Grant cuando él, expertamente reconstruía la desfigurada cara de un paciente que le habían recomendado en Ciudad del Cabo.

Daniel Grant, un hombre nervioso e inteligente, rara vez comenzaba alguna conversación en la sala de operaciones, pero ese día en especial era una excepción, y la charla giraba alrededor de la llegada del hombre que ocuparía el puesto de cirujano mayor, vacante por varias semanas. En determinado momento de la conversación, el doctor Grant apartó la mirada de su trabajo.

—Usted debe conocerlo, enfermera Huntley —dijo—. Se trata de Jordan Merrick.

Margot titubeó, pero sólo por una fracción de segundo antes que sus largos años de entrenamiento la ayudaran a controlarse, entregando al doctor Grant con mano firme, el instrumento requerido, sin que nadie notara nada raro en ella. Pero debajo de su máscara de indiferencia sus labios se habían apretado y su boca había quedado seca.

—Como la mayoría de las personas de Willowmead, he oído sobre Jordan Merrick, pero no lo conozco —dijo Margot.

Después de eso, la conversación disminuyó a la vez que la operación progresaba y se tornaba más complicada, Margot hacía a un lado sus pensamientos, para mirar con interés y fascinación, cómo las hábiles manos del doctor Grant lograban el milagro de la cirugía reconstructiva. Fue varias horas después, cuando entró en la pequeña oficina designada a las enfermeras de la sala de operación, que se detuvo para ponerse a pensar en el nuevo cirujano mayor.

"Como la mayoría de las personas de Willowmead he oído sobre Jordan Merrick" —ella recordó sus palabras y otras cosas que hubiese preferido olvidar.

Jordan Merrick fue uno de los estudiantes más brillantes de

Willowmead. Como atleta y capitán del equipo escolar de Rugby, se ganó el honor de que grabaran su nombre en una placa colocada en la pared del salón de descanso de la pequeña, pero ilustre escuela de Willowmead. Además de esto, había sido uno de los más atractivos muchachos, y todas las chicas —incluyendo Margot—, en un tiempo u otro se habían enamorado del alto adonis de cabellos oscuros y musculoso cuerpo.

Margot tenía diez años, y él era un joven de diez y ocho que se encontraba en su último año escolar, cuando sus caminos literalmente chocaron por primera vez. A ella la habían enviado con un mensaje para una clase superior, cuando, viniendo en dirección opuesta, ambos al rodear la esquina al mismo tiempo, se tropezaron y el impacto hizo que Margot cayera. Un fino pañuelo blanco apareció en las manos de Jordan para secar sus lágrimas y quitarle, delicadamente, la tierra que tenía en la rodilla lastimada. Ella lo había idolatrado desde el momento en que miró sus oscuros y preocupados ojos. Desde entonces, él había sido su héroe, su ídolo, pero como todos los ídolos, se había caído del pedestal donde ella lo puso.

Lo anterior vino en forma cruel. Por más de medio siglo las vías del ferrocarril habían dividido en dos secciones la comunidad de Willowmead; en un lado se encontraban las familias de clase superior, y en el otro, las familias menos afortunadas. La mejor de las secciones se encontraba al oeste, al pie de la montaña, mientras que el otro lado se extendía por el este hacia el río, y ni siquiera en las aulas las dos clases se mezclaban.

Margot vivía en la sección más pobre, en una pequeña casa, de dos dormitorios. Habían vivido ahí desde que tenía memoria. Su padre trabajó largas jornadas por un salario insignificante como empleado del ferrocarril, logrando, gracias a sus ahorros, pagar su casa, donde aun sin lujos, no faltaba lo esencial, hasta que un inesperado accidente terminó con su vida cuando Margot apenas contaba ocho años. La pensión paterna les aseguraba el techo, pero la madre se vio obligada a volver a su antiguo trabajo de modista para poder obtener lo suficiente.

Jordan Merrick vivía en la sección de los ricos. Era el único hijo de una pareja madura, y aunque el señor Merrick había muerto hacía dos años cuando Jordan todavía estaba en Europa, la señora Merrick aún ocupaba la enorme mansión. Eran la crema de la alta sociedad y la madre de Margot fue la modista de la señora Merrick,

la cual asistía a las reuniones más importantes, usando rara vez el mismo vestido en dos ocasiones. Margot hacía casi todas las entregas de su madre y, como resultado, en varias oportunidades pudo ver a Jordan durante esos años en que aún era estudiante de medicina.

Recordaba claramente la última vez que lo había visto. Ella tenía diez y siete años, él, ocho más que ella, se encontraba en su último año de la universidad. Margot se había dirigido hacia la casa de los Merrick para entregar un vestido, y Jordan fue quien le abrió la puerta. Su acostumbrada sonrisa cambió por una mirada hostil cuando se encontró con ella, y sin tomarle el paquete, se alejó penetrando en un cuarto.

—Es esa chiquilla del otro lado del pueblo, y me sorprende mamá, que no le hayas dicho que hay una entrada de servicio — Margot lo había escuchado con claridad.

Él tal vez no comprendió que Margot hubiese podido oír ese desagradable comentario, que dijo con tono enfadado. Herida y decepcionada, había dejado el paquete sobre una pequeña mesa en la entrada y volvió a su casa con una furia que borraba la tierna admiración que sentía hacia él, y jurando nunca volver a casa de los Merrick. Hubiese podido esperar esas palabras en la madre de él, pero no en Jordan, pues pensaba que él era diferente, por lo que le resultó una dolorosa sorpresa haber descubierto que su ídolo era, después de todo, un snob como su madre y varias otras familias del lugar.

Muchos de los prejuicios sociales se habían eliminado durante los últimos años, gracias a la llegada de varios extranjeros al pueblo, pero las costumbres son difíciles de cambiar y las humillaciones sufridas en la niñez no siempre se olvidan, con el resultado de que Margot se mantuvo reacia a hacer nuevas amistades, con excepción de las relaciones que hacía en su trabajo.

Volviendo sus pensamientos al presente, Margot suspiró mirando al reloj que llevaba prendido en su blanco uniforme. Era tiempo de regresar a casa y, poniéndose la capa azul oscura sobre los delgados hombros, recogió su bolsa de mano, y dejó la oficina, cerrando firmemente la puerta detrás de ella. Por el pasillo pasó el doctor Grant quien se dirigía hacia la sala de los pacientes, y sin detenerse, inclinó con brevedad la cabeza hacia ella.

Como director asociado, jefe de cirugía y en parte dueño de la clínica, el doctor Grant tenía el respeto y admiración de todos, y

aunque en algunas ocasiones sus bruscos modales asustaban un poco, Margot sabía que se interesaba profundamente por el bienestar de sus pacientes, puesto que casi nunca dejaba la clínica sin haber visitado a todos, sin importarle la hora.

Había ocasiones en que Margot sentía lástima hacia su esposa, pero Joanne Grant seguramente entendía su preocupación mejor que cualquiera otra persona, considerando que ella había trabajado también en el hospital junto a su esposo.

Durante los meses de invierno anochecía más temprano. Margot, cerrándose su capa para abrigarse mejor, se alejó con rapidez del edificio amarillo hacia su pequeño coche verde. Los altos cipreses, robles y castaños, proyectaban una oscura sombra sobre el bello y espacioso jardín de la clínica que se encontraba encima de la montaña dominando el valle, pero Margot sólo dio una rápida mirada a su alrededor.

Sus pensamientos regresaron a Joanne Grant y los años que ella había pasado como enfermera en la clínica antes que llegara a Willowmead el doctor Grant para ocupar el puesto del fallecido doctor Van Amstel. En ese tiempo se le conocía como Joanne Webster, y aunque había permanecido alejada del resto del personal, y en algunas ocasiones se mantenía como un misterio, Margot la había encontrado competente como jefa de enfermeras. Después de varias semanas de la llegada del doctor Grant, toda la gente de la clínica estaba sorprendida con la noticia de que Joanne era en realidad, la esposa del estimado doctor Daniel Grant, y lo había sido desde hacía año y medio. Margot nunca comprendió por qué lo mantuvieron en secreto, pero imaginaba que ellos habían tenido sus razones. Durante los tres años que transcurrieron, Margot, se había encontrado con Joanne Grant en algunas reuniones y la encontraba cálida, amistosa y sincera.

Cuando Margot llegó a la casa y estacionó su coche, no estaba pensando en Joanne Grant sino en Jordan Merrick, y de su regreso a Willowmead fue de lo primero que le habló su madre en el momento que entró en la casa.

—He oído que Jordan Merrick regresará para trabajar en la clínica —dijo Beryl Huntley y Margot la miró sorprendida.

—Alguien ha estado corriendo la noticia —comentó con frialdad.

—¿Entonces ya estabas enterada? —preguntó su madre.

—Lo supe esta tarde —Margot miró a la pequeña y frágil mujer

sentada en una silla junto a la limpia mesa, y con un gesto de curiosidad le preguntó—: ¿Quien te lo dijo?

—Phyllis Green —Beryl Huntley sonrió con gracia—. Ella vino esta tarde a tomar el té conmigo.

—¡Desde que su hijita Betsy ha estado trabajando en la oficina postal, su madre se ha convertido en una verdadera fuente de información! —exclamó molesta.

Beryl Huntley movió la cabeza afirmando y cambió de tema.

—Eva Merrick debe estar encantada con la idea de que su hijo ha venido a quedarse.

—Me imagino que sí —contestó Margot sin mucho interés.

—Él siempre ha sido un muchacho muy bueno y cortés.

—Es un Merrick —le recordó a su mamá.

—Eso es cierto, pero antes pensabas mucho en él —Beryl Huntley miró con atención a su hija—. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Maduré —dijo con seguridad, mientras que dejaba sobre la silla su capa y bolsa de mano para servirse una taza de café. Ella lo tomaba negro con poco azúcar, y mientras lo hacía observaba a su madre.

Beryl Huntley envejecía. Había perdido mucho peso durante los últimos meses. Sus ojos grises, iguales a los de Margot, no brillaban como de costumbre, y sus laboriosas manos descansaban sobre la mesa. Esas manos habían trabajado con frecuencia durante muchas noches, cosiendo y trabajando con dedicación para tener listos los pedidos de ropa, y con el dinero que ganaba, había pagado la educación de Margot y otros gastos elementales de su vida cotidiana.

El dinero que había ganado Margot como enfermera principiante del Hospital General de Willowmead, alivió bastante la presión económica del hogar. Sin embargo, durante los cuatro años que ella estuvo estudiando, su salario era tan insignificante que no pudo ayudar a su madre lo suficiente para que dejara de trabajar.

Observando a su madre, comprendió que esos años de duro trabajo y privaciones, la habían afectado, y eso la preocupó.

—¿Cuándo tienes que volver al doctor Turner? —preguntó, y su madre le hizo un gesto evasivo con la mano.

—A fines de mes —dijo Beryl con cierto disgusto.

—No deberías trabajar tanto, mamá —le sugirió Margot mientras enjuagaba su taza—. Yo fácilmente podría llegar más

temprano a casa para hacer la cena.

—¡De ninguna manera! —exclamó con indignación Beryl—. ¡Estás todo el día de pie, y no voy a permitir que regreses para que te pongas a cocinar!

—Tú necesitas descansar más.

—Descanso lo suficiente —insistió su madre, tratando con una sonrisa, de no causarle preocupación a Margot.

No había ninguna sonrisa en los labios de Margot mientras contemplaba a su madre. No estaba convencida, pero colocó los platos sobre la mesa y fue a darse un baño antes de cenar.

Jordan Merrick había llegado a la clínica causando una gran conmoción entre las enfermeras. La jefe Selby, también parecía estar profundamente impresionada, cuando ella y el doctor Grant entraron esa mañana en la oficina de Margot con el nuevo cirujano mayor.

"Ha cambiado considerablemente, con el paso del tiempo", pensó Margot mientras se levantaba con rapidez, calculando que tendría treinta y dos años. Su rostro había madurado en forma muy atractiva, pero lo que mas le llamaba la atención, a pesar de sus sentimientos antagónicos hacia él, era su autoritaria personalidad.

La jefa Selby hizo la presentación oficial y de repente la boca de Margot se secó, cuando la delgada pero fuerte mano de Jordan, apretó la de ella.

Comprendió que no debió haber temido encontrarse con su mirada, puesto que esos oscuros ojos la observaron sin reconocerla.

—El doctor Merrick pasará los primeros días familiarizándose con los diferentes casos antes de comenzar a operar, y confío en que usted, enfermera Huntley, lo asistirá en la sala de operaciones tan eficazmente como lo hace con todos.

Por alguna razón, el comentario del doctor Grant le había parecido a Margot como si él sospechase el antagonismo que ella sentía hacia el nuevo cirujano mayor, a la vez que le estaba haciendo una advertencia.

—Haré lo mejor que pueda, como siempre, doctor Grant —declaró ella con cierto tono de resentimiento.

El jefe de los cirujanos inclinó la cabeza y salió de la pequeña oficina con la jefa Selby. Jordan Merrick titubeó ligeramente antes de acompañarlos, como si algo en la enfermera le hubiese causado

extrañeza, pero no pudo definir qué a través de su mirada, y salió siguiendo a los demás.

Margot tenía que reconocer que se había sentido temblorosa cuando él se fue, pero el resto del personal de la sala de operaciones llegaría pronto y tenía mucho que hacer antes del comienzo de la operación que estaba programada para esa mañana.

Ella no deseaba trabajar con Jordan Merrick, pero algunos días después de hacerlo encontró que resultaba fácil ayudarlo en la sala de operaciones, aunque sus métodos eran diferentes a los de allí. No dejaba de observar con respeto y admiración cómo sus delgados dedos reparaban los tejidos cicatrizados de la cara de una mujer joven.

Finalmente sacaron a la paciente de la sala de operaciones, Jordan se quitó la máscara y se volvió hacia Margot.

—Debo felicitarla a usted y a su equipo, enfermera Huntley —dijo con una sonrisa—. Fue un placer trabajar bajo condiciones tan organizadas en una sala como ésta.

—Gracias, doctor Merrick —respondió Margot, y de inmediato se dirigió a su trabajo para revisar los instrumentos.

Jordan caminó a su lado, pero ella lo ignoró y después de un momento él se fue. Cuando la puerta se cerró detrás de Jordan Merrick, se escucharon risas entre las dos enfermeras que habían sido asignadas a las salas de operaciones. Margot miró hacia las chicas observando, que casi se desmayaban de la emoción.

—¡Oh, enfermera Huntley! ¿No es divino? —dijo emocionada Amy Barker, la mayor de las dos, mientras miraba, con cierto dramatismo, hacia el techo—. ¡Con gusto me enfermaría para que él me curara!

Margot sonrió para sus adentros y se dirigió hacia la enfermera.

—Amy, creo que será tu cuello el que va a ser cortado si esta sala de operaciones no está arreglada para cuando venga la jefa a hacer su inspección, dentro de media hora.

—¡Está bien! —Amy Barker llamó la atención a la chica junto a ella.

—Vámonos a trabajar June.

Margot revisó la bandeja de los instrumentos una vez más antes de dejar la sala y regresar a su oficina para escribir su reporte. La jefe Selby llegó, media hora después, y Margot la acompañó para que hiciera su revisión semanal a la sala de operaciones la cual había sido pulcramente limpiada por las dos muchachas. No fue

sino hasta las cinco de la tarde que ella logró regresar a su oficina, y apenas había comenzado su reporte, cuando un movimiento en la puerta la hizo mirar hacia esa dirección para encontrarse con la dominante figura de Jordan Merrick. La chaqueta de su traje azul estaba desabrochada y tenía las manos dentro de los bolsillos.

—Discúlpeme si la interrumpo, pero…

No continuó hablando. Sus ojos oscuros la miraban con fijeza mientras se acercaba al escritorio. Ella se puso de pie en señal de respeto, pero él le indicó con un gesto que se sentara.

—Tengo la idea de que nos hemos conocido en alguna otra ocasión —comentó de repente Jordan—. ¿Estoy en lo correcto?

Margot sintió su intensa mirada, pero contestó con cortesía y sin titubeos.

—Mi madre solía coserle a la señora Merrick.

—¡Ah sí, ahora lo recuerdo! —la duda de su rostro desapareció y sonriendo le dijo—: y usted acostumbraba trabajar en la tienda de Sally Cohen los domingos en las mañanas y las vacaciones escolares, por un poco de dinero.

Se sorprendió que hubiese recordado eso, a la vez que le molestó el comentario, por lo que dijo con aspereza:

—Ese poco dinero, como usted lo llamó, doctor Merrick, en muchas ocasiones ayudó a mi madre con los gastos de la casa.

Su sonrisa desapareció y a la vez su rostro se puso tenso.

—No fue mi intención ofenderla.

—Estoy segura que no, doctor Merrick —respondió con sarcasmo y puso fin a la conversación, al indicarle la puerta abierta detrás de él—. Si no le molesta, tengo que terminar de escribir mi reporte antes de regresar a la casa.

—Claro —dijo él en seguida, a la vez que se puso de pie para retirarse de la pequeña oficina—. La veré de nuevo, enfermera Huntley.

Una vez que él se retiró, a Margot le fue difícil concentrarse de nuevo en su trabajo. Eran casi las seis, cuando por fin se pudo ir en su coche, pero apenas había salido a la carretera que conducía al pueblo, cuando vio a través del espejo retrovisor un Mercedes blanco. Se acercaba a ella con gran velocidad, por lo que se hizo a un lado para permitirle el paso, pero éste no la rebasó y permaneció detrás todo el camino hasta llegar al pueblo. Con la poca luz que había, le fue imposible reconocer al conductor, y tampoco al coche. Se puso un poco nerviosa cuando comprobó que todavía la seguían,

pero una vez que estacionó su coche, notó que el Mercedes continuó su marcha.

Margot se quedó mirando intrigada, a lo largo de la calle silenciosa y solitaria en la que había una hilera de pequeñas pero limpias casas; entonces, alzando los hombros con actitud indiferente entró en la suya.

Durante la cena, Beryl Huntley le preguntó con curiosidad a su hija:

—¿Ya lo has visto?

—¿A quién te refieres? —preguntó Margot sin emoción.

—No seas tan terca, Margot —respondió con impaciencia su madre—. Bien sabes que me refiero a Jordan Merrick.

—Sí, lo he visto —respondió con indiferencia.

—¿Ha cambiado mucho?

—Por lógica, se ve un poco más maduro —contestó secamente Margot—. Mamá, por favor ¿me pasas la sal?

—¡Me gustaría que no te comportaras tan indiferente! —respondió su madre a la vez que le pasaba la sal.

—Lo siento.

—¿Y qué? —preguntó Beryl Huntley después de algunos segundos—. ¿No me vas a seguir hablando de él?

—Mamá, en realidad no hay nada que decir —respondió molesta—. Hoy trabajé por primera vez con él en la sala de operaciones y considero que es un excelente cirujano. ¿Qué más te podría decir de él?

—¿Te habló? —insistió su madre.

—Sí, brevemente —indicó Margot—. ¿Ahora, podemos dejar de hablar sobre Jordan Merrick, por favor? El tema ya me cansó.

Beryl Huntley miró con cierta curiosidad a su hija, dejando la conversación a un lado y esforzándose en comer. De todos modos dejó su plato casi intacto, y cuando Margot estaba a punto de protestar porque no había comido, Beryl cambió el tema diciendo:

—Joanne Grant estuvo aquí como a las cinco de la tarde.

Margot abrió los ojos asombrados por la sorpresa.

—¿La esposa del doctor Grant? —preguntó incrédula.

—Pues no conozco a ninguna otra Joanne Grant. ¿Y tú? —contestó su mamá sonriéndole con cariño.

—Qué pregunta tan tonta —contestó Margot mientras se servía el café—. ¿Qué quería?

—No me dijo —respondió la madre—. Deseaba verte, pero como

te demoraste tanto, se tuvo que ir a ver a su hijita.

—¿Y no te dijo lo que quería? —preguntó Margot curiosa por saber por qué Joanne Grant se había molestado en venir.

—No tengo la menor idea —replicó su madre—. Tomamos un poco de café y hablamos, pero cuando vio que era tarde se fue.

—Qué raro —murmuró Margot para sí, mientras permanecía sentada en la cocina tomando su café.

—Es una persona encantadora, y no está influenciada por la posición privilegiada que tiene su esposo en nuestra sociedad tan llena de prejuicios —recalcó Beryl Huntley—. Ella no quiso sentarse en la sala y nos quedamos en la cocina tomando café y charlando.

Margot pensó que no tuvo nada de malo que hubiesen tomado el café en la cocina, pues era un lugar agradable con sus limpias y floreadas cortinas, los armarios blancos, y la mesa tan pulcra. En realidad era allí donde ellas hacían todas sus comidas puesto que no tenían comedor, pero la idea de que Joanne Grant hubiese visitado su casa, le pareció rara, no pudiendo suponer a qué obedecía la visita.

Margot suspiró a la vez que introducía los dedos en su rojiza cabellera que ahora que no vestía el uniforme, llevaba suelta. No estaba avergonzada de su casa, por el contrario, se sentía muy orgullosa de ella, pero todo el incidente la intrigaba, lo que hizo que pensara en ello hasta la hora de dormir.

A la mañana siguiente, Margot se enteró del porqué de la visita de Joanne Grant. Apenas tuvo tiempo de colgar su capa, cuando sonó el teléfono que contestó de inmediato, sin sospechar que se trataba de la esposa del jefe de cirujanos.

—Me alegro de encontrarte antes que entres en la sala de operaciones —le dijo Joanne—. Esperaba poder hablar contigo personalmente, por esa razón fui a tu casa ayer por la tarde, pero creo que por teléfono será suficiente —hubo una breve pausa y comenzó a explicarle—. Estoy organizando una pequeña cena de bienvenida en honor del doctor Merrick para mañana y me gustaría que vinieras.

Margot sintió una sensación desagradable en el estómago. Le disgustaba negarse a cooperar con Joanne Grant, pero el simple hecho de tenerse que reunir con la clase alta de Willowmead, la hizo sentirse un poco incómoda por lo que le dijo decidida:

—Temo que no podré, señora Grant.

—¡Oh Margot, no digas eso! —protestó Joanne con desilusión.

—Lo siento.

—No hay otra persona que pueda invitar y me hubiese agradado mucho que asistieras —explicó, sorprendiendo a Margot—. ¿No podrías posponer tu otro compromiso?

Aprovechando que la señora Grant creía que ella tenía otro compromiso, Margot dijo con firmeza:

—Temo que eso será imposible.

—¡Oh, qué lástima! —por un momento Joanne no supo qué decir, pero después insistió—: ¡Oh, bueno…!, si cambias de manera de pensar…

—Lo siento, señora Grant —dijo Margot disculpándose, como si hubiese decepcionado a una vieja amiga.

—También yo —contestó Joanne con sinceridad. Se detuvo un poco con la esperanza de que Margot cambiase de idea, para después decir con rapidez—: dile a mi esposo que cuando se desocupe me llame. ¿Lo harás?

—Lo haré —prometió Margot a la vez que colgaba el teléfono.

Se quedó un momento mirando el teléfono, pensativa, después suspiró y se puso a revisar el horario de las operaciones de ese día. El doctor Grant no tenía ninguna programada para esa mañana; le pidió a la operadora que le comunicara con la oficina, pero le informaron que el doctor Grant estaba en una junta con el doctor Ellis, uno de los directivos y dueños de la clínica, no quedándole a Margot otra alternativa que dejar el recado de que se comunicase con su esposa en el transcurso de la mañana.

Después de eso, Margot no tuvo tiempo de pensar en la invitación de Joanne Grant. Estuvo toda la mañana asistiendo a Jordan Merrick en una delicada operación. Cuando terminó la intervención se encontró libre y con tiempo suficiente para disfrutar de su comida en la cafetería del hospital.

Se sirvió una poca de ensalada de pollo y una taza de café, y se sentó a una mesa cerca de la ventana, desde donde podía apreciar la vista de los jardines del hospital así como del valle. Era un día raro, porque a pesar de ser invierno, se apreciaba un sol brillante y un cielo despejado de nubes, aunque sabía que al anochecer el tiempo enfriaría. Habían pronosticado un invierno largo, pero en un día así, parecía que la primavera estaba ya cercana.

Con renuencia, Margot apartó la mirada del paisaje para concentrarse de nuevo en su comida. La cafetería se estaba vaciando rápidamente después de algunos minutos. Ella también

tuvo prisa en retirarse, por lo que se levantó colocando sus platos en la bandeja.

—¿Ya se retira, enfermera Huntley? —le preguntó una voz familiar y cuando levantó la mirada, pudo ver que se acercaba el doctor Grant trayendo una taza en la mano.

—Tengo algunas cosas que revisar antes de comenzar la operación de esta tarde —explicó ella, pero él le indicó que se sentara de nuevo.

—Siéntese —ordenó abruptamente—. No disfruto mi café si no estoy acompañado.

Ella consideró difícil darle una excusa, puesto que cuando el jefe de cirujanos pedía algo, era costumbre obedecer, por lo que accedió sentándose frente a él. Se sintió un poco fuera de lugar mientras lo observaba tomando el café, pero por fin su curiosidad le hizo decir:

—Discúlpeme por comentario, doctor Grant —comentó a decir —, pero es muy poco usual que usted se encuentre en la cafetería a esta hora.

—Bueno… —sonrió iluminando sus ojos azules—. ¿Cuál es ese buen refrán que habla acerca de lo bueno que es cambiar las costumbres?

Margot no respondió, pero notó que él con frecuencia miraba hacia los lados, como buscando a alguien.

—¿Está usted esperando a alguna persona, doctor Grant? —preguntó después de un rato, sorprendiéndose al oírle reír.

—Escuche, enfermera Huntley, nunca he sido bueno para jugar a estas cosas, por lo que debo decirle que mi esposa me pidió que la retuviese aquí y… —un pequeño coche de color azul que Margot reconoció, se estacionó cerca de la cafetería y relajándose visiblemente el doctor Grant dijo—: ¡Mire, ahí está!

De pronto Margot se puso tensa, mientras veía con admiración la alta y esbelta figura que salía del coche para encaminarse hacia la cafetería. Sus pasos eran ligeros y el sol hacía que sus cabellos castaños lanzaran reflejos dorados. Daniel Grant también contemplaba a su esposa, y Margot notó cómo su cara usualmente seria, se suavizaba en una forma que nunca antes había visto.

Joanne desapareció de vista por un momento, para reaparecer en la puerta de la cafetería. Se detuvo mirando alrededor del comedor y al fijarse en ellos, sonrió a la vez que se dirigió hacia su mesa con rapidez.

—Daniel, lamento mucho haberme demorado, me detuvieron en

el último momento y… —se detuvo de pronto, acercó una silla para sentarse mientras miraba a su esposo y a Margot—. ¿Pasa algo malo? —le preguntó a su marido.

—Debo decirte que le dije a la enfermera Huntley que tú me pediste que la detuviera —le explicó él.

—¡Oh Dios!, —exclamó Joanne.

—Si se refiere a la reunión de mañana en la tarde señora Grant, insisto en que me es imposible asistir —le informó Margot a la vez que se levantó para retirarse.

—Creo que debo irme para que las dos discutan a solas —intervino el doctor Grant mientras que miraba a su esposa como diciéndole: "Te lo dije". Se levantó apretándole ligeramente el hombro—. Te veré más tarde, querida.

Margot estaba a punto de seguirlo, pero Joanne, unos centímetros más alta que ella, le cerró el paso.

—Lo siento Margot —se disculpó, al mismo tiempo que ponía la mano sobre el brazo de la chica y luego prosiguió diciendo—: Por favor… ¿te quieres volver a sentar? —Margot accedió por el respeto que sentía hacia la esposa de su jefe. Cuando se sentaron frente a frente en la pequeña mesa, ella creyó que debería explicarle a Joanne Grant que su empeño sería inútil.

—Señora Grant…

—Joanne —la interrumpió con una cálida y persuasiva sonrisa —. Nos hemos conocido por bastante tiempo y creo que ya podrás dejar de llamarme señora Grant.

Margot movió la cabeza de un lado a otro.

—Le agradezco que me haya invitado a la cena de mañana, pero temo que mi respuesta seguirá siendo la misma.

Los ojos verdes de Joanne se fijaron en Margot y recordó los tiempos cuando ella era enfermera de la clínica, y la joven apenas estaba en el tercer año de enfermería.

—Estás permitiendo que esos viejos prejuicios afecten tu decisión, ¿verdad?

La viveza de Joanne no le sorprendió a Margot, y sin bajar la mirada, le dijo con obstinación:

—Puedo estar trabajando con gente de sociedad, señora Grant, pero definitivamente no pertenezco a su ambiente.

De inmediato Margot lamentó haber dicho lo anterior cuando contempló en el rostro de Joanne Grant una expresión de total desconcierto, aunque se recuperó rápidamente a pesar de la sonrisa

triste que apareció en su rostro.

—Mi nombre es Joanne para mis amigos —le recordó a Margot — y lamento mucho que te sientas así, porque, como verás, yo tampoco vengo de una familia rica. Mi padre era empleado de una oficina pública, y mi hermano y yo nos quedamos sin recursos cuando nuestros padres murieron inesperadamente, dejándonos sin más opción que pedir caridad a otros para podernos educar —se detuvo por un momento, sus ojos se humedecieron por los recuerdos, pero entonces, sonriendo un poco insegura, agregó—: después de una conversación como ésta debes comprender que no califico para alternar en una sociedad como en la que tú me has situado.

Una de las cualidades más agradables de Joanne Grant era el tierno y cálido tono de su voz y, aunque Margot no entendía completamente el porqué de su confesión, encontró muy agradable el simple hecho de escucharla.

—¿Por qué me está diciendo todo esto? —preguntó por fin Margot, lo que hizo sonreír a Joanne con picardía.

—Esperaba poder convencerte para que asistieras mañana.

La razón por la cual esta mujer tan calmada y segura de sí necesitaba a alguien que le hiciera compañía, estaba más allá del entendimiento de Margot, por lo que se puso a la defensiva.

—Pero tú tienes a tu esposo que te acompaña.

—Daniel es uno de los hombres más adorables y maravillosos, pero como la mayoría de ellos, es muy retraído —respondió Joanne sonriendo, luego se puso seria e insistió—: ¿Vendrás para que me ayudes? ¿O es verdad que tenías otro compromiso?

Margot bajó la mirada y suspiró.

—Estás haciendo muy difícil el negarme.

—¡Me alegro! —exclamó Joanne—. ¿Entonces… vendrás?

No había forma de evadirse, por lo que Margot cedió.

—Sí, iré.

—¡Magnífico! —exclamó Joanne llena de regocijo—. Sé que tienes coche, por lo tanto, ¿te podremos esperar mañana a las siete?

—Estaré ahí —asintió Margot.

—Gracias —dijo Joanne, y al levantarse agregó—: casi se me olvidaba, la cena va a ser informal, nada elegante.

Margot observó cómo se alejaba la figura de la distinguida mujer, mientras tenía el presentimiento de que tal vez acababa de aceptar algo que lamentaría el resto de su vida. Sin embargo,

aprendió en esta reunión con la esposa del jefe de cirujanos, que Joanne procedía de una familia tan humilde como la de ella, y que a pesar de haberse casado con un rico y eminente doctor, ella continuaba siendo tan sencilla como siempre.

Capítulo 2

A la noche siguiente, Margot se sentía incómoda al llegar a la casa de los Grant, pero al verla totalmente iluminada, sintió como si con eso ya le dieran la bienvenida. La noche era fría y al bajar del coche, se tuvo que cubrir con más cuidado para protegerse de la temperatura mientras se dirigía hacia la puerta principal.

—¡Margot! —exclamó Joanne al verla, mostrándole una sonrisa amistosa a la vez que le extendía los brazos para darle la bienvenida —. Dame tu abrigo y ven para que te calientes junto al fuego.

Margot la obedeció, y mientras Joanne colgaba el abrigo, ella miró con nerviosismo a su alrededor. El amplio corredor estaba vacío a excepción de un sillón antiguo, y de una mesa de pulida madera sobre la cual había un arreglo floral. La casa estaba silenciosa, y volviéndose hacia Joanne, le preguntó con ansiedad:

—¿He llegado demasiado temprano?

—No —Joanne movió negativamente la cabeza y sonrió—. Pensé que sería más fácil para ti, llegar antes que los demás.

—Joanne… —empezó a decir Margot un poco nerviosa, sin saber qué añadir en ese momento, para después preguntarle—: ¿Por qué te estás comportando tan amable conmigo?

—No creo que esté haciendo nada en especial, pero si quieres una razón, te diré que Daniel afirma que tú eres una excelente enfermera, y esa capacidad te da todo el derecho para estar aquí. Yo soy como tú algunas veces: orgullosa, independiente, y siempre en actitud defensiva cuando sientes que estás en peligro.

Por un momento Margot sintió seca la garganta. Pensó que Joanne Grant era mucho más inteligente de lo que parecía y, sonriéndole un poco temblorosa, preguntó:

—¿En dónde está el fuego? Estoy helada —declaró, sintiéndose mucho más a gusto que cuando llegó.

—Por aquí —rió Joanne mientras tomaba a Margot por el brazo para conducirla hacia la sala donde un gran fuego ardía alegremente en la chimenea.

—¡Ah, Margot! —la saludó el doctor Grant, llamándola por primera vez desde que la conociera con su nombre de pila, en lugar de enfermera Huntley y levantándose del asiento para darle la bienvenida—. Estoy encantado de que hayas decidido venir.

Margot sospechó que el doctor estaba burlándose sutilmente de su esposa, pero Joanne lo pasó por alto y sonrió.

—Sírvele a la muchacha algo que tomar, querido. Está aterida de frío.

—¿Qué quieres, Margot? —preguntó él a la vez que cruzaba la estancia para dirigirse hacia un armario alto de roble—. ¿Deseas un vaso de nuestro famoso vino del valle?

—Sí, por favor doctor Grant —replicó Margot, a la vez que seguía el ejemplo de Joanne acercándose más a la chimenea para calentarse. Sentada y con el vaso de vino en la mano, miró con más atención a su alrededor.

La sala estaba decorada de forma sencilla pero elegante con colores suaves que sugerían un ambiente de paz y tranquilidad.

—Tienen una casa encantadora —dijo ella con sincera admiración—. Este cuarto parece haber sido hecho para relajarse.

—Tengo que agradecerle eso a Joanne —contestó Daniel Grant con una sonrisa que aligeraba la austeridad de su rostro—. Ella convirtió esta casa en un hogar, y en un sitio propio para descansar después de las largas horas en la sala de operaciones.

—Ese es uno de los mejores cumplidos que me has hecho, Daniel —contestó Joanne con sus ojos verdes llenos de satisfacción al encontrarse con la mirada de su esposo.

—Soy hombre de pocas palabras, Lorelei, y sabes que sólo hablo la verdad.

—¿Lorelei? —repitió Margot intrigada sin poderlo evitar—. Ese es un nombre poco usual —agregó.

Se cruzó una mirada íntima entre marido y mujer antes que Daniel Grant explicara:

—Joanne me recuerda a una ninfa marina cuyo nombre le viene bien a ella, por lo que de vez en cuando la llamo así.

Margot se sorprendió al ver cómo Joanne se sonrojaba, pero la conversación se interrumpió cuando escucharon el ruido de un coche que acababa de llegar.

El primero que arribó fue el semirretirado doctor Ellis, con su esposa. El doctor llegó de excelente humor, mientras que la señora Ellis irradiaba tal ternura y encanto maternal, que logró calmar los nervios de Margot.

Poco después llegaron los demás invitados, pero Margot se sintió bien disfrutando la compañía del doctor Neil Harris, el anestesista, así como la de la jefa Selby y su esposo George, el cual era director

de la escuela local. Fue la llegada de Jordan Merrick la que más le turbó y cuando entró en la sala acompañado de su madre, Margot sintió que su estómago se le oprimía.

Alto, muy atractivo y elegante, a Margot le pareció que Jordan, con su presencia, dominaba la atención de los presentes y cuando sus oscuros ojos se encontraron brevemente con los de ella, sintió una rara sensación en el pecho que casi la dejó sin aliento. Un ligero rubor asomó a sus mejillas, y bajó con rapidez la vista. Se puso a escuchar con atención la conversación entre Neil Harris y el doctor Ellis acerca del nuevo equipo de cirugía que se encontraba en el mercado.

Mientras tomaban un aperitivo antes de la cena, Joanne y Margot se encontraron cara a cara con Eva Merrick. Margot se sintió nerviosa cuando advirtió que la madre de Jordan la analizaba, con su innata y soberbia personalidad.

—Me gustaría que conociera a una amiga mía —le anunció Joanne, a la vez que pasaba un brazo alrededor de Margot—. Creo que la introducción no es necesaria, pero me agradaría presentarle a Margot Huntley. Margot, tú conoces a la señora Merrick, ¿verdad?

—Sí, nos hemos encontrado con anterioridad —logró decir Margot.

—¿Huntley? ¿Huntley? —repitió Eva Merrick con pedantería, haciendo un gesto como si no la conociera.

—Mi madre solía coser para usted, señora Merrick —le recordó Margot.

—¡Oh!, claro que sí. Tú continúas viviendo en el mismo sitio, ¿verdad?

Margot se sintió como un objeto que había sido clasificado y juzgado como de inferior calidad, pero levantó la cabeza con orgullo y dijo:

—Sí, todavía vivo allí, señora Merrick.

La mujer de cabellos plateados lanzó una mirada desdeñosa a Margot, para después volverse hacia Joanne y decirle:

—¡Me gustaría saber por qué esta muchacha se encuentra aquí esta noche!

Estas palabras produjeron en Margot una profunda amargura, pero antes que ella pudiera pronunciar cualquier palabra, Joanne se adelantó.

—Margot es enfermera de la clínica, señora Merrick —explicó con calma, pero Eva Merrick ni se disculpó, ni aceptó lo que dijera

Joanne.

—Es una lástima que en estos días no sean más cuidadosos con las personas que emplean —contestó severamente, a la vez que su fría mirada observaba a Margot de pies a cabeza.

—Son en extremo selectivos, señora Merrick —le contradijo Joanne, tomando del brazo a Margot—. Las personas se catalogan por su capacidad y no por su clase social.

El rostro de Eva Merrick se endureció, pero no tuvo la oportunidad de contestar, puesto que Joanne y Margot se alejaron.

—Siento lo ocurrido —musitó en forma de disculpa Joanne, para después agregar con disgusto—: ¡Esa mujer necesita que alguien la derribe del pedestal y espero estar presente ese día!

Margot estuvo, en su interior, de acuerdo con los sentimientos de Joanne, pero dudaba que alguien pudiese lograrlo. Momentos más tarde una mano fuerte la tomó del brazo.

—Usted debe perdonar las peculiaridades de mi madre, enfermera Huntley —le dijo Jordan en tono de disculpa—. Creo que nunca cambiará.

Margot lo miró y le sonrió con ligero sarcasmo.

—No se preocupe por eso, doctor Merrick, no crea que ella es la única que tiene esos sentimientos hacía las personas que vivimos en el barrio pobre del pueblo.

—Parece que Willowmead sigue siendo igual en muchos aspectos —dijo él pensativo.

—Usted debería saberlo, doctor Merrick —contestó ella con frialdad, volviéndose en el momento que Joanne anunciaba que la cena estaba servida.

Sentada frente a Jordan, le fue imposible hacerle los honores a la exquisita cena que Joanne había preparado. Cada vez que levantaba los ojos, se encontraba con la insistente mirada de Jordan en ella, a la vez que su madre mostraba en su rostro una expresión de inconformidad, a pesar de que existía un ambiente jovial entre el resto de los invitados.

En verdad, Margot no podía sentir que se encontraba fuera de lugar. Nadie, excepto Eva Merrick, trató de hacerla sentir mal y después de un rato ella pasó a un estado de ánimo en que la actitud de la estirada dama no la lastimaba en ninguna forma. No obstante, se alegró cuando terminó la cena y todos regresaron a la sala, puesto que allí no sería necesario enfrentarse cara a cara con Jordan y su madre. El doctor Grant llenó los vasos de sus colegas más

cercanos e hizo un gesto para pedir silencio.

—Amigos, colegas, me gustaría hacer un brindis en honor del doctor Jordan Merrick —dijo el doctor Grant con voz profunda y, al volverse hacia el nuevo cirujano mayor, sonrió—. Sin embargo sólo expresaré mi deseo de que tu estancia en Willowmead y, especialmente en la clínica, sea larga y fructífera en muchos aspectos. También hablo en nombre de nuestro director general, el doctor Ellis, para decirte que nos sentimos en extremo afortunados de tener un hombre de tu experiencia, como colega —levantó su vaso y exclamó—: ¡Brindaremos por eso!

Todos levantaron sus vasos para brindar por el invitado de honor, después Jordan se puso de pie atrayendo la atención de todos con su imponente figura.

Miró alrededor de la sala con expresión sonriente, para decir:

—Esperan que les diga algo, ¿verdad?

—Estaremos muy desilusionados si no lo haces —afirmó entusiasmado el doctor Neil Harris, y todos empezaron a aplaudir.

—Es muy agradable estar de nuevo en casa —comenzó Jordan cuando los demás guardaron silencio—, y me quedaré mientras la clínica continúe con la buena reputación de emplear a las más bonitas y eficientes enfermeras —en medio de una risa disimulada su mirada se dirigió por un instante hacia Margot. El rubor asomó a las mejillas de ella, antes que él desviara la mirada hacia la alegre mujer que estaba en el otro extremo de la sala. Alzó su vaso para brindar—. ¿Me permiten proponer un brindis por la jefa Selby y por las chicas que trabajan bajo su mando?

El pecho de la jefa Selby pareció expandirse debajo de su vestido de jersey, y Margot sintió que Joanne le tocaba ligeramente las costillas para llamarle la atención a la vez que le murmuraba:

—¡Si la jefa Selby no es más cuidadosa va a estallar su sostén! Margot contuvo la risa con dificultad. Joanne la tomó del brazo saliendo de la sala.

—Ven conmigo, Margot —dijo ella—. Vamos a traerles a todos un poco de café. Les sentará bien.

La fiesta prosiguió animadamente, pero tanto Margot como Eva Merrick trataron de evitarse, en lo sucesivo. Turbada advirtió la silenciosa evaluación que hacía Jordan de ella de vez en cuando. Le molestaba, pero logró con éxito tratarlo con indiferencia hasta que una rápida mirada hacia el reloj, le indicó que había llegado la hora de marcharse.

—¡Ha sido una noche encantadora! Gracias por invitarme —le dijo a Joanne mientras ésta la acompañaba por el corredor para ayudarle a ponerse el abrigo.

—Espero que nos veamos de nuevo, Margot —le sonrió con ternura—. La próxima vez, trae a tu madre.

Si otra persona hubiese dicho eso, Margot hubiera dudado de la sinceridad de sus palabras, pero Joanne Grant era una mujer de buenos sentimientos.

—¿Ya se va, enfermera Huntley? —preguntó desde atrás una voz profunda, y al volverse Margot, se encontró con la perturbadora mirada que había tratado de esquivar toda la noche.

—Así es, doctor Merrick —contestó ella rápidamente, decidiendo ignorarlo. Se volvió hacia Joanne para decir—: buenas noches y de nuevo, gracias.

—La acompañaré a su casa —dijo de pronto Jordan, obligándola a tomar en consideración su presencia, a la vez que la seguía fuera de la casa.

—Tengo mi coche aquí, gracias —le informó con frialdad, pero a pesar de eso él la siguió hasta donde ella tenía estacionado su pequeño coche—. Doctor Merrick —empezó a protestar, mientras que con la mano temblorosa buscaba las llaves en su bolsa— no hay necesidad de que usted se moleste.

—No me gusta la idea de que una mujer maneje sola, después del anochecer —respondió con firmeza.

—¡Pero eso es absurdo! —protestó ella—. Soy capaz de cuidarme por mí misma.

—De todas formas la seguiré en mi coche, para asegurarme de que llegará sana y salva a su casa —insistió, a la vez que le quitaba las llaves de la mano para abrirle la puerta del auto.

—Pero, doctor Merrick…

—¡Súbase! —ordenó bruscamente, empujándola con suavidad hacia dentro.

Ella se sentó contemplando su alta silueta, mientras que no sabía si sentirse halagada o molesta, ante la ridícula preocupación que él sentía por su seguridad.

Antes de decidir de qué se trataba. Jordan Merrick le había dejado las llaves sobre las piernas, cerraba la puerta del coche y se dirigía hacia su auto; fue entonces que reconoció que ese vehículo había sido el que la siguió dos noches antes. Ahora lo único que sentía era disgusto.

Sus dedos introdujeron la llave en la marcha y momentos más tarde, después de que el motor se calentó un poco, se puso en movimiento y comenzó a acelerar, pero las luces del Mercedes blanco la seguían de cerca.

El coche de Jordan se mantuvo cerca del de ella todo el camino y a través de las silenciosas calles; de repente se preguntó si la altiva madre de Jordan sabría lo que él estaba haciendo. Ella se rió al imaginarse la expresión de desagrado que pondría Eva Merrick, pero la risa se desvaneció cuando su pequeño coche saltó sobre las vías del ferrocarril. Jordan la seguía de cerca a una distancia prudente. Las luces del Mercedes iluminaban el interior de su coche como si dos gigantescos ojos estuviesen observando sus movimientos.

Esperaba que cuando ella llegara, él seguiría su camino, pero una vez que se estacionó, encontró que el Mercedes lo hizo junto a su casa. Él se bajó del coche a la vez que ella rodeaba la casa para entrar por la puerta principal, pero se volvió a enfadar cuando, desde el pequeño portal, pudo ver que Jordan abría la pequeña puerta del barandal y se acercaba a ella.

—Usted me siguió desde la clínica hasta mi casa la otra noche —lo acusó, tornándose agresiva al sentir que el pulso se le aceleraba con su presencia—. ¿Por qué?

—Por la misma razón que la seguí ahora —contestó él, haciendo que sus controlados modales la enfadaran aún más.

—Tanta preocupación por una persona que vive en el barrio pobre del pueblo es innecesaria, doctor Merrick, y tan pronto como usted y su Mercedes regresen adonde pertenecen, será mejor para ambos.

Con la poca luz que había, fue imposible leerle la expresión de la cara, pero era indiscutible que estaba enfadado cuando por un momento la sujetó con violencia para acercarla hacia él. El inesperado contacto con su musculoso cuerpo la dejó sin habla por un momento, pero después reaccionó.

—Por segunda vez esta tarde siento como si me estuviese acusando de algo, que sólo Dios sabe de qué se trata —dijo este comentario con aspereza—. Pero permítame decirle algo, Margot Huntley. Usted ha sido presuntuosa desde los días en que corría descalza con su cola de caballo, y esto la coloca en un plano muy parecido al de mi madre.

Ella percibía su aliento muy cerca, haciendo que por un

momento creyera que él la iba a besar, pero de repente dijo:
—¡Buenas noches! —dirigiéndose al barandal de la entrada, cerró la puerta y momentos después vio cómo el coche se alejaba.
Entró temblorosa en la casa, pero no quiso analizar lo ocurrido, ni recordar lo cerca que estuvo de ser besada por ese hombre.
—¿Eres tú, Margot? —preguntó su madre desde su cuarto.
—Sí, mamá —contestó con suavidad deteniéndose por un momento en el corredor, sorprendida de que su madre permaneciera aún despierta.
—Pensé que escuchaba alejarse un coche.
—Era el doctor Merrick —le informó. El pulso se le aceleró al mencionar su nombre—. Insistió en acompañarme.
—Qué amable fue.
—Sí, así lo creo —contestó Margot con sarcasmo.
—¿Y cómo estuvo la cena? —le preguntó después de una pausa.
—Muy agradable, gracias a Joanne.
—Me alegro que fuera así —respondió Beryl Huntley—. Buenas noches, querida, que duermas bien.
—Buenas noches, mamá.
Se dirigió por el pasillo hacia su cuarto. Se quitó el abrigo y se sentó sobre la cama sin encender la luz. Los resortes crujieron como de costumbre, mientras se detenía a pensar en lo sucedido entre ella y Jordan, hacía pocos minutos. Sin duda él había olvidado el hiriente comentario que dijera hace ocho años, pero ella tenía cada palabra grabada en su memoria. Esa tarde la había acusado de ser presuntuosa, y tal vez eso era precisamente en lo que se convirtió para poderse defender y sobrevivir.
Margot decidió que no le agradaba Jordan Merrick y no tenía derecho de imponerle su presencia, con ese pensamiento se desvistió para acostarse.

En los días posteriores a la cena en la casa del jefe de cirujanos, Jordan trató a Margot con indiferencia, lo que a ella le agradaba, prefiriendo que su contacto con él, fuera sólo a nivel profesional, pues en realidad encontraba que la perturbaba demasiado y así mientras menos tuviera que ver con él, mejor se sentía ella.
—Me gustaría cambiar el programa de operaciones para mañana —le anunció esa tarde Jordan, mientras seguía a Margot a su pequeña oficina después de que ambos habían pasado varias horas

en la sala de operaciones—. La operación de la señora Kearney va a ser muy larga, por eso me gustaría hacerla en la mañana, y al señor Van Staadern lo operaremos en la tarde.

—El señor Van Staadern es paciente del doctor Grant —le recordó, pero se arrepintió de decirlo, cuando notó que sus ojos oscuros la miraban con enfado.

—El doctor Grant y yo hemos discutido este caso y él ha aprobado que yo opere, pero usted no tiene por qué creer en mi palabra.

Ella se sintió culpable al comprobar que él se dirigía al teléfono de su escritorio, indicándole que estaba libre de confirmarlo con el doctor Grant, por lo que, avergonzada, bajó la mirada.

—Lo siento —murmuró Margot—. No tengo ninguna autoridad para intervenir en sus asuntos.

Un silencio siguió a su disculpa, ella sentía las piernas temblorosas, a la vez que mantenía las manos detrás de la espalda como si fuese una enfermera principiante. La voz de él se escuchó:

—Agradecería que notificara a la encargada, sobre los cambios que se producirán mañana —dijo con tono preciso.

—Lo haré de inmediato, doctor Merrick. —La turbación aumentó dentro de ella mientras escuchaba cómo sus pasos sé alejaban por el pasillo. Suspiró con alivio y después se dirigió hacia el teléfono para empezar a hacer las llamadas pertinentes.

Recordaba lo sucedido en su oficina, cuando se dispuso a irse a su casa esa tarde, y como de costumbre manejó tomando las curvas despacio, para llegar hasta el pueblo. En una de ellas pisó el freno y, con horror comprobó que el mecanismo no funcionaba bien. El coche continuaba el camino, aumentando la velocidad, pero logró maniobrar las curvas con éxito, gracias a su pericia para hacer los cambios de velocidad, pero frente a ella surgió una curva muy cerrada y se dio cuenta con horror de que no se salvaría si no lograba reducir la marcha. Tiró del freno de mano con violencia, logrando frenar un poco, lo suficiente para que pudiese tomar con éxito la curva y detener ligeramente la marcha hacia abajo. El ruido del motor se hacía más intenso, y fue en ese momento cuando decidió que de alguna forma tenía que parar el coche. Sólo había un camino que podía seguir, y asustada, giró el volante hacia la izquierda estrellándose de frente contra una pared de rocas.

El cinturón de seguridad la salvó de que fuese incrustada en el volante, pero se horrorizó al escuchar el aparatoso crujido del

metal, y el ruido de cristales rotos. Un Mercedes blanco pasó junto a ella, y se detuvo estrepitosamente unos cuantos metros más adelante. Segundos más tarde, abrieron la puerta de su coche con violencia, entrando una ráfaga de aire frío.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con rapidez Jordan Merrick, a la vez que sus ojos buscaban alguna herida.

—Sí, creo que sí —asintió deseando que su corazón dejara de latir con tan loco frenesí—. Pero me imagino que no podré decir lo mismo sobre mi coche —agregó suspirando.

—¿Qué pasó? —su mirada se clavó en el pálido rostro.

—Los frenos fallaron —le explicó.

—¡Dios mío! —exclamó él impresionado. Con un gesto rápido le desató el cinturón de seguridad, y ella no supo si fue la impresión, el aire frío de la montaña o su proximidad, lo que la hizo temblar como la hoja de un árbol cuando la ayudó a salir de su estropeado vehículo y la acomodó en su lujoso Mercedes.

Margot se sentó con rigidez junto a él, sin saber qué decir, mientras él manejaba, con experiencia y a gran velocidad el resto del camino. Desde la cena en casa de los Grant, no habían estado en buenos términos y el altercado de la tarde había aumentado la tensión que existía entre los dos. Margot hubiese estado menos sorprendida, si él hubiese proseguido su camino dejándola sola, pero en vez de eso, se encontraba a gusto en su coche, y se preguntaba la razón por la que había demostrado tanta consideración hacia ella en estas condiciones.

—En estas circunstancias, los sentimientos no tienen importancia —comentó Jordan como si hubiese leído sus pensamientos; y al empezar ella a suspirar, dijo con rapidez, mientras la miraba con aire burlón—. Comprendo que la disgusto por alguna razón, enfermera Huntley, pero hubiese sido muy poco caballeroso haberla dejado sola en el camino en estas condiciones.

—Aprecio mucho su ayuda, doctor Merrick, pero usted está equivocado si cree que me disgusta —aclaró con rapidez.

—¿Lo estoy? —sonrió él sin quitar los ojos del camino—. Usted me ha dado la impresión de que desprecia tanto lo que represento, como a mí mismo.

Margot se movió incómoda en el asiento.

—Yo sé cuál es mi lugar, doctor Merrick.

—¿Significa eso que yo no conozco el mío? —le preguntó de inmediato y cuando vio que ella no le respondió, añadió con

irritación—: tal vez sería más aconsejable no hablar de este tema.

—Quizá sea preferible —convino ella.

—¿Tiene otra manera de transportarse?

—Tengo un arreglo con el gerente del taller mecánico —replicó ella, agradecida por haber cambiado el tópico de la conversación—. Siempre me han proporcionado un coche mientras el mío está en reparación.

Quince minutos más tarde se hicieron los arreglos pertinentes para que recogieran el coche de Margot. No había ningún otro que le pudieran prestar por el momento, pero se le aseguró que al día siguiente le llevarían uno a su casa, y una vez más Margot se encontró sentada en el Mercedes de Jordan, sin más remedio que aceptar qué la llevara a su casa.

El porqué tenía que hacer tanto por ella, no lo comprendía, pero estaba determinada a no pensar que él no era igual a su madre.

—Muchas gracias por su ayuda, doctor Merrick —dijo con rapidez a la vez que se bajaba del coche, pero él la siguió decidido.

—Me podría invitar a tomar algo —sugirió con cierto reproche en la voz, pero ella reaccionó con nerviosismo.

—Recuerde que está usted en el lado pobre del pueblo.

—Así parece —dijo él con expresión molesta—. De todas formas voy a entrar a tomar una taza de café.

El corazón de Margot latía sin control.

—Doctor Merrick, aprecio mucho su gentileza, pero…

—¿Acaso se avergüenza usted de su casa? —le preguntó desafiante y los ojos femeninos lo miraron con enfado.

—¡No, claro que no! —exclamó indignada—. Pero yo…

—Entonces no perdamos más el tiempo parados aquí en el frío —la interrumpió con suavidad, a la vez que la tomaba del brazo.

Encontraron a su madre ocupada preparando la cena, Margot se olvidó por un momento de la hostilidad que sentía hacia Jordan cuando la señora se volvió a verlos. Beryl Huntley tenía cerca de los cincuenta años, pero parecía tener más edad, reconoció Margot con pena, cuando se acercó a ella y la besó en sus sonrosadas mejillas.

—Mamá, ¿te acuerdas del doctor Merrick? —preguntó Margot señalando al hombre que la contemplaba con una sonrisa.

—Sí, claro —respondió de inmediato la señora Huntley, mientras en su rostro apareció un gesto de reconocimiento cuando Jordan se acercó para extenderle la mano—. Una vez estaba lloviendo y usted me recogió, pero eso fue hace muchos años, usted

todavía era un estudiante, doctor Merrick —le recordó Beryl.

—Mi nombre es Jordan, señora Huntley —le sonrió con una ternura que Margot no había visto antes en su rostro—. Recuerdo muy bien el incidente —le aseguró y a continuación le preguntó con afecto—: ¿Cómo está usted?

—¡Oh…! —Beryl Huntley sonrió—. Como verá, me estoy poniendo más vieja cada día.

—Usted no parece un día más vieja que desde el último en que la vi —le aseguró Jordan con cortesía, pero eso estaba lejos de ser la realidad, comprendió Margot, ahora que había notado de repente el agotado aspecto de su madre—. Me alegra encontrarme de nuevo con usted —dijo con sencillez.

—A mí también. Desde que oí acerca de su regreso a Willowmead quería verlo —replicó Beryl con prontitud preguntándole a continuación con una sonrisa—. ¿Se queda a tomar una taza de café?

—Deseaba que me lo preguntara, señora Huntley —admitió Jordan, a la vez que miraba burlón a Margot, que se estaba quitando la capa y la cofia de enfermera.

—Regresaste tarde, Margot —dijo su madre cuando estuvieron sentados tomando el café.

Margot lanzó una mirada de advertencia a Jordan y dijo:

—Yo… tuve algunos problemas con el coche en el camino, y el doctor Merrick fue tan amable de traerme.

—Fue muy amable de su parte, Jordan —dijo Beryl—. Me preocupa cuando ella maneja ese coche. Últimamente no ha estado en buenas condiciones.

—No hay nada malo en mi coche que no pueda arreglar un mecánico, mamá —protestó en seguida Margot.

—Si tú lo dices, querida —tuvo que aceptar su madre, regresando su atención al invitado.

A Margot le molestaba la elegante presencia de Jordan, en esa pequeña cocina, pero él parecía encontrarse muy cómodo, con sus largas piernas estiradas cómodamente debajo de la mesa, mientras escuchaba con atención algo que decía Beryl.

"Me parece tan irónico que esté sentado aquí" pensó con curiosidad. "Pero, ¿qué es lo que pretende?"

Ella miró con insistencia la brillante cabellera negra de Jordan, cepillada hacia atrás, las pobladas cejas, su nariz de corte aristócrata y la cuadrada y fuerte mandíbula, admirando también su

boca sensual. Tenía la piel dorada por las muchas horas que había pasado en el sol y era tan atractivamente masculino, que ella no podía apartar sus ojos de él.

Sus miradas se encontraron y, a pesar de su largo entrenamiento como enfermera, Margot no pudo evitar el sonrojarse. Su corazón comenzó a latir con más rapidez y tuvo que desviar la mirada, furiosa con ella misma, porque él la había sorprendido contemplándolo.

—Su madre no está bien —le dijo Jordan cuando fue a acompañarlo a su coche.

—Lo sé —dijo ella—, pero ése es mi problema, no el suyo.

El frunció el ceño y la miró.

—¿Acaso le molesta que me interese por la salud de su madre?

—No veo por qué le debe interesar —contestó ella.

—Eso no me sorprende —respondió disgustado Jordan—. Si me lo pregunta, le diré que hay muchas cosas que no logra ver, porque está demasiado ocupada levantando esa barrera de prejuicios a su alrededor.

Su pequeña barbilla se levantó desafiante al responder:

—Cuando desee su opinión, se la preguntaré doctor Merrick.

—Lo dudo —le dijo con tono brusco, y una sonrisa cansada asomó a sus labios—. Dele las gracias a su madre por el café. Su hospitalidad es admirable.

—Mientras que la mía no lo es ¿verdad? —replicó, pero luego se arrepintió de lo que dijo al ver una chispa burlona en los ojos de él.

—Usted lo dijo, enfermera Huntley, no yo —le contestó con franqueza y Margot se sintió molesta al verlo alejarse.

Jordan había ganado esta partida y Margot sospechaba que ésta no sería la última vez que eso sucedería.

Capítulo 3

Varios días después que Margot tuvo el accidente en la carretera camino a su casa, se encontraba sentada en la cafetería de la clínica tomando una taza de té, a la vez que pensaba en Jordan Merrick. Ella creía que la sala de operaciones era el único lugar donde ambos podían estar juntos sin que hubiese fricciones. Todo el equipo estaba bien organizado, y reinaba una perfecta armonía. El respeto y admiración que Margot sentía por el doctor Merrick como cirujano, había aumentado desde la primera vez que trabajaron juntos, pero sus sentimientos personales, todavía eran confusos.

—¿Me permite sentarme?

Margot levantó la vista y se encontró con el objeto de sus pensamientos parado junto a ella. Su corazón comenzó a latir más de prisa al encontrarse con su mirada, comprobando una vez más lo bien parecido que era y le contestó:

—Si lo desea, doctor Merrick…

Su boca bien formada dibujaba una sonrisa, al mismo tiempo que él colocaba su taza de té sobre la mesa y halaba una silla para sentarse frente a ella.

—Dígame, enfermera Huntley, ¿es usted siempre tan poco sociable, o es que reserva esa parte de su carácter solamente para mí?

—Digamos que prefiero estar sola de vez en cuando.

—Y ésta es una de esas ocasiones, ¿verdad?

—Exacto —respondió rápidamente, sintiendo brotar un fuerte antagonismo en su interior.

Tomó con rapidez su té, tratando de ignorar su presencia, pero se dio cuenta de que era imposible resistir su magnetismo.

—Creo que sirven una excelente comida en el nuevo motel que está fuera del pueblo —empezó a decir él, y cuando Margot lo miró con curiosidad, agregó—: ¿Cenaría conmigo esta noche?

La sorpresa la hizo permanecer callada por un momento y después hizo un gesto negativo.

—¿Por qué no? —le preguntó, mirándola directamente a los ojos y haciéndola perder la calma.

—¿Tiene que haber una razón? —contestó ella evasiva.

—Casi siempre la hay cuando una mujer rehúsa la invitación de

un hombre —insistió él con cierta burla que la molestó.
—Una mujer tiene derecho de elegir con quién quiere salir, y yo he decidido no cenar con usted.
—¿A qué le teme? —quiso saber él a la vez que se inclinaba hacia ella asiéndole la muñeca con sus fuertes dedos—. ¿Me tiene miedo a mí o a usted misma?
—A nadie —estalló ella, y aunque se le aceleraba el pulso al contacto de su mano, retiró la suya y movió la silla hacia atrás—. Discúlpeme, doctor Merrick, tengo que regresar al trabajo.
Él se levantó cerrándole el pasó, al tiempo que le decía:
—Pasaré por ti a las siete —su tono no admitía réplica.
—No cenaré con usted, doctor Merrick —le aseguró con frialdad, pero eso no cambió la sonrisa arrogante y burlona.
—Ya lo veremos.
Se hizo a un lado para que pudiese pasar. Turbada, Margot salió de la cafetería.
"¡Ya lo veremos!" —repitió para sí las palabras que él había dicho.
—¡Ya veremos, si cenaré o no con él! —murmuró.
Esa tarde, asistió al doctor Grant en la sala de operaciones y como resultado no se volvió a encontrar con el doctor Merrick. Las horas transcurridas en la sala de operaciones fueron largas y cansadas, olvidándose de sus problemas personales. Llegó a su casa cerca de las seis de la tarde.
—¿Quieres que haga la cena, mamá? —le preguntó a su madre al notar que no estaba preparada la comida.
—No, querida —negó la señora Huntley con un movimiento de cabeza—, prepárate para tu compromiso con Jordan.
—¿Qué dices? —preguntó Margot incrédula.
—Tú me oíste —dijo su madre, sonriendo con tolerancia—. Ahora apúrate querida, que no te queda mucho tiempo.
—Mamá, por favor, ¿me puedes explicar qué está sucediendo?
Estaba intrigada por saber la forma en que su madre se había enterado de la invitación que Jordan le había hecho pero cuando se lo dijo, se enfureció por no haberlo pensado antes.
—Jordan vino esta tarde y me preguntó si yo me oponía a que te invitara a cenar esta noche y, naturalmente, le dije que por mi parte no había ninguna objeción.
—¿También te contó que yo no había aceptado? —quiso saber Margot, tratando de ocultar su enfado.

—Hablamos mucho rato, en realidad no puedo recordar si lo mencionó o no —contestó su madre, con incertidumbre, después hizo un gesto de impaciencia—. Anda, apúrate, que se te hace tarde.

—No lo pienso hacer —protestó Margot, enfrentándose a su madre—. No voy a cenar con él. ¡Ni esta noche, ni nunca!

Una actitud de cansancio se reflejó en la cara de Beryl.

—¡Oh, pero yo le prometí que irías, y él ya hizo los arreglos necesarios. Ya no te puedes negar, Margot!

—¡Oh, mamá! —exclamó mientras suspiraba contrariada.

—¿No podrías ir aunque sólo fuera por complacerme? Por favor, querida.

Margot aceptó, por complacer a su madre, y una hora después al entrar en la cocina, encontró a Jordan manteniendo una conversación muy seria con su madre. ¿Se lo habría imaginado?, se preguntó más tarde Margot, pero creyó haber visto que su madre dirigió una mirada de advertencia a Jordan, como indicándole que ella se acercaba.

—Estás muy elegante, querida —le dijo su madre sonriendo con alegría—. ¿Verdad qué se ve muy linda, Jordan?

—Encantadora —afirmó él, a la vez que se levantaba para observarla de arriba abajo. Las líneas femeninas de la graciosa figura de Margot, resaltaban con un vestido de seda color canela. Todavía sentía la inexplicable sensación que experimentó cuando entró en la cocina, pero él interrumpió su pensamiento.

—¿Nos vamos?

—Cuando desee —contestó Margot, volviéndose hacia su madre le preguntó con afecto—: ¿Te sientes bien, mamá?

—Claro que sí, querida —la tranquilizó Beryl—. ¡Diviértanse!

—¡Eso fue una jugada muy ventajosa! —le reprochó Margot a Jordan cuando salieron—. ¿Cómo se atrevió a ir con mi madre, cuando ya le había dicho que no aceptaba su invitación?

—No tenías que estar de acuerdo —le recordó con esa calma que tanto le molestaba.

—Sabes bien que hago cualquier cosa por no molestar a mi madre, ¿verdad?, por eso lo hiciste.

La luz interior del coche aumentó, para dejar ver una expresión burlona en la cara de Jordan, que se volvió para decirle:

—Digamos que hice una apuesta y la gané.

—¡Creo que eres odioso! —le respondió con un enfado que no

podía controlar.

—No sé qué tienes en contra mía —se sonrió—, pero tengo el presentimiento, de que si te relajaras un poco, tal vez podríamos disfrutar de nuestra mutua compañía.

—Si alguna vez siento la necesidad de tener compañía, tú serías la última persona a quien recurriría —le aseguró.

—Eso no es muy halagador.

—No intentaba que lo fuera —le dijo cortante.

—Veo que vamos a pasar una interesante tarde juntos —comentó con ironía.

—Espero que por lo menos te diviertas esta noche —dijo de mala gana, pero su respuesta sólo provocó en él una risa burlona.

—¡Oh! yo sí me voy a divertir, créemelo.

Un silencio tenso se produjo, al abandonar el pueblo y acercarse al restaurante. Margot se encontraba molesta, pero Jordan parecía complacido con su compañía. Más tarde, durante el transcurso de la comida, intentó hacerla olvidar su enfado.

—Apenas has tocado la comida —le dijo, después de haber rehusado la segunda copa de vino.

—No tengo apetito.

—Parece que te has propuesto no disfrutar de esta noche.

—¿Acaso te imaginabas que hubiera podido? —respondió ella con sarcasmo.

—Me intrigas, Margot —dijo en voz baja—. No puedo comprender si es que no te gustan los hombres en general, o si soy yo el que no te agrada —sus oscuros ojos la miraron a través de la luz do la vela que estaba situada en el centro de la mesa—. ¿Alguna vez, he cometido algo que merezca tu desprecio?

"Sí, lo has hecho" —quería gritarle, pero no expresó las palabras y sólo dijo—: Tú puedes contestar esa pregunta mejor que yo.

—No puedo pensar en algo que haya podido herirte —le dirigió una mirada profunda, lo que hizo que se sonrojara—. Has cambiado, Margot. Te recordaba como una muchachita con cola de caballo, pecas y ojos grises y risueños.

—Eso fue hace mucho tiempo —le recordó sin verlo para evitar la intensidad de su mirada—. Ya pasé la etapa de la cola de caballo y rara vez hay algo que me produzca risa en estos días.

—Pero he notado que todavía te quedan algunas pecas en la nariz.

Un poco avergonzada, Margot decidió cambiar el tema.

—Tengo entendido que durante él último año de estudios no regresaste a Willowmead, sino que te quedaste en la universidad.

—Así fue —asintió él—. Pudiera decirse que entre mi madre y yo hubo diferencia de opiniones, y preferí pasar mis vacaciones en otro lugar. Después, gané una beca para estudiar en Europa, y permanecí allá siete años.

—¿Qué te hizo regresar después de tanto tiempo?—le preguntó.

—¿Creerías si te dijera que sentí nostalgia? —ella se fijó en sus ojos burlones y sonrió—. No, pienso que no lo creerías.

—¿Por qué la nostalgia te hizo regresar ahora y no hace dos años, cuando murió tu padre?

—Las circunstancias no me permitieron venir al funeral.

—¿Fueron esas "circunstancias" femeninas y bonitas? —se burló, pero al notar los labios apretados de Jordan, se dio cuenta de que había tocado un nervio sensible.

—Bonita no es el adjetivo adecuado que yo usaría para describir a Helga —sorprendió a Margot con esa respuesta—. Fue una de las mujeres más hermosas que he conocido y aparte de eso, era una brillante patóloga.

—¿Era? —preguntó Margot, al notar que hablaba en pasado.

—Está muerta.

La dura respuesta sorprendió a Margot, sintió tristeza, pero había algo más que no podía definir.

—Lo siento —dijo quedamente, pero las palabras parecieron inadecuadas para explicar sus sentimientos en ese momento y, para hacerlos patentes, extendió la mano para posarla sobre la de él—. De verdad, lo lamento —le volvió a decir.

Al tocar su mano, sintió una sensación que se intensificó, cuando él se la apretó ligeramente antes que la retirara.

—¿Qué te hizo estudiar la carrera de enfermera? --preguntó, cambiando de tema.

—Era lo más parecido a la medicina —dijo con sinceridad.

—Nunca me habías dicho que te interesaba ser doctora.

—Nunca me lo preguntaste —respondió ella—, en aquella época no te conocía lo suficiente para confesártelo.

Él la observó con fijeza.

—¿Tienes resentimiento por no haber podido seguir estudiando?

—Algunas veces sí, pero el ser enfermera es un trabajo muy satisfactorio y con ciertas recompensas morales. Además, yo… —se detuvo y sonrió con tristeza al venirle a la memoria todos esos

pasados años de miseria cuando su solicitud de una beca fracasó, pero enterró esos recuerdos al notar que Jordan la estaba observando con marcado interés—. No soy el tipo de persona que se vuelve neurótica por algo que no pudo tener —dijo con sinceridad, pero no logró ocultar en su voz, un leve tono de tristeza.

Desde la primera vez que se encontró con Jordan, Margot comprendió que podía sentirse a gusto con él. Más tarde en el coche, ella se recostó en su asiento, cerrando los ojos por un momento, pero sintió cierta intranquilidad, cuando él estacionó el auto antes de entrar en Willowmead.

—¿Por qué te detienes? —preguntó, irguiéndose con rapidez.

—¿En dónde más podremos hablar en privado sin que otras personas nos miren con curiosidad? —le respondió, volviéndose hacia ella y deslizando el brazo sobre el asiento.

—¿Qué es lo que tenemos que decir que necesite tanta intimidad? —preguntó con cautela separándose un poco de él ya que su cercanía le producía intranquilidad.

—Ya pensaré en algo —dijo, como burlándose de ella, tomándole una de las manos.

—Por favor… es muy tarde, y… —los labios de Jordan le rozaron la muñeca, en la que latía el pulso más de prisa. Pequeños temblores empezaron a estremecer su brazo, para después invadir todo su cuerpo—. No hagas eso —le pidió débilmente.

—¿Por qué no? —preguntó él, alzando la cabeza para poder contemplarle el rostro bajo la claridad de la luna.

—No… no eches a perder la noche —le rogó.

—¿Entonces, la has disfrutado? —le preguntó sonriente.

—Sí, la he disfrutado —confesó ella con sinceridad, mientras que con suavidad le apartaba la mano.

—Entonces, ¿vendrás a cenar de nuevo conmigo?

—Tal vez —dijo sin convicción.

—No seas evasiva —le ordenó—. Contéstame sí o no.

Su mente le ordenó que se negara, pero las palabras que pronunciaron sus labios resultaron una débil afirmación.

Sujetó la mano temblorosa contra su pecho. Ella podía sentir el calor de su cuerpo a través de su fina camisa de seda. Nunca había pensado en él como hombre, ni tampoco había estado consciente de su vulnerable femineidad. Trató de alejarse, pero una gran debilidad la invadió.

—Estás temblando —observó Jordan, con una voz profunda y

sensual que hacía que su presión sanguínea le subiese.

—Tengo… tengo frío… —mintió con desesperación.

—Eso se puede remediar con facilidad —respondió en seguida Jordan a la vez que se estiraba hacia atrás para alcanzar una pequeña cobija que con cuidado le colocó encima.

Estaba tan cerca de ella que podía sentir el calor de su cuerpo. Supo instintivamente lo que iba a pasar, pero se quedó paralizada cuando los dedos de Jordan comenzaron a acariciar su cabello. Su cálido aliento se mezclaba con el de ella a la vez que le sujetaba la nuca, entonces su boca aprisionó sus labios en un apasionado beso que despertó todos sus sentidos. Sin comprender lo que estaba haciendo, se le acercó más. Sus labios se entreabrieron voluntariamente y respondió a esos profundos y prolongados besos que le borraban todo pensamiento coherente.

Al fin, cuando ella levantó la cabeza, se encontró embargada de la emoción, pero regresó a la realidad cuando vio su rostro muy cerca del suyo. Margot trató de alejarse, pero los brazos de Jordan la tenían rodeada con firmeza, y su nombre salía como un suave murmullo de sus labios, antes que la volviera a aprisionar en otro apasionado y vehemente beso que la envolvió en una llama de pasión…

Con suavidad, Jordan le acariciaba el pecho a través del fino vestido de seda.

Nadie la había tocado antes con tanta intimidad, pero el instinto natural de alejarlo se borró de su mente, a la vez que renacían unas profundas emociones que ella no creía poseer, e instintivamente lo abrazó, mientras que cada nervio de su cuerpo se agitaba, al contacto de sus caricias.

Los labios de Jordan recorrían las mejillas sonrosadas para irse a deleitar con un ardiente beso en un punto sensible del oído. Una profunda y sensual sensación recorrió el cuerpo de Margaret. Después, sus labios se deslizaron sobre la delicada piel del cuello, para de nuevo besar su boca con ardor. Margot no imaginó que existieran sensaciones tan inquietantes y con la luna y las estrellas como únicos testigos, se entregó al mágico momento. La ofensiva frase que había pronunciado Jordan hacía tantos años, ya no le importaba, pero de repente todos esos pensamientos volvieron a su mente, cuando Jordan, inesperadamente, la alejó de su lado como si todo aquel momento hubiese sido una burla y sintió deseos de desaparecer.

Por un momento deseó insultarlo, pero las palabras se negaron a salir de sus labios mientras la condujo hacia su casa. La despedida tan brusca, no alivió en nada esa situación, por lo que pasó la noche sin poder dormir, increpándose a sí misma por su debilidad. Se sintió como un pedazo de arcilla entre sus experimentadas manos, aceptando sus besos, y respondiendo a ellos con tal fervor, que creyó que se sentiría avergonzada toda su vida.

"Es esa chiquilla del barrio pobre del pueblo y me sorprende, mamá, que no le hayas dicho que hay una entrada de servicio para gente como ella".

Esas palabras dichas por Jordan hacía tanto tiempo, regresaron para herirla, y supo, con dolorosa seguridad, que el doctor Merrick, jamás pensaría en ella de otra forma. Margot era alguien del otro lado del pueblo, alguien con quien podía entretenerse, pero sin ningún fin serio.

Cuando llegó al amanecer de ese día invernal, todavía estaba despierta con un fuerte dolor de cabeza.

—¿Cómo estuvo tu cena con Jordan? —preguntó curiosa Beryl Huntley, cuando Margot entró en su cuarto.

—Bien, mamá —contestó con rapidez, mientras observaba la palidez de su madre—. Tú, no estás nada bien. ¿Por qué no te quedas en la cama y llamo al doctor Turner para pedirle que te venga a ver?

—¡Tonterías! Me siento bien —dijo la señora—. Tú vete a la clínica, querida, que yo me siento bien.

—No me gusta…

—Deja de molestar, querida —protestó con impaciencia y, Margot después de un breve suspiro se retiró.

Fue a trabajar esa mañana un poco intranquila. Estaba más preocupada que otras veces a causa de su madre, también le molestaba la idea de tenerse que enfrentar a Jordan después de lo acontecido la noche anterior. Ella no debió haberse preocupado por eso, puesto que la actitud indiferente de él unida a sus años de entrenamiento, la ayudaría a soportar ese día y todos los demás. La idea que tenía sobre él se confirmó cuando oyó el rumor de que se iba a casar con la hija de un eminente hombre de negocios de Cape Town, y aunque se repitió que eso no le interesaba, de todos modos sintió un extraño dolor en su interior.

Una enorme tristeza se apoderó de ella. Ya había recuperado su coche, perfectamente arreglado, y como sintió la necesidad de estar

sola, el domingo por la tarde se dirigió hacia su lugar favorito cerca del río, tratando de pensar con serenidad.

"¿Y qué importa si está planeando casarse?", se dijo irritada mientras se tendía en el pasto. El agua corría lentamente en un murmullo, pero Margot estaba lejos de escuchar eso. Rara vez le hacía caso a los rumores, pero éste en particular, la molestaba sobremanera.

Por supuesto que no era su problema, y Jordan Merrick era libre de hacer lo que quisiera. Que la dejara en paz era lo único que deseaba de él y con el tiempo podría olvidar las emociones que le hiciera sentir.

De pronto, escuchó el ligero crujido de una rama detrás de ella, y su corazón comenzó a latir con rapidez, al ver con asombro un alto y musculoso cuerpo acercándose a ella. Con pantalones de pana color café y una chaqueta de esquiar, Jordan se veía fuerte e imponente. De inmediato Margot se puso de pie, notando que se le aceleraba el pulso al ver que él se detuvo cerca mientras la observaba de pies a cabeza con insistencia. Ella sintió como si esa mirada la estuviese desnudando y, confundida, se inclinó un poco, sacudiéndose la hierba seca que se le había pegado en los pantalones, sus manos temblaban.

—Buenas tardes, doctor Merrick —logró decir con frialdad, ocultando sus tumultuosos sentimientos.

Él inclinó la cabeza de la misma forma que hiciera la tarde que fueron a cenar juntos.

—Nunca esperé verte aquí —dijo ella tratando de controlarse.

—Tu madre me dijo dónde te podía encontrar —le contestó, a la vez que introducía las manos en los bolsillos del pantalón y se acercaba más a ella. Miró hacia arriba, tomando una de las ramas de un árbol y de nuevo volvió a fijar su mirada en ella con extraña intensidad.

—¿Vienes aquí con frecuencia?

—Sí, cuando tengo la necesidad de estar sola —replicó de inmediato, esperando que captara la intención de sus palabras, pero él no hizo intento de moverse.

—Sobre la otra noche Margot… —comenzó a decir, pero ella, con un gesto de disgusto le indicó que se callara.

—Tal vez sería buena idea si nos olvidásemos de eso.

Jordan se puso rígido.

—¿Ya has olvidado lo que pasó?

—No he pensado más en eso —mintió Margot, pero contuvo la respiración cuando Jordan colocó las manos sobre sus hombros.

—¡No me mientas! —le ordenó con firmeza.

Su mirada escudriñó a la de ella, como si hubiese querido desnudar su alma, y asustada de lo que él pudiese descubrir, bajó la vista hacia el poderoso cuello dorado por el sol. De repente, ella sintió el loco deseo de que sus labios la besaran de nuevo.

"¡Oh Dios mío, ayúdame por favor!" rezó en silencio, cerrando los ojos con desesperación para poder evitar la tentación. Por fin logró librarse de él.

—¿Por qué no puedes dejarme sola? —le gritó después de alejarse un poco—. He tratado de borrar el incidente—. ¿Por qué no haces lo mismo?

—¿Acaso crees que no lo he intentado? —le respondió con el mismo tono.

—¡Pues ese es problema tuyo —le gritó, tratando de luchar contra los recuerdos que la dominaban.

—¡Dios mío! —exclamó él con rostro pálido. Con un paso, se acercó de nuevo a ella observándola—. No vine aquí para discutir contigo. Pensé que podíamos analizar la situación con calma, pero parece que me he equivocado.

—Sí, estás equivocado —le respondió con una llama de ira en la mirada—. Nosotros no tenemos nada que discutir, y por lo que a mí concierne, el incidente ya está olvidado.

—¿Que estás diciendo...? —le reprobó Jordan, a la vez que la abrazó aprisionándola contra su cuerpo—. ¡No es posible! "El incidente ya está olvidado" —repitió la frase entre dientes. La duda, así como la excitación se mezclaron por breves segundos, antes que su boca aprisionara la de ella.

En contra de su voluntad, su tenso cuerpo se relajó bajo sus ardientes besos y sus emociones se elevaron a un nivel donde ya no estaba consciente de nada más que de sus labios, sus manos, y la presión de su musculoso cuerpo. Jordan comenzó a acariciar su piel debajo del suéter; la tomó por la cintura y con un movimiento violento, la apretó contra sí: Con manos expertas logró desabrocharle el sostén. Ella gimió de placer cuando él comenzó a acariciarle el pecho. Sus caricias eran íntimas y apasionadas, y su cuerpo respondió con una fogosidad hasta ahora desconocida para ella.

Al mover la cabeza, sus ojos oscuros la miraron intrigados, y al

disminuir un poco la presión que tenía sobré ella, Margot logró apartarse de él.

—¡Déjame sola —le gritó descontrolada—. No pretendo convertirme en un juguete para tu entretenimiento.

Jordan se acercó lentamente, con una expresión tormentosa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que oíste —le contestó, levantando, desafiante el rostro, aunque deseando que él no se diera cuenta de su tormento interior —. No estoy sólo para distraerte.

—No recuerdo haber dicho que sólo buscaba distraerme — respondió con un admirable control sobre sí mismo, y esa ausencia de emoción hizo que Margot se enfureciera aún más.

—¿Qué otra cosa desearía una persona de tu clase social?

De inmediato se arrepintió de haber pronunciado esas palabras. No siempre era prudente decir lo que se pensaba. Se dio cuenta de su error cuando al ver a Jordan advirtió que tenía una dura expresión.

—Discúlpame con tu madre —lo escuchó decir—, pero no podré quedarme a tomar el té.

Margot observó con ojos llenos de dolor, cómo él subía a su coche y se alejaba. Tal vez había sido demasiado impulsiva, sin escoger con cuidado las palabras, pero ya estaba hecho, y era ridículo, pero sentía que había perdido algo sumamente valioso.

—¿En dónde está Jordan? —preguntó Beryl cuando Margot llegó a casa, mientras arreglaba la mesa para servir el té.

—Te envió sus disculpas.

—¿Pero por qué? —interrogó su madre con extrañeza—. ¿Qué lo hizo cambiar de idea?

—Tuvimos una fuerte discusión.

—¡Oh, Margot! —exclamó Beryl—. Hay veces que no te entiendo!

—Hay veces que no me entiendo a mí misma —rió Margot con amargura a la vez que volvía la cabeza para esconder las lágrimas que comenzaban a asomar a sus ojos.

No podía olvidar los momentos que había pasado en los brazos de Jordan. Todavía sentía sus caricias, sus besos y el contacto de sus manos, haciéndola estremecer de emoción.

Se despreciaba a sí misma por permitir que sus pensamientos volaran hacia ese incidente, y se sentía avergonzada al recordar la forma apasionada en que había respondido a sus caricias, pero lo

que más le molestaba, era que sus sentimientos habían sido sacudidos hasta lo más profundo de su ser.

Capítulo 4

La mañana del lunes comenzó mal para Margot. Para empezar, el calentador había fallado durante la noche, por lo que tuvo que bañarse con agua fría; después su coche se negó a arrancar por el frío excesivo que hacía y como resultado, llegó tarde a la clínica. Una vez ahí, se enteró de que una de las enfermeras de la sala de operaciones estaba enferma de pulmonía, y no había alguien que ocupara su lugar. Cuando Margot por fin logró encontrar una sustituta la operación se había atrasado varios minutos, y Daniel Grant, que por lo general era un hombre calmado, echaba chispas por los ojos, desahogando su mal humor en Margot, por considerarlo negligencia suya.

A pesar de todo, el autocontrol de Margot nunca falló, y varias horas después suspiró con alivio cuando retiraron al paciente de la sala de operaciones, sin más problemas. Se dirigió, agotada, a cambiarse, pero una pesada mano en su hombro la detuvo y al volverse se encontró con el jefe de cirujanos, que le sonreía.

-Mis disculpas, Margot —dijo Daniel Grant—. Creo que no merecías mi reprimenda.

—Lo comprendo, doctor Grant —respondió ella a la vez que se quitaba la máscara—. La sala de operaciones es mi responsabilidad y mi trabajo ver que todo ande bien. Yo también estaba molesta por la demora.

Daniel Grant salió de la sala de operaciones, sus botas de trabajo rechinan sobre el brillante piso. Margot lo siguió minutos más tarde y luego ordenó que le enviaran algo de comer a su oficina, puesto que no deseaba ir a la cafetería. Jordan tenía que operar esa tarde, pero no quería pensar en tener que enfrentarse a él. Abrió su libro de reportes y comenzó a ponerlo en orden.

Dos horas después se encontraba de nuevo en la sala de operaciones. Neil Harris, el anestesista, le cerró un ojo.

—Espero que Merrick se encuentre de mejor humor del que estuvo el jefe de cirujanos esta mañana —murmuró. Margot estaba pensando lo mismo cuando entró Jordan.

No tuvo que volverse para saber que era él; sentía su presencia en cada fibra de su ser, y sólo cuando el uniforme verde de Merrick rozó el de ella, encontró fuerzas para mirarlo. Sus ojos oscuros la

vieron con tal indiferencia que le causaron dolor, por lo que desvió la mirada, tratando de controlarse. Jordan le indicó a Neil Harris que estaba listo para comenzar, y Margot con admirable fuerza de voluntad hizo a un lado sus problemas personales, concentrándose solamente en su trabajo.

No había pasado más de quince minutos desde que comenzaron a operar, cuando Margot notó que alguien se acercaba rápidamente a ella.

—Enfermera Huntley —reconoció la voz de la enfermera Lewis que le hablaba con urgencia—, yo me haré cargo aquí. La jefa quiere verla en su oficina de inmediato.

La interrupción fue inusitada, por lo que Jordan protestó.

—Esto es una irregularidad.

—Lo sé, doctor Merrick —contestó la enfermera Lewis—, pero se trata de una emergencia.

En un hospital, una emergencia puede ser desde luego en la sala, hasta una catástrofe mayor, pero en una clínica especializada en cirugía plástica para pacientes sin esperanzas, Margot no se explicaba por qué la necesidad de este cambio de enfermeras durante la operación. No dejó de pensar en esto mientras se quitaba la bata con más rapidez que en otras ocasiones, para dirigirse a la oficina de la jefa Selby.

Margot había estado ahí una sola vez, cuando la entrevistaron al hacer su solicitud de ingreso, pero al estar frente a la puerta, experimentó el mismo nerviosismo que aquella vez. La fuerte voz de la jefa le ordenó que pasara y obedeció, para encontrarse que también estaba allí el doctor Daniel Grant, con una expresión grave en su rostro, de pie frente al escritorio de la robusta jefa de enfermeras.

"Oh Dios, ¿qué he hecho?" se preguntó Margot, tratando de dominar el pánico. Después habló con nerviosismo:

—Creo que envió por mí.

La jefa Selby miró al jefe de cirujanos con ojos suplicantes, pero él sólo movió la cabeza como si estuviese diciendo: "Este es tu problema, jefa" y se dirigió a la puerta.

—Estaré en mi oficina si me necesitas más tarde —le anunció. La puerta se cerró detrás de su alta figura, y Margot se quedó a solas con su superiora.

—Enfermera Huntley —comenzó a decir la jefa, para después guardar silencio por un momento—. Su madre ha sido llevada de

emergencia al Hospital General hace como media hora. Creo que debe ir allá en seguida. El doctor Turner la está esperando.

Las palabras fueron dichas con delicadeza y afecto, no obstante, sorprendieron a Margot con tal fuerza que la hicieron vacilar por un momento. Sintió que pasaba una eternidad para poder asimilar la noticia que provocó una profunda palidez en su rostro, pero en realidad sólo transcurrieron algunos segundos antes que recobrara el control de sí misma y dijera:

—Gracias, jefa Selby.

—Si necesita alguna ayuda… —comenzó la jefa, deteniendo a Margot en su rápida partida, pero Margot negó con un movimiento de cabeza.

—Me las arreglaré, gracias —murmuró y en menos de cinco minutos se encontraba en camino al Hospital General.

El motor de su pequeño coche protestaba ruidosamente por la falta de costumbre de correr a esa velocidad, pero ella no atendía más que la carretera, mientras su angustia aumentaba por momentos.

Encontró al doctor Turner en la entrada de emergencia, guiándola a través de un pequeño corredor mientras ella le preguntaba con ansia.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué tiene mi madre?

—Ven acá y siéntate —le ordenó suavemente, mientras entraban en un cuarto de espera, vacío.

—¿En dónde está ella? ¿La puedo ver? El doctor movió la cabeza negando.

—Está en el quirófano. Tuve que llamar al doctor Russell, y él decidió operar de inmediato.

—¿Operar? —dijo Margot confusa—. Pero yo…

—Siéntate, Margot —le indicó, mientras la conducía con delicadeza hacia el asiento y se sentó frente a ella—. Por mucho tiempo he estado tratando a tu madre de un tumor en el estómago. Le había sugerido que viniera a hacerse unos análisis para una posible operación, pero siempre lo estuvo posponiendo —observó sorpresa en la expresión de Margot, por lo que arqueando sus pobladas cejas, preguntó—: ¿No sabías nada sobre esto?

Margot temblaba a pesar de la calefacción.

—Yo sabía que ella lo veía con regularidad, pero me dijo que había un problema con el diagnóstico y que lo más probable era que se tratara de anemia.

—¡Caramba! —exclamó el doctor Turner a la vez que apretaba los labios.

Una vez más, la parte profesional de Margot comenzó a funcionar, y todos sus años de experiencia la hicieron reaccionar preguntando:

—¿Tenía hemorragia cuando vino esta tarde?

—Creo que sí —explicó el doctor Turner a la vez que sacaba un cigarro de su bolsillo.

—¿Cuáles son sus posibilidades? —le preguntó mirándolo, mientras contenía el aliento, esperando su respuesta.

Un gesto comprensivo se dibujó en la cara del doctor.

—Lo que quieres que te diga es si el tumor es canceroso o no, pero eso no te lo podré decir hasta que no se hagan los análisis necesarios —su expresión se hizo más preocupada y severa—. En este momento nos debemos de preocupar solamente por el problema de si tu madre está fuerte o no, para poder resistir la operación. Perdió mucha sangre —agregó. En ese momento su nombre se escuchó a través del sistema de comunicación, solicitando sus servicios en otro lugar y se levantó apretando ligeramente el hombro de Margot—. Me tengo que ir Margot, pero te enviaré una taza de té. Parece que lo necesitas.

Una vez sola en la sala de espera, Margot paseó nerviosa de un lugar para otro. Su experiencia como enfermera le recordó los muchos riesgos que podían surgir cuando una paciente, en el caso de su madre, ingresaba a cirugía. Un escalofrío de temor recorrió todo su cuerpo al recordar esos incidentes como si fueran una película en cámara lenta.

Cuando la tensión se le hizo insoportable, escuchó una voz familiar llamándola y al volverse, vio a Joanne Grant que entraba en ese momento.

—Daniel me telefoneó —le explicó con brevedad, a la vez que tomaba entre sus manos cálidas las frías de Margot—. ¿Cómo está tu madre?

—No lo sé todavía —declaró, tratando de sonreír sin lograrlo—. Todavía está en el quirófano.

—¿Está muy mal?

—Si sobrevive a la operación, queda la posibilidad de que el tumor sea canceroso, y si es así, entonces…

—Calma, querida —la interrumpió Joanne con una mirada llena de comprensión—. No anticipes los acontecimientos y esperemos

que la operación sea un éxito —condujo a Margot hasta el pequeño sofá de piel y ambas se sentaron—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Algo que te pueda traer?

La sincera preocupación de Joanne Grant, aunque la hizo sentir más tranquila, provocó el llanto que estaba a punto de brotar desde que oyó la noticia de la gravedad de su madre. Respiró profundamente y pestañeó entre la humedad de sus lágrimas para decir:

—No, gracias.

En la pequeña sala de espera, apartada del bullicio del hospital, los minutos parecían convertirse en horas, pero la espera se había convertido más tolerable, gracias a la presencia de Joanne, que logró calmar un poco los alterados nervios de Margot hasta el momento en que se escucharon unos pasos que se aproximaban, lo que hizo que ambas se pusieran inmediatamente de pie.

—Acaban de llevar a tu madre a un cuarto privado —le dijo el doctor Turner a Margot después de dirigirle una breve sonrisa a Joanne—. La operación en sí, fue un éxito, pero todavía tenemos que esperar los resultados del laboratorio de patología.

—¿Puedo verla? —preguntó ansiosa, Margot.

—Por ahora no, pero te llevaré a una sala de espera que está más cerca de su cuarto.

Joanne tomó el brazo de Margot para seguir la figura paternal del doctor Turner.

—Las vendré a ver más tarde —Joanne le sonrió y Margot le dio un beso en la mejilla.

—Gracias… por todo, doctor.

Después de un largo rato, Margot pudo ver a su madre, y aun entonces, la encontró con los efectos de la anestesia. Permaneció sentada cerca de la cama, consciente del delicado estado de la enferma. El doctor Turner, también entraba con frecuencia, pero los ojos ansiosos de Margot sólo se fijaban en la pálida figura que yacía inconsciente sobre la cama. A veces parecía que no respiraba, pero una constante corriente de plasma fluía a su vena mientras otros instrumentos registraban su pulso y ritmo respiratorio. Esto era familiar para Margot, pero no obstante, le impresionaba en este caso.

Perdió el concepto del tiempo mientras estuvo sentada al lado de su madre. Le enviaron una bandeja con comida, pero la devolvió intacta a la cocina, ya que no sentía el menor apetito.

Joanne entró en el cuarto. Con una rápida mirada a su alrededor, se dio cuenta de la situación y volviéndose a Margot le aconsejó:

—Ven a casa conmigo, para que puedas pasar la noche con nosotros.

Margot contempló la palidez del rostro de su madre y replicó:

—Prefiero quedarme aquí, gracias.

—¿Por qué no aceptas la invitación de la señora Grant, Margot, y te vas a descansar? —intervino el doctor Turner—. Sería absurdo quedarse aquí. Yo llamaré en el momento que haya alguna novedad.

—No quiero molestarte, Joanne —se resistió Margot—. Estaré perfectamente bien en mi casa.

—¡Tonterías! No es posible que te quedes sola, especialmente ahora.

Margot no podía ocultar el cansancio que sentía, y la idea de pasar una noche en la casa silenciosa y vacía, le resultaba deprimente. Miró a Joanne y se decidió.

—Sólo iré a casa para recoger algunas cosas, y… gracias.

—No he hecho nada que merezca las gracias —sonrió Joanne—. Vamos, querida. Tu madre parece estar tranquila y el doctor Turner, así como la enfermera, estarán pendientes de ella.

Margot miró al doctor y le preguntó con vehemencia.

—¿Me promete que me llamará si hay algún cambio?

—Así lo haré —le prometió, y más calmada, se fue con Joanne.

La casa parecía extraña y triste sin su madre que le diera la bienvenida. Margot se cambió el uniformé con rapidez. Acomodó algunas cosas en una pequeña maleta, y media hora después se encontraba en la espaciosa y moderna casa de Joanne. El reloj eléctrico en la pared le indicaba que era un poco más tarde de las ocho de la noche. Margot encontró la bonita cocina brillando de limpia y sumamente confortable.

—¿Has comido algo esta tarde? —preguntó Joanne, y cuando vio la triste expresión de la pálida cara de Margot, le sonrió—. Sé que la comida es lo último en que estás pensando en estos momentos, pero hay sopa y un poco de estofado en el horno.

—Un poco de estofado bastará, gracias —le aseguró Margot a la vez que se acomodaba, exhausta, en un asiento cerca de la mesa—. No tengo mucha hambre.

Se esforzó en tomar las primeras cucharadas de sopa, para

complacer a Joanne, pero en pocos minutos lo hacía con más apetito y se sorprendió al recordar que no había comido nada desde el desayuno.

Cuando por fin Margot se levantó para lavar y secar su plato, vio que Joanne le sonreía.

—Estaba delicioso, gracias. No me di cuenta del hambre que tenía —se disculpó.

—Tu madre va a estar en el hospital por algún tiempo, y mientras esté allí, quisiera que consideraras que ésta es tu casa y te quedaras.

—Es muy amable de tu parte, Joanne, pero no quiero darte tantas molestias.

—No es ninguna molestia —recalcó Joanne—. ¡Quédate!

—Pero tengo mi casa.

—No es posible que te quedes sola. Te pondrás a pensar en toda clase de cosas negativas y te sentirás más triste y deprimida.

Joanne continuó persuadiéndola cuando se escucharon pasos que se aproximaban. Levantó la mirada para ver al hombre que acababa de entrar en la cocina.

—Daniel, háblale tú. Dile que es absurdo que regrese a su casa solitaria mientras su madre todavía se encuentra en el hospital, y que aquí hay lugar para ella.

Daniel Grant, vestido con unos pantalones de algodón y un grueso suéter miró a Margot con afecto.

—Joanne tiene razón —dijo—, y nos harías felices si te quedaras.

—Pero yo… —dudó Margot, indecisa entre el deseo de mantener su independencia y el de tener compañía, decidiéndose por lo último cuando sus cansados ojos se encontraron con la mirada cariñosa de Joanne—. Son ustedes muy amables y… y… acepto.

—Me parece lo mejor —dijo Joanne con satisfacción, tomándole la mano para infundirle confianza.

—Serena está inquieta —interrumpió Daniel—. Creo que deberías subir a verla, Lorelei.

—¡Oh Dios! —Joanne se levantó en seguida—. Sírvete más café, Margot y discúlpame, ¿quieres?

—Sugiero que pidas varios días libres en el trabajo hasta que tu madre esté fuera de peligro —sugirió Daniel, cuando ambos estuvieron solos.

—Oh no, por favor doctor Grant —protestó Margot—. Prefiero

mantenerme ocupada en vez de estar inactiva preocupándome más.

El doctor Grant ocupó el asiento que Joanne había dejado y encendió un cigarrillo, mientras la observaba.

—La sala de operaciones exige concentración absoluta y bajo las presentes circunstancias…

—Lo sé —replicó de inmediato—. No le fallaré, doctor Grant.

—No dudo de tu capacidad, Margot —le dijo con absoluta sinceridad—. Sólo estoy considerando tu actual estado de ánimo.

Ella lo comprendió. Como jefe de cirujanos, él no podía permitir a alguien con la tensión de ella en el quirófano, ya que podría no concentrarse debidamente.

—Si considero que no puedo hacer mi trabajo, entonces, seguiré su recomendación y me tomaré un par de días libres.

—De acuerdo —dijo, relajando su cara con una sonrisa. El timbre de la puerta sonó y haciendo su silla hacia atrás, se puso de pie—. Discúlpame.

Dejó a solas a Margot tomando su segunda taza de café e intentando de relajarse, pero la pálida cara de su madre volvía a su memoria, una y otra vez.

"¿Qué encontrarán en los análisis del tumor?" se preguntaba con ansia, y al aumentar en su mente la posibilidad de que fuese maligno se estremeció escondiendo la cara entre las manos. No soportaba esa idea a la vez que no podía dejar de pensar en ella.

—¿Margot? —una voz familiar y profunda la hizo volver para encontrar a Jordan junto a ella. Su insondable mirada acompañaba la expresión de su rostro preocupado—. ¿Cómo está tu madre?

Ella respiró con nerviosismo. Desde el día anterior, su relación con Jordan era menos que amistosa, pero ahí estaba él, confortándola como si nada hubiese sucedido y sorprendiéndola aún más con su sincero interés.

—Mi madre ha resistido la operación —le dijo—. Eso es todo lo que sé hasta el momento.

Haló la silla más cerca a la de ella y se sentó, fijando su mirada en la espesa cabellera de tonos rojizos que le caía sobre los hombros.

—Me gustaría disculparme por mi brusco comportamiento en el quirófano esta tarde.

—Es comprensible —replicó ella con acento sincero.

—Margot… —hizo una pausa y tomó sus manos entre las de él, esto hizo que ella recordara acontecimientos que permanecían

demasiado latentes, y retiró su mano.

—¡Por favor! —suplicó, haciendo un esfuerzo para controlar sus emociones—. Tu interés por mi madre es muy conmovedor, pero no hay ninguna necesidad de que te preocupes por mí.

—Este no es el tiempo para discutir sobre diferencias personales y prejuicios, Margot —dijo con firmeza, y mirándole a los ojos, agregó—: ¿Por qué no hacemos una tregua y comenzamos de nuevo?

Margot movió la cabeza con ademán dudoso.

—¿Comenzar? ¿Con qué fin? ¿Qué es exactamente lo qué tienes en mente?

—Diría que podríamos comenzar, tratándonos con más cortesía y dejando que las cosas sigan su propio camino —sugirió él y aunque la idea le pareció muy apropiada, ella no tenía la intención de permitir que las cosas llegaran tan lejos como habían llegado.

—Me imagino que la cortesía no cuenta nada —aceptó por fin ella—, y sería muy prudente hacer un "alto al fuego", considerando que tenemos que trabajar juntos todos los días, pero debemos mantener nuestra relación en plan profesional solamente.

—Si así lo desea, enfermera Huntley…

—No se burle de mí, doctor Merrick —contestó con energía.

—Hemos hecho una tregua, ¿recuerdas? —le dijo, acercándose —. ¿Nos damos la mano?

Margot dudó por unos segundos y luego le dio la mano.

—Sería mucho más sencillo que fuésemos amigos en vez de enemigos —aceptó y en ese momento entró Joanne.

—Es tiempo que descanses, Margot —le sugirió, a la vez que miraba a Jordan diciéndole—. Daniel te está esperando en el estudio.

—Gracias, Joanne —le sonrió brevemente Jordan. Al levantarse volvió a mirar a Margot—. Te veré mañana —dijo despidiéndose.

—Ven conmigo, querida —la invitó Joanne tomándola del brazo —. Tu maleta está arriba.

La habitación de los huéspedes se encontraba amueblada con elegancia y buen gusto. Margot se volvió para mirar a Joanne que estaba a su lado, observando en sus ojos una afectuosa expresión.

—Joanne… no sé cómo darte las gracias.

—Entonces no las des —le sonrió Joanne—. Solamente descansa y trata de no preocuparte. Si quieres cualquier cosa durante la noche llámanos —sus labios rozaron brevemente la mejilla de

Margot—. Buenas noches, querida.

Margot durmió por intervalos durante toda la noche; ya se había levantado y vestido antes que amaneciera, para poder ir al hospital. Bajó con rapidez la alfombrada escalera, pero cuando entró en la cocina se encontró allí con Joanne, vestida con una bata casera muy gruesa. Se separó del horno saludándola.

—Supe que ya estabas despierta cuando pasé por tu cuarto hace algunos minutos, por lo que decidí hacerte el desayuno, además, Serena tenía hambre —agregó, señalando hacia la pequeña y graciosa niña sentada en un asiento infantil.

Margot pensó que sería inútil decirle que no tenía hambre cuando el delicioso olor del queso de la tortilla de huevo le parecía delicioso, por lo que dejó a un lado su bolso de mano, y se quitó su capa colocándola sobre una silla para irse a sentar al lado de la niña.

Serena tenía el cabello castaño de su madre, pero sus ojos eran azules como los de su padre y en esos momentos miraban a Margot con curiosidad. Un pequeño y mojado dedo se extendió finalmente para hacer una tentativa exploración en Margot; ella le dio un ligero golpecito en la cara y la pequeña se empezó a reír, a la vez que Margot también la acompañaba.

—Serena —le habló Margot—. Tienes un nombre muy bello.

—Así se llamaba la madre de Daniel —explicó Joanne colocando frente a ella su desayuno al mismo tiempo que le daba de comer a la niña—. Serena Grant era una mujer maravillosa —continuó diciendo Joanne—. Era tranquila como lo indicaba su nombre, pero también fue la mujer más valiente que he conocido—. Sus ojos se entristecieron por los recuerdos, pero esa mirada fue reemplazada con rapidez, por una sonrisa de buen humor—. Sólo espero que Serena sea igual que su abuela, pero tal como es, creo que va a ser todo lo contrario.

—¿Me imagino que la madre del doctor Grant ya no vive?

—Murió de cáncer unos meses después que Daniel y yo nos casáramos —explicó Joanne mientras le daba de comer a la pequeña—. Ella era una mujer muy recta, en algunas ocasiones demasiado sincera. Yo le admiraba, la comprendía, nos llevábamos bien, por lo que la extrañé mucho cuando nos abandonó.

Más tarde esa frase de "cuando nos abandonó", acudió a la

mente de Margot, mientras se dirigía hacia el hospital. ¿Qué haría cuando su madre ya no estuviese con ella?, se preguntaba, pero dejó de pensar en eso, suspirando profundamente cuando por fin llegó.

—¿Cómo está? —quiso saber de inmediato cuando entró en el silencioso cuarto y vio al doctor Turner inclinado sobre la figura de su madre.

—Pregúntale a ella —sugirió él con una sonrisa al mirar a Margot.

—¡Mamá! —exclamó Margot al acercarse a ella, y cuando la miró, hubiera, podido llorar de alivio—. ¡Oh, mamá, he estado tan preocupada!

—Tontita —Beryl le sonrió con cansancio y cuando Margot se inclinó para besarla, agregó—: siento mucho causarte todas estas molestias.

—No te preocupes —rió Margot entre lágrimas—. Lo que deseo es que te pongas bien.

—Trataré —suspiró su madre—, pero me siento tan cansada…

—Entonces cierra los ojos y descansa lo más que puedas —le sugirió Margot—. Vendré a verte durante mi hora de descanso.

Para su sorpresa, Beryl obedeció. Margot se quedó a su lado por algunos momentos hasta que el doctor Turner le indicó que deseaba hablar con ella en privado. Dejando a la enfermera a cuidar de la paciente, acompañó a Margot hasta la salida.

—¿Qué ha sabido? —preguntó con ansias, cuando ya se habían alejado del cuarto.

El doctor la observó con aire sombrío, pero pronto rehuyó la mirada.

—Los resultados del laboratorio patológico demostraron que el tumor es canceroso.

—¡Oh, Dios mío! —Margot sintió que un viento helado la envolvía—. ¿Usted cree que se ha extendido?

—Es difícil decirlo —señaló el doctor Turner—. Haremos una serie de análisis más amplios, pero por el momento no te puedo dar más información.

—¿Está muy débil, doctor?

—Sobrevivió a la operación, y eso nos da muchas esperanzas —dijo el doctor Turner tratando de animarla—. Haremos todo lo posible, Margot.

—Lo sé —contestó, forzándose a sonreír, pero su corazón tenía un fatal presentimiento.

En el camino hacia la clínica, tuvo el suficiente tiempo para pensar que la eliminación de un tumor no siempre significaba la recuperación del paciente. Tenía que enfrentarse a la realidad, y hacer eso significaba aceptar la posibilidad de que el mal pudiera extenderse. Era un pensamiento cruel pero inevitable.

—¿Alguna noticia? —preguntó Jordan, al entrar en su oficina momentos después que ella llegara.

—El tumor es maligno —le informó, intentando dar a su voz un tono normal, a la vez que le entregaba el programa del día, mas él apenas lo miró, volviéndolo a colocar sobre su escritorio.

—¿Cuánto se ha extendido?

—Todavía no lo saben, van a seguir haciéndole estudios.

Sus ojos se encontraron, pero cuando sintió que las lágrimas iban a brotar, se volvió bruscamente hacia el escritorio pretendiendo arreglarlo.

—No pierdas la esperanza, Margot.

—Eso es todo lo que tengo por el momento —suspiró, haciendo un esfuerzo por controlarse.

Las manos de Jordan la tomaron de los hombros, y presionándola para darle ánimos le preguntó:

—¿Podrás trabajar en el quirófano?

—Estoy lista cuando lo desee, doctor Merrick.

Su voz sonaba profesional, pero en ese momento sólo era una barrera que escondía su dolor. Cuando las manos de Jordan se retiraron de sus hombros, su cara no mostraba ya ninguna expresión. Después, él salió de la oficina.

El cambio brusco de su trato le intrigó. "¿Lo habría ofendido de alguna forma?" se preguntó, pero no tenía tiempo para meditar sobre ese asunto y se preparó mental y físicamente para realizar su trabajo, durante las largas horas que le esperaban.

Ella le había prometido a Daniel Grant que haría un buen trabajo y trataría de cumplirlo. No le fallaría ni a él, ni a la clínica.

Capítulo 5

Margot rezó para no volver a pasar otro día igual. Después de las largas horas de absorbente trabajo en la sala de operaciones, a la hora de la comida fue a ver a su madre. La encontró descansando, y sin molestarla salió para trabajar otras tres horas con el doctor Grant.

Cuando abandonó la clínica esa tarde, regresó al hospital y en esa ocasión encontró a su madre despierta y ligeramente más lúcida, aunque agotada y quejándose por el dolor.

Nunca antes Margot se sintió tan indefensa ni atemorizada, y la decaída conversación de su madre sólo había servido para aumentar su preocupación hasta desesperarla.

No tenía caso quedarse, la enfermera encargada le informó que su madre se durmió. Los doctores Turner y Russell, pasarían con frecuencia a revisarla y le informaron que mientras tanto, se estaba haciendo todo lo posible por ella.

Margot sabía que era cierto, pero aun así, no quería dejarla hasta que al fin fue persuadida para que lo hiciera. Después de dirigirle otra mirada, se despidió de su madre. Fue primero a su casa para quitarse el uniforme, y recoger alguna ropa extra, luego se dirigió a la casa de los Grant, que estaba junto a la de los Merrick.

—¿Cómo está tu mamá? —le preguntó Joanne en el momento que Margot entró en la sala. Le dio un vuelco el corazón al ver a Jordan de pie junto a la chimenea con Daniel, tomando un trago. Su conversación se interrumpió para volverse hacia Margot y concentrar su mirada en ella.

—Está muy cansada, no habla mucho —explicó, mirando con brevedad hacia Jordan—. No hay más que decir por el momento.

—Estas cosas toman su tiempo —le advirtió Daniel a la vez que le entregaba un vaso de vino, y después se fue a sentar junto a Joanne.

—Lo sé —sonrió Margot brevemente, pero la sonrisa fue reemplazada por un gesto de tristeza—. Si sólo ella no estuviese tan débil…

El vino la reanimó un poco, pero al sonar el teléfono del pasillo sus sensitivos nervios vibraron ante el presentimiento de lo que

temía. Todos esperaron en silencio mientras Joanne fue a contestar, pero cuando regresó momentos más tarde, Margot supo en seguida que algo terrible había acontecido.

—Margot… —Joanne vaciló unos segundos y luego terminó el resto de la frase—. Creo que es mejor que regreses al hospital, parece que es urgente.

Margot se levantó de inmediato, se puso su abrigo y se dirigió a la puerta; Jordan la alcanzó antes que saliera.

—Te llevaré —le dijo, y Margot no tuvo fuerza ni voluntad para discutir con él cuando la tomó con energía del brazo, conduciéndola hacia su coche. Después aceleró a fondo, corriendo a toda velocidad. En poco tiempo entraban por la puerta del hospital.

—¿Señorita Huntley? —le preguntó una joven enfermera al verla acercarse, después su mirada se posó en el hombre alto y silencioso que estaba al lado de Margot, pareciendo por un momento que se le había olvidado el motivo, por el que estaba allí.

—¿Sí? —le contestó con impaciencia Margot—. ¿Qué pasa?

La joven enfermera hizo un esfuerzo para dirigirse de nuevo a Margot.

—La señora Huntley tiene una hemorragia interna. Los doctores Russell y Turner están con ella en la sala de operaciones —después de terminar su explicación les indicó una pequeña sala de espera—. Si hacen el favor de esperar aquí, el doctor Turner vendrá a verlos tan pronto como le sea posible.

Jordan le dio las gracias a la enfermera, y con el brazo sobre los hombros de Margot, la llevó a la sala de espera.

—¿Jordan? —empezó a decir desolada.

—Contrólate —le ordenó con firmeza él—. Están haciendo todo lo que pueden por ella.

—Lo sé —replicó con voz ahogada y tratando de controlarse, antes de atreverse a mirar los oscuros e impenetrables ojos de Jordan.

—Siéntate —le dijo con firmeza, mientras él lo hacía a su lado.

—Jordan, ¿qué pasaría…?

—Nada va a pasar —interrumpió—. Ella no es la primera paciente que sufre una segunda operación por hemorragia interna, y no será la última.

—Eso es cierto, claro —Margot tuvo que aceptarlo mientras se mordía el labio. Todo resultaba diferente cuando la paciente era su propia madre, reconoció.

Si Beryl Huntley hubiese sido fuerte y saludable, tal vez ella no hubiese sentido esa enorme preocupación, pero durante los últimos meses, se había debilitado, y después de la operación del día anterior, sería un milagro si lograba sobrevivir.

Parecía que habían estado esperando horas, antes de escuchar unos pasos que se acercaban, lo que hizo que ella se levantara del asiento mirando anhelante hacia la puerta que se encontraba entreabierta. El doctor Turner que aún traía puesta su bata verde de cirugía, entró en el cuarto. Le bastó ver la expresión de su rostro para adivinar lo que más había temido.

—Se ha terminado, ¿no es así? —el dolor hizo que su voz sonara ronca, distinta a la suya habitual—. Está… está muerta, ¿verdad?

El doctor Turner comenzó a explicarles.

—Todo iba muy bien. Ya habíamos detenido la hemorragia, cuando sufrió un ataque cardiaco—. Hicimos todo lo posible, pero…

Dejó la frase inconclusa, y por la expresión de su rostro, parecía estar recorriendo mentalmente lo acontecido en la sala de operaciones, tratando de buscar la mejor forma de explicarlo.

—¿Puedo verla? —preguntó Margot, sintiéndose como ausente.

El doctor Turner buscó la aprobación de Jordan con la mirada y después accedió.

—Venga conmigo.

Antes de llegar al cuarto donde estaba su madre Margot pidió estar con ella a solas; ambos doctores se quedaron afuera mientras ella entraba en el cuarto, que olía a antiséptico y con las paredes blancas. Las enfermeras que estaban presentes, salieron con discreción cuando ella se acercó a la figura querida que reposaba ya sin vida en el lecho. Margot se sorprendió de la firmeza de su mano cuando descorrió la sábana que tapaba el rostro de su madre.

Los ojos grises se habían cerrado para siempre, la piel blanca, casi transparente, sin que se le notaran las líneas de dolor y de cansancio. Parecía que había muerto en paz y, extrañamente, parecía mucho más joven, pensó Margot, mientras con calma cubría de nuevo la cabeza gris de su madre para salir del cuarto.

Jordan la esperaba. La tomó por el codo para escoltarla afuera del hospital. Margot tembló un poco al sentir el aire frío. Momentos después su fortaleza decayó, y a pesar de sus esfuerzos, sus ojos empezaron a derramar abundantes lágrimas.

Al oír su llanto, Jordan se volvió hacia ella y en un momento

más, Margot se encontraba llorando incontrolable junto a su pecho, mientras sus fuertes brazos la confortaban.

—Perdóname —dijo ella al fin, a la vez que se separaba un poco de él y aceptaba el pañuelo que le ofrecía—. Yo… yo no pretendía hacer esta escena.

—Bajo estas circunstancias, es lógico que te portes así —le dijo él, tratando de calmarla—. ¿Te sientes mejor?

—Sí —replicó insegura—. Gracias.

Margot no recordaba que tenía que regresar a casa de los Grant, pero cuando llegó se encontró que la noticia de la muerte de su madre se había adelantado a ella. Joanne le hizo frente a la situación de una forma inteligente, mientras Daniel le dio un vaso pidiéndole que se tomara el contenido. Tenía un olor raro y sabía mal, pero en varios segundos la ayudó a estabilizarse, a la vez que le producía cierto calor reanimador.

Jordan rehusó la invitación que le hizo Joanne para que se quedara a cenar y a los pocos minutos se fue, pero esa noche, mientras Margot estaba acostada y sola con su dolor, deseó una vez más tener los reconfortantes y fuertes brazos de Jordan. Era una locura sentir ese anhelo por él, pero en ese momento crucial deseaba el refugio de sus brazos.

Hay tanto que hacer que no sé por dónde comenzar —se lamentaba la siguiente mañana Margot.

—No hay nada que hacer, Margot —le dijo Joanne con calma—. Ya todo se ha arreglado.

—Y no vayas a la clínica hasta que te sientas bien —le aconsejó Daniel mientras desayunaba, con voz de afectuosa autoridad—. Anoche te dije que podías tomar una semana libre, pero si sientes la necesidad de prolongarla, te puedes tomar dos.

Se sintió protegida y estimada por ellos en esos momentos, así como en los días siguientes. Jordan también estuvo presente, lo que le sirvió para aumentar su seguridad y confianza, ayudándola en esos días en que necesitaba desesperadamente a alguien. Como dijera Joanne, todo había sido arreglado, y a la mañana siguiente del funeral, cuando Margot se reunió con Joanne en el pórtico para tomar el té, trató de expresarle su agradecimiento.

—Tú y Daniel, ambos, han sido tan amables —comenzó a decirle Margot—. No sé cómo agradecerles el haber hecho todos los

arreglos necesarios para el funeral, y…

—Nosotros no hicimos los arreglos, Margot —le interrumpió Joanne—, es a Jordan a quien se lo debes agradecer.

—¿Jordan? —preguntó incrédula—. ¿Por qué él… yo nunca pensé que… ¡Oh Dios mío!

Nunca se le había ocurrido que era a Jordan a quien debía agradecerle el haberla librado de esas penosas obligaciones, pero ahora comprendía por qué estuvo siempre a su lado cuando más lo necesitaba. El había tomado el mando, silenciosa y discretamente, de todo.

—No te preocupes, Margot —interrumpió Joanne sus confusos pensamientos—. Como la mayoría de los hombres Jordan disfruta haciéndose cargo de las situaciones difíciles.

A Margot le costaba trabajo comprenderlo. Jordan no sólo se había hecho cargo de la situación, sino que también se había apoderado de su corazón, y el aceptar la realidad, resultaba una experiencia dolorosa que le hubiese gustado no tener.

—Debo pensar en regresar a mi casa —comentó, tratando de desviar sus pensamientos.

—Todavía no, Margot —respondió de inmediato Joanne—. Quédate un poco más… por lo menos hasta fines de semana.

Margot se mostró decidida, negándose.

—No es aconsejable prorrogar lo inevitable, tengo que regresar algún día y mientras más pronto sea, mejor.

—Supongo que tienes razón —se lamentó Joanne— pero te voy a extrañar mucho, y Serena va a extrañar tus mimos.

Serena balbuceó como si estuviese de acuerdo, a la vez que caminaba con inseguridad hacia Margot; ella levantó a la criatura para abrazarla y permitir que jugara en sus rodillas, hasta que algo más le llamó la atención bajándose de las piernas de Margot para ir a investigar.

—Ha sido maravilloso, Joanne, nunca podré agradecerte lo suficiente —le dijo Margot mientras que observaba los juegos de la pequeña.

—Entonces no lo hagas —rió ligeramente Joanne a la vez que le llenaba su taza de té por segunda vez, agregando con humor—: eso sólo me haría sonrojar.

Margot regresó ese mismo día a su casa para encontrarse con los objetos familiares que habían pertenecido a su madre. Su personalidad estaba en cada cuarto. Cada adorno, cada mueble,

todo le recordaba que su querida madre ya no estaría más con ella. Una capa de polvo cubría los muebles, y conteniendo las lágrimas, Margot empezó a limpiar la casa logrando entretener un poco su mente, mientras llegaba la hora de acostarse.

Se sentó a cenar, aunque no tenía apetito, después lavó sus platos, limpió el piso, pero a las ocho de la noche ya había terminado. Era demasiado temprano para ir a dormir, por lo que tomó una revista y trató de leer. Las palabras aparecieron borrosas ante sus ojos. Por fin, encendió la estufa con la idea de hacerse un café. A través de la ventana se quedó mirando la oscuridad de la noche, pero una ráfaga de viento penetró y la hizo temblar, por lo que tuvo que cerrar las cortinas haciendo un esfuerzo para aliviar la horrible sensación de soledad de esa noche, que sólo interrumpía el chillido de algunos animales nocturnos.

Por primera vez pudo comprender que a través de los años, su madre había representado toda su familia y que ahora, de repente, le faltaba. Se sentía sola, desvalida, y no pudo contener las lágrimas que asomaron a sus ojos.

La cafetera comenzó a silbar indicando que el agua ya estaba hirviendo y en ese momento tocaron a la puerta; secando sus lágrimas, apagó la flama para ir a abrirla.

—¿Quién es? —preguntó con cautela, sin abrir la puerta.

—Jordan —escuchó la contestación—. ¿Puedo entrar?

—Sí, sí, claro —asintió sin convicción y de inmediato trató de limpiar las lágrimas de su rostro, antes de abrir la puerta para permitirle la entrada. Sus esfuerzos fueron inútiles, Jordan con una mirada notó en seguida las huellas del llanto.

—¿Has estado llorando? —le preguntó.

—Un poco —confesó ella, cerrando la puerta para que no entrase el frío y lo guió hacia la cocina—. Me iba a hacer una taza de café. ¿Quieres una?

—Sí, gracias —replicó él, tomando una silla y sentándose cómodamente—. ¿Vas a continuar viviendo aquí sola?

—Es mi casa —le recordó sin volverse hacia él. Jordan no continuó con el tema, y ella se dispuso a servir las tazas de café.

A Margot le resultó un alivio tener a alguien con quien hablar, aunque fuese sólo por poco tiempo, para romper el deprimente silencio que reinaba en la casa. El cuarto de su madre permanecía cerrado, Margot no se encontraba aún con ánimo de entrar en él. Tal vez dentro de una semana, cuando la impresión y dolor de su

muerte se aliviasen un poco, ella encontraría el valor necesario para repasar las pertenencias de su madre.

Le dio a Jordan la taza de café y se sentó a la mesa con él. Mientras lo tomaban, recordó la conversación que tuvo esa mañana con Joanne, y se fijó en sus ojos. Desconcertada, bajó la mirada y comenzó a balbucear unas palabras de agradecimiento.

—Creo que tú fuiste quien hizo todos los trámites y arreglos del… del funeral de mi madre. Yo… —hablaba tratando de controlar las lágrimas—. No sé cómo agradecértelo, pero espero que algún día te lo pueda pagar…

Hubo un corto silencio antes que él dijese:

—Fue un pequeño servicio y me lo podrás agradecer si nunca me vuelves a mencionar que quieres pagármelo.

—Has sido muy bondadoso conmigo —murmuró ella sin mirarlo. De pronto Jordan cambió el tema.

—Tengo entendido que vas a regresar a la clínica el lunes.

—Sí, es cierto.

—Me parece bien —comentó él, mientras tomaba su café—. La enfermera Lewis ha llenado tu lugar muy bien, pero como equipo somos un desastre.

—¿Acaso escucho un cumplido velado en esa frase? —le preguntó con un poco de humor.

—Puede que sí —sonrió, después se quedaron en silencio mientras terminaban de tomar el café. Jordan al fin habló:

—Sé que este tema te molesta, pero no me gusta la idea de que estés viviendo sola en esta casa.

—Por Dios, Jordan —replicó ella con prontitud—, soy bastante capaz de cuidarme por mí misma.

—¿Lo eres?

Sus ojos brillaron con una rara intensidad, a la vez que la recorrían observando con fijeza el ajustado suéter que vestía el cual no ocultaba la agitación de su pecho. Una intimidad no esperada había dado un nuevo giro a la conversación y haciendo un intento para acabar con el inquietante tema se levantó.

—¿Más café? —le preguntó.

—Si es que quieres que me quede más tiempo, sírveme.

—Jordan… —empezó a decir, volviéndose para contestarle, pero las palabras no salieron, cuando advirtió que él estaba muy cerca de ella y que su masculinidad la perturbaba. Su presencia había sido reconfortante durante los pasados días, pero en ese momento fue

una fuerte tentación sensual la que sintió. Sus ojos la miraban como hipnotizándola, y eso la hizo comprender lo débil que se sentiría si estuviese entre sus brazos, presa en esa inquietante y a veces cínica mirada y con su boca cerca de la de ella. Este pensamiento aceleró los latidos de su corazón.

—Por favor… —logró decir cuando recuperó la voz, que se escuchaba tal vez más baja—. No me compliques las cosas.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó, arqueando las cejas.

—Bien sabes lo que quiero decir —gritó exasperada.

—¡Por todos los santos, Margot! —exclamó él, asiéndola de los hombros para acercarla. Ella se puso rígida para poder resistir los besos, pero Jordan no trató de besarla. La hizo a un lado, un poco molesto, al mismo tiempo que le decía—: Cierra bien la puerta cuando salga y antes que te vayas a dormir. Tal vez estés de mejor humor mañana.

Margot pensó en todo lo que Jordan había hecho por ella y un sentimiento de culpabilidad la dominó, por lo que salió de la cocina y logró alcanzarlo antes que se subiese a su coche.

—¡Jordan! —él se volvió y ella lo miró arrepentida—. Lo siento —se disculpó.

Por un momento él se mantuvo inmóvil, después sin ninguna advertencia, la tomó entre sus brazos y la besó con tanta pasión que la dejó temblorosa. Se separó antes que ella pudiera reaccionar. Más tarde, acostada en su cama, en la oscuridad de su cuarto deseó con todo el corazón poderlo odiar, pero sabía que nunca podría hacerlo. ¡Nunca… mientras viviera!

Al convertirse los días en semanas, una especial relación se desarrolló entre los dos, que Margot sólo podía describir como una ligera amistad. Él venía a verla con frecuencia y se quedaba ocasionalmente a cenar, pero ella decidió alejarlo cuando descubrió que su compañía le resultaba muy peligrosa. Hablaban de muchos temas pero siempre a un nivel impersonal. No obstante, Margot tenía que reconocer que esperaba impaciente sus visitas.

En la clínica, Margot trataba a Jordan con el respeto y admiración que se merecía y, con excepción de Daniel y Joanne Grant, se cuidaba de que nadie sospechara o comenzara a especular sobre su relación. De todas formas, nada resultaría de ello, porque continuamente se recordaba que ambos pertenecían a mundos

diferentes.

Un viernes por la tarde al llegar Margot a su casa, escuchó el teléfono y de inmediato corrió a contestarlo.

—¿Margot? —preguntó una vaga voz familiar.

—Sí, soy yo, ¿quién habla?

—Eva Merrick —dijo la voz. Un temblor desagradable recorrió su cuerpo—. ¿Estarás libre mañana en la mañana?

—Lo estaré. ¿Por qué, señora Merrick?

—Necesito verte. Te espero en el salón de té Protea en la mañana, ahí te explicaré.

—Pero, señora Merrick, yo…

—¿A las diez y media? —preguntó la voz autoritaria.

—Sí, pero yo…

—Entonces, te veré —interrumpió Eva Merrick—, por favor, sé puntual.

La comunicación se cortó y Margot colgó el teléfono con una expresión irritada en el rostro. "¿Qué querría Eva Merrick con ella?", se preguntó con la idea de no verla, pero sabía que la curiosidad le haría asistir a la cita.

El salón de té Protea era el lugar de más categoría en Willowmead para tomar una taza de café y un delicioso pastel, pero Margot se imaginaba que esa no era la razón por la cual Eva Merrick escogió ese lugar. Eso solamente significaba que se encontrarían en terreno neutral para hablar sobre lo que esa anciana aristocrática deseaba.

Margot llegó puntual el sábado por la mañana, la madre de Jordan ya la estaba esperando en una mesa al fondo del salón. Eva Merrick sirvió el té.

—No perderé el tiempo en circunloquios, por lo tanto seré muy directa —dijo, dándole a Margot su té—. Comprendo, claro está, que al estar trabajando juntos Jordan y tú, es lógico que se vean con frecuencia, pero también sé que se han estado viendo en privado, muchas veces, durante las pasadas semanas.

—Señora, Merrick, nosotros… —no podía disimular la sorpresa.

—Por favor, permíteme terminar —la señora Merrick la interrumpió—. Los siete años que Jordan pasó en Europa no lo cambiaron y me gustaría advertirte. A él le siguen gustando las aventuras, aunque su gusto en mujeres deja mucho que desear, pero eso cambiará cuando su compromiso con Berdine Powell se anuncie —la frase fue dicha con la intención de herir, y Eva Merrick sonrió

con satisfacción cuando vio que había logrado su propósito—. Berdine pertenece a una rica y respetable familia de Cape Town, y mañana esperamos su visita, durante la cual, seguramente, se fijará la fecha de la boda —la señora Merrick sonrió con crueldad, buscando herir más el corazón de Margot—. Comprendes por qué te digo esto, ¿no es cierto?

Después de varios segundos, Margot logró hablar y entonces el orgullo le dictó la respuesta.

—Comprendo, señora Merrick —dijo con frialdad—, pero usted no tiene nada que temer de mí. Siempre he conocido mi lugar, y le puedo asegurar que no tengo ningún interés personal en su hijo. Él ha sido muy amable conmigo desde la muerte de mi madre, pero no hay nada entre nosotros, nada que la deba preocupar.

—¿Puedo esperar que terminarás ese asunto de inmediato?

Margot palideció.

—No somos amantes, señora Merrick, solamente amigos, pero le haré saber a Jordan que ya no deseo su amistad.

—Gracias —sonrió la anciana, tomando un poco de té mientras observaba a Margot con intensidad—. Sabía que serías razonable.

—De nada; señora Merrick —replicó Margot con frialdad.

—Tu té ya debe estar frío —comenzó a decir la madre de Jordan con hipocresía—. ¿Te sirvo otra taza?

—No, gracias —contestó Margot, a la vez que se levantaba—. Le ruego que me disculpe, señora Merrick. Tengo varias cosas que comprar.

Eva Merrick asintió y Margot salió del salón de té con la cabeza en alto, y el corazón destrozado.

Compró todo lo que tenía en la lista, no dándose tiempo de pensar ni de sentir, hasta el momento que entró en su casa y dejó caer los paquetes sobre la mesa de la cocina, después, entró en el cuarto de su madre, donde todavía estaba impregnado el aroma de su perfume favorito. Margot lloró mucho aunque eso no consoló en nada su pena.

" ¡Fui una tonta! ¡Una ingenua!" Había sospechado por algún tiempo que Jordan sólo la estaba utilizando para pasar el tiempo, pero en vez de apartarlo de su vida le permitió entrar, y como resultado, ahora sentía una gran desilusión.

Margot esperaba no tener que ver a Jordan, excepto en el quirófano, pero el domingo en la tarde, cuando menos lo esperaba, sonó el timbre y cuando abrió la puerta, lo vio afuera, esperando.

—¿Qué es lo que quieres?

—Podría responderte si me invitaras a pasar.

—Estoy ocupada, y no quiero… —interrumpió la frase al ver cómo Jordan abría la puerta con brusquedad y después la cerraba de golpe. Temerosa, le preguntó:

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Desde cuándo no soy bienvenido? —preguntó con dureza.

—Desde hoy.

—Explícate, ¿quieres?

A ella le molestó su insistencia, pero trató de ser amable.

—Tus bondades y consideraciones han sido apreciadas, pero por ahora la situación ha vuelto a ser normal.

—¿Normal? —le preguntó violento. Margot dio unos pasos hacia atrás cuando él se le acercó—. No, yo no diría que la situación ha sido normal durante las pasadas semanas. Cada vez que he estado contigo tengo que hacer un enorme esfuerzo por controlar mis deseos; como éstos, por ejemplo.

Sus ojos la miraban con pasión incontenible y sus brazos la rodeaban, acercándola hacia sí para besarla a la fuerza. Luchó contra él hasta que al fin pudo separarse de sus labios, pero no por mucho tiempo, pues él la tomó de nuevo con firmeza por la cintura, sin darle oportunidad de alejarse.

—¡No! —protestó ella—. ¡No puedes hacerme esto!

—¡Sí, sí puedo Margot! —dijo burlándose y una sonrisa cruel se dibujó en sus labios, que de nuevo se apoderaron de su boca.

Sus besos ya no eran rechazados, al contrario, una corriente sensual y excitante la hizo perder la cabeza. Trató desesperadamente de no responder, recordando que sólo era un pasatiempo para él y que pensaba casarse con otra mujer, pero a pesar de sus esfuerzos su resistencia cesó cegada por el deseo.

Quiso detenerlo cuando sus dedos comenzaron a bajarle la cremallera, pero sintió la sensual presión de la mano sobre su piel y su último esfuerzo por resistir se desvaneció para caer en sus brazos, presa de sus propias emociones.

Margot se sintió flotar en las nubes y sólo cuando escuchó rechinar el resorte de su cama, volvió a la realidad y se dio cuenta de lo que estaba pasando; el pánico la invadió. Asustada, vio cómo Jordan se había quitado la camisa, dejando al descubierto su velludo y musculoso pecho.

—¡Déjame ir! —le rogó, pero sus manos no la soltaban,

acariciándola hasta que su tembloroso cuerpo cedió.

—Margot, te deseo —murmuró él contra su pecho; ella no sabía lo que estaba haciendo, cuando pasó los dedos por su oscura y abundante cabellera para sostener su cabeza contra ella mientras que experimentaba toda la sensualidad de su cuerpo.

—Jordan… eso no debe ser —murmuró al fin cuando pudo hablar con serenidad, pero sus labios encontraron los de ella y su débil resistencia fue vencida por el vértigo de la pasión.

El persistente sonar del teléfono la hizo recuperar la cordura aunque Jordan le dijo que lo olvidara. De alguna forma logró escaparse, subió la cremallera y sonrojada y avergonzada de sí misma, corrió por el pasillo para contestar el teléfono. La persona que llamaba no necesitó identificarse, puesto que esa voz autoritaria sólo podía ser de Eva Merrick.

—¿Me podrías hacer el favor de decirle a Jordan que Berdine ha llegado?

—Por supuesto —contestó Margot, algo desorientada, y colgó con mano temblorosa.

—Era tu madre —le informó a Jordan al verlo acercarse a ella, haciéndose el cabello hacia atrás—. Berdine Powell ha llegado, y sugiere que no la hagas esperar.

Él se puso la camisa y acarició la cabellera de Margot.

—Margot…

—Por favor, Jordan —le rogó ella, bajando la vista, demasiado avergonzada para mirarle a los ojos—. Lo que sucedió fue algo lamentable, pero hubiera sido peor si el teléfono no nos hubiera interrumpido, así que te ruego que olvides mi comportamiento vergonzoso. Soy, te lo aseguro, inexperta en estos asuntos, y si en el pasado te di ánimos, te aseguro que no fue con mala intención y espero que me perdones.

Un breve y angustioso silencio siguió a sus palabras.

—¿Qué quieres decir con eso…?

Con un profundo suspiro, le dijo lo que Eva Merrick deseaba.

—No quiero que vuelvas, prefiero que no nos volvamos a ver a menos que sea en plan de trabajo.

—¿Estás completamente segura de que es eso lo que deseas?

—Así es —afirmó con calma, sin que su voz delatara el dolor que sentía—. Ahora vete… por favor. Tu prometida te está esperando.

—¿Mi… prometida? —preguntó desconcertado.

—Sí —asintió en voz baja, forzándose a sonreír—. Me enteré sobre tu compromiso con Berdine Powell, pero puedes estar seguro de que no lo diré a nadie hasta que tú decidas anunciarlo.

Sus ojos brillaron de forma extraña.

—Eso es muy considerado de tu parte.

No ofreció ninguna excusa, ni siquiera una explicación, por lo que ella supuso que eso sería lo más conveniente.

—¿Entonces, estás de acuerdo conmigo, Jordan? Creo que será más prudente que no vengas más aquí.

—Oh, estoy absolutamente de acuerdo —pronunció cada palabra con una expresión de frialdad en su rostro. Después salió de la casa dando un portazo.

Margot se recostó sobre la pared y cerró los ojos. Se sentía frustrada, vacía, pensando que él la deseaba solamente para una aventura amorosa, pero no para darle su nombre ni para ser la madre de sus hijos.

Capítulo 6

La tensión que existía entre la enfermera de la sala de operaciones y el cirujano mayor, no pasó inadvertida durante los siguientes días, y el doctor Neil Harris fue el primero en mencionarlo durante la hora de la comida. Se acercó a la mesa de Margot con una taza de café y se sentó sin esperar invitación.

—¿Qué sucede entre Merrick y tú? —preguntó de repente—. El ambiente en la sala de operaciones durante estos días es casi insoportable —cuando vio que Margot no respondió, la miró con curiosidad y agregó—: ¿La llegada de una rubia, tiene que ver algo con eso?

"Entonces es rubia" —pensó Margot, para después decir:

—No sé de qué estás hablando.

—Vamos, Margot —rió Neil Harris—. Debiste haber oído el rumor de que Jordan va a casarse con la encantadora Berdine Powell, por cierto, la conoció en unas vacaciones en Suiza.

Sintió agudos celos, pero logró controlarse y le contestó a Neil Harris en tono indiferente.

—No hago mucho caso a los rumores.

—Esto no es sólo un rumor, cariño, es un hecho.

—Lo que el doctor Merrick haga de su vida personal no es problema mío.

—Ustedes se estuvieron viendo con mucha frecuencia estos últimos días —recalcó él, con mirada sospechosa.

—El doctor Merrick fue muy gentil conmigo cuando mi madre murió, y… —mientras recordaba eso, se le hizo un nudo en la garganta—, y eso fue todo.

—Lástima —suspiró con dramatismo Neil Harris—. Yo comenzaba a pensar que existía un romance secreto entre ustedes.

—Pues estabas equivocado —le sonrió con frialdad Margot—, tú mismo dijiste que él se iba a casar con Berdine Powell.

—Bueno, como sabes, todavía es un rumor.

Margot hizo hacia un lado su taza vacía y se levantó.

—Creo que es hora que regresemos al quirófano. El doctor Grant va a operar y ya sabes que no le gustan los retrasos.

Neil Harris tomó con rapidez el café que le quedaba y la siguió con desgana. Sabía que el doctor Grant era muy enérgico.

Joanne la invitó y Margot pasó el sábado en su casa, y trajo su equipo de tenis. Descubrió que había otros invitados más: Jordan, su madre y Berdine Powell estaban entre ellos. Alta, rubia y esbelta, Berdine tenía un atractivo nórdico, pero después de tratarla un poco, Margot comenzó a sospechar que su carácter era frío como el de esas regiones.

Ella se sintió un poco solitaria al principio, hasta que le presentaron al hermano de Joanne, Bruce Webster, que había llegado para quedarse unas cuantas semanas. Alto, delgado y atractivo, no era más que un año mayor que Margot, pero de inmediato se produjo una gran simpatía entre ambos, lo cual la ayudó mucho a enfrentarse cara a cara con Jordan y su prometida e igualmente con Eva Merrick que la miraba con aire despectivo.

Era un día caluroso de septiembre y Joanne sirvió un almuerzo en la terraza, en el jardín. Todos, con excepción de la madre de Jordan se mostraban risueños, sirviéndose pavo frío, pudines y ensaladas, para saborearlo sentados a unas encantadoras mesitas en la sombra.

Con Bruce a su lado, Margot se sintió protegida, y cuando él sugirió más tarde jugar un partido de tenis, ella estuvo de acuerdo.

—No soy muy buena jugando —le advirtió sonriente.

—Tampoco lo soy yo —dijo Bruce—. Squash es lo que verdaderamente sé jugar, pero el tenis me gusta de vez en cuando.

Entraron en la casa para cambiarse, y después de algunos minutos Margot ya estaba sudando en la cancha de tenis, utilizando toda su concentración, y el poco conocimiento que poseía para poder contestar a todos los servicios de Bruce, sólo que al final él lo ganó por poco margen.

—Juegas muy bien el tenis —le dijo Bruce cortésmente.

—Y tú lo haces mejor de lo que me hiciste creer —rió ella.

—La próxima ocasión te dejaré ganar —dijo alegremente Bruce cuando se sentaron juntos, a la sombra de un roble.

—¿Es eso a lo que llaman tolerancia masculina? —preguntó bromeando.

Bruce negó y haciendo una mueca pícara le dijo:

—Es lo que se llama caballerosa cortesía.

Margot se secó la cara y con la toalla, jugando, golpeó a Bruce. Después, se sentó tranquila a tomar un refresco pero ese ambiente de paz no duró mucho, puesto que observó que se acercaban Jordan y Berdine.

Comparada con Margot, que se sentía cansada y sudorosa después del juego, Berdine estaba elegante y fresca, con su corto vestido de tenis, pero fue Jordan el que le llamó la atención.

"Un muchacho tan bueno", había dicho una vez su madre refiriéndose a él, pero no había nada de muchacho en sus largas y musculosas piernas, ni en su cintura masculina envuelta en unos apretados shorts. Su camisa de seda blanca parecía una talla demasiado apretada para sus amplios y poderosos hombros. Sintió que el corazón le latía más aprisa al recordar los íntimos momentos compartidos con él, cuando su cuerpo se recostó tan cerca de ella en los momentos de arrebato pasional.

Los oscuros ojos de Jordan se fijaron en Margot con indiferencia y dirigiéndose a Bruce le preguntó:

—¿Les interesaría un juego doble?

—Encantados —contestó Bruce antes que Margot pudiera opinar.

Lanzaron una moneda al aire para decidir cómo se formarían las parejas y quién daría servicio primero, para mala suerte de Margot, le tocó hacer pareja con Jordan. Él se había destacado como un excelente jugador de tenis, en sus años escolares, recordaba Margot, y al comenzar el juego, notó que no había perdido esa habilidad. Inspirada, dio el mejor partido de su vida, y después de una hora, Bruce y Berdine tuvieron que aceptar que estaban derrotados.

—Gracias, compañera —le sonrió ligeramente Jordan.

—Debes estar muy cansado después de haber ganado el partido casi tú solo —comentó Berdine, al mismo tiempo que rodeaba la cintura de Jordan con el brazo.

—¡Tonterías! —rió él—. Margot jugó muy bien, y te estás olvidando que nosotros comenzamos el juego frescos, mientras que Bruce y Margot ya habían jugado un partido.

El corazón de Margot dio un vuelco ante el cumplido, pero se calmó cuando encontró que la mirada calculadora y fría de Berdine se fijaba en ella por un momento, antes de volverse hacia Jordan.

—Tienes razón, cariño —hizo una graciosa mueca—, se me había olvidado.

—¿Alguien desea una naranjada fría? —interrumpió Joanne, llegando en el justo momento para evitar que la situación se volviese tensa.

—Sí, por favor —aceptaron a la vez, y Joanne colocó una bandeja sobre una mesa de madera, sirviéndoles.

Sentada entre Joanne y Bruce, Margot experimentó la extraña sensación de que la estaban protegiendo de algo desagradable; de hecho, con ellos se sentía a salvo, de las penetrantes miradas de Jordan y de las prolongadas y perspicaces de Berdine.

—No soporto a esa mujer —dijo Joanne con brusquedad, cuando al fin Jordan y Berdine se fueron a reunir con su madre en la terraza—. Berdine me recuerda una empalagosa jarra de miel —agregó.

—Vamos, Jo, no seas tan criticona —la reprendió Bruce de buen humor.

—No estoy criticando —respondió con vehemencia Joanne—. Simplemente estoy diciendo lo que pienso y no puedo comprender cómo un hombre tan inteligente como Jordan, puede tolerar a esta mujer que no es nada más que un atractivo envase vacío.

Los ojos grises de Bruce brillaron maliciosamente.

—Tal vez a él le guste la dulzura de la miel.

—No me puedo imaginar que sea así —respondió con rapidez Joanne, volviéndose con el ceño fruncido—. Si me preguntas, te diré que su madre anda detrás de todo este asunto.

Margot sintió la necesidad de intervenir, haciéndolo con sorprendente calma.

—Jordan no es la clase de hombre que permitiría que alguien lo manipulara, ni siquiera su madre, y si la señora Merrick tiene algo que ver con ello, es porque Jordan lo aprueba.

Hubo intercambio de miradas entre los hermanos y sobrevino el silencio hasta que Joanne se volvió a Margot y le preguntó con seriedad:

—Dime Margot, ¿en realidad, crees que Jordan sea feliz si se casa con esa mujer?

—Ella es bella y elegante y tiene los requisitos necesarios para ser admitida en el ambiente social de los Merrick —respondió sin vacilar, pero cada palabra que decía le causaba dolor.

—¡Los requisitos necesarios! —exclamó Joanne indignada—. Uno no necesita de eso para tener clase, y tú tienes más categoría que la que Berdine Powell tendrá en toda su vida.

Después de haber terminado su contundente discurso, Joanne se fue hacia la casa, dejando a Margot y a Bruce solos.

—Conozco la forma en que la mente de mi hermana trabaja —dijo de buen humor Bruce y los ojos brillantes de Margot se fijaron en los de él, y entonces agregó—: ella cree que tú harías una

excelente esposa para Jordan.

—Está equivocada. No lo sería —replicó Margot con un tono de voz áspero, que le permitía esconder sus verdaderos sentimientos—. Yo no procedo del lado privilegiado del pueblo…

—¡Eso es una tontería! —protestó de inmediato Bruce.

—… Y en segundo lugar, no estoy disponible como candidata —continuó hablando ella, como si él no hubiese dicho nada.

—Pero a ti te agrada.

Esas palabras, contenían tal realidad, que la alteraron, pero logró contestar:

—¡Estás equivocado!

—¿Lo estoy?

Margot bajó las pestañas, pero cuando las volvió a levantar después de algunos segundos, él notó que había un brillo especial en sus ojos y, en sus labios, un ligero temblor cuando murmuró:

—Eres demasiado listo, Bruce.

—Crecí en medio de un ambiente muy difícil, igual que Joanne —dijo sonriendo mientras tomaba una mano a Margot—, y si hubo algo que aprendimos fue esto: cuando quieras obtener algo, lucha por ello a toda costa. No estoy diciendo que debes pisotear a todo mundo para alcanzar tu meta, pero lo que logras hacer por ti misma, es lo que cuenta, y con la ayuda de Daniel ambos, Joanne y yo, triunfamos.

—¿Con la ayuda de Daniel? —preguntó con curiosidad ella, olvidándose por un momento de sus problemas.

—Supongo que sabrás que Joanne y yo quedamos en malas condiciones económicas, después que murieron nuestros padres —empezó a contarle Bruce—. Un tío nuestro nos recogió en contra de los deseos de su esposa, y pagó nuestra educación. Joanne estudió enfermería y yo comencé a estudiar ingeniería en la universidad. Mi tío pagaba las colegiaturas, pero antes nos hizo prometerle que tanto Joanne como yo, le devolveríamos su dinero cuando termináramos nuestras respectivas carreras, pero falleció antes que esto sucediese y en su testamento no había nada para nosotros. Su viuda, por supuesto dejó de depositar en el banco la cantidad destinada para las colegiaturas.

—¿Es ahí dónde entra Daniel? —se aventuró a preguntar Margot.

—Sí —afirmó él, soltándole la mano para encender un cigarro—. Por sugerencia de Daniel, Joanne se casó con él para satisfacer los

deseos de su moribunda madre, de verlo establecido y casado, y Joanne puso por condición que él pagara mis colegiaturas —lanzó una nube de humo al aire—. Yo no sabía eso en aquel tiempo, por supuesto, porque no hubiese permitido que Joanne se sacrificara de esa forma por mí. Todo entre ellos parecía normal mientras la madre de Daniel estaba viva, pero después que murió las cosas cambiaron. Daniel se fue a Suiza por un año, y Joanne aceptó un puesto en Willowmead pero, por fortuna, todo terminó bien para ambos.

Ahora comprendía Margot la sorpresa que se llevó Joanne cuando Daniel llegó inesperadamente a Willowmead, y también porqué su matrimonio se mantuvo en secreto hasta que pudieron arreglar sus diferencias.

—¿También te fue bien a ti? —le preguntó después de un momento.

—Claro que sí —contestó Bruce—. No puedo explicar todo el agradecimiento que siento por Daniel, por todo lo que hizo por mí, y le estoy pagando mi préstamo con una sonrisa.

—No puedo pensar que ellos se casaron solamente por motivos tan fríos y calculados —dijo ella—. Los veo juntos, y cuando observo la forma en que se miran, no lo puedo creer.

—Oh, ellos se casaron por muchas razones equivocadas, pero de todos modos se amaban. Sólo que tardaron un poco en aceptarlo —rió Bruce, pero después miró a Margot y le preguntó en tono serio:

—Tú estás enamorada de Jordan, ¿verdad que sí?

Era una afirmación, no una pregunta, pero aun en ese momento de absoluta sinceridad entre Bruce y ella, no podía admitir que la creencia de él fuera correcta, y le explicó:

—Conocí por primera vez a Jordan cuando tenía diez años, él era ya todo un joven de diez y ocho. Durante seis años fue mi héroe, mi ídolo y todas las tontas cosas con que las niñas suelen soñar.

—¿Y qué pasó entonces?

—Se cayó de su pedestal, y se convirtió en un mortal con pies de barro, cuando descubrí que era un snob al igual que su madre —su expresión se endureció al agregar—: Y por eso lo desprecio.

—Tengo entendido que pasó siete años en Europa.

—Sí —contestó ella con indiferencia—, y cuando regresó…

—Encontraste que no lo despreciabas tanto como te lo imaginabas —terminó él, mirándola con atención.

—Vamos a cambiar de tema —sugirió Margot de pronto.

—¿Cenarás conmigo una de estas noches? —le preguntó con verdadero interés.

—Me agradaría mucho —le sonrió ella, ya recobrado el control.

—Te llamaré un día de éstos para fijar la hora y el lugar —le prometió Bruce, y recogiendo las raquetas de tenis se dirigieron hacia la casa.

Me gustaría ver la programación de las operaciones de mañana —dijo Jordan cuando entró el lunes en la mañana en la oficina de Margot.

—Claro, doctor Merrick —le contestó ella respetuosamente, levantándose para entregarle el programa, pero al hacerlo sonó el teléfono, y después de disculparse, levantó el receptor para escuchar una voz familiar.

—¡Bruce! Qué agradable oírte de nuevo —no pudo evitar exclamar, y notó que las cejas de Jordan se arqueaban.

"¿Te parece bien si cenamos mañana en la noche?" —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Sí, me agradaría —contestó Margot de inmediato, notando que Jordan escuchaba con disimulo—. ¿A qué hora?

"Te recogeré a las siete si te parece bien".

—Me parece perfecto —convino ella.

"Entonces te veré mañana".

—¿Me imagino que era Bruce Webster? —declaró Jordan disgustado.

—Te imaginas bien —replicó ella levantando la cabeza, desafiante, pero se molestó al escuchar el comentario de Jordan:

—Es demasiado joven para ti.

—Pues me agrada su compañía, y no creo que eso sea de su incumbencia, doctor Merrick, discúlpeme por decírselo.

—¿Desde cuándo necesitas mi permiso para decir lo que piensas?

Su cínica sonrisa hizo que ella se enfadara más, pero tratando de controlarse, le dijo con calma:

—Si ha terminado de revisar el programa, doctor Merrick, discúlpeme pero tengo que terminar el reporte antes de salir. Sus ojos lanzaban chispas al inclinarse hacia ella.

—Espero que comprendas Margot, que lo que ha pasado entre

nosotros ha sido por tu culpa.

Ella observó las firmes líneas de su mandíbula y el gesto cruel que dibujaban sus labios, los cuales había encontrado irresistibles en otras ocasiones, pero ahora no era ni el tiempo ni el lugar para pensar en ello, se dijo y su voz sonó fría cuando habló:

—¿Acaso me está acusando, doctor Merrick, de su insensible y desconsiderado comportamiento?

—¿Insensible y desconsiderado? —gritó él, mientras que sus fosas nasales se expandían, apenas pudiendo controlar la ira—. ¿En qué forma he sido insensible y desconsiderado contigo?

—Tú no necesitas de mí para que te lo diga —lo miró desafiante y después se alejó de su perturbadora cercanía y del deseo de estar entre esos brazos que no eran para ella, pero Jordan no iba a permitirle que se librara tan fácilmente de eso.

Una pesada mano se posó sobre su hombro para volverla con rudeza y contemplarla con sus oscuros ojos.

—Si bien recuerdo, te hice el amor —dijo él con suavidad— pero no había nada insensible ni desconsiderado en ello. Y me consta que tú, al igual que yo, disfrutaste cada momento.

—¿Acaso me lo tienes que recordar? —susurró ella mientras que su proximidad la estaba turbando demasiado—. ¿No he sido humillada lo suficiente?

—Nunca fue mi intención humillarte, Margot.

—Quizá, no —convino ella con amargura—. Pero no puedes negar que estabas buscando un pasatiempo barato a mis expensas.

La fuerte presión que su mano mantenía en su hombro aumentó…

—Ten cuidado con lo que dices, Margot —le advirtió, tratando de controlarse—. Me puedo olvidar dónde estamos y darte una lección que no podrás olvidar por mucho tiempo.

Después de varios segundos, ella bajó los ojos y suspiró.

—Con todo respeto, doctor Merrick —logró decir con calma—, esta es mi oficina, y le suplico que se vaya.

Por unos segundos creyó que la iba a golpear cuando sintió la fuerza con que le apretaba el hombro pero, para su alivio, la soltó abruptamente, saliendo de la pequeña oficina y dejándole el corazón palpitando más de prisa, y la boca seca.

Margot se sentó, un desaliento que no había experimentado antes la embargó. Los altercados entre los dos no facilitaban las cosas en su trabajo y también se sentía infeliz en su casa. Ese vacío

que encontraba en ella, le daba una profunda sensación de soledad, y era durante las largas y oscuras horas de la noche cuando más extrañaba a su madre. También en esos momentos deseaba con intensidad la presencia de Jordan, sus caricias y sus besos prohibidos, pero sus brazos permanecían vacíos, y su almohada amanecía húmeda cuando se levantaba de la cama cada mañana, para enfrentarse a otro día.

"¿Cuál era el objeto de recordar esos momentos de su vida?", se preguntaba desolada, al guardar su libro de reportes y hacer los últimos arreglos para el día de trabajo, antes de ponerse su capa y recoger su bolsa de mano. Se sentía exhausta cuando salió de la oficina y cerró la puerta. Su ánimo, por lo general, se encontraba por los suelos a esa hora del día, y lo único que deseaba era llegar a casa y si fuese posible dormir y olvidar.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, sintió un fuerte dolor en el pecho y la cabeza, pero, después de tomar dos aspirinas como prevención de una gripe, se olvidó de eso por el resto del día. No fue sino hasta que comenzó a notar de nuevo el dolor de cabeza y la sensación tensa en el pecho que volvió a tomar de nuevo otro par de pastillas, y después de unos minutos experimentó un alivio que la hizo olvidar de nuevo sus molestias.

Más tarde, en el restaurante del motel, Margot trató de borrar de su memoria, con desesperación, los recuerdos que tenía de la noche que cenó con Jordan en ese mismo lugar. Ella deseaba pasar una tranquila velada con Bruce, pero su esperanza se desvaneció cuando llegaron y vio a Jordan y Berdine sentados juntos en una mesa en el otro extremo del cuarto de los candiles. El corazón de Margot casi cesó de latir cuando vio que los oscuros ojos de Jordan la observaban con insistencia a través del espacio que los separaba. Por una razón ridícula, se sintió como una niña a la que sorprendieran haciendo algo malo, y apartó la vista, sonrojándose.

Apenas Margot tuvo tiempo de recobrarse, cuando se acercó el capitán trayendo en una pequeña bandeja de plata una nota, que leyó Bruce en silencio antes de pasársela a Margot.

La letra de Jordan se destacaba en la hoja de papel.

¿Les gustaría unirse a nosotros para cenar juntos? J.M.

—¿Por casualidad, tienes una pluma a mano? —preguntó Margot a Bruce, tomando una rápida decisión, y cuando él se la

alargó, escribió una hostil respuesta en la misma hoja, antes de entregársela al capitán, que discretamente permanecía esperando junto a la mesa.

Gracias, pero no nos gustaría echar a perder su noche, ni tampoco la nuestra. M.H.

—No seas impulsiva, Margot —le aconsejó Bruce al leer la nota.

—Jordan tiene autoridad para manejar mi vida en la clínica, pero en mi vida privada, yo soy la que tiene el derecho de escoger con quién debo pasar el tiempo —declaró ella.

La cena que Bruce había ordenado, llegó poco tiempo después, pero a Margot le hubiese dado lo mismo comer cualquier cosa. Ella sentía que su indisposición no se debía sólo a las amenazadoras miradas que Jordan le lanzaba de vez en cuando, y tampoco lo achacaba a la comida. La experiencia del cocinero era indudable, pero Margot no podía, en ese momento, hacerle justicia a los exquisitos platillos.

—Tengo la sensación de que estamos siendo observados —dijo Bruce cuando estaban probando el postre.

—También yo, pero a mí no me molesta. ¿Te molesta a ti? —preguntó ella con expresión traviesa.

—No —replicó Bruce haciendo un gesto mientras alzaba los hombros—. Sólo espero que Jordan no encienda mi traje con sus miradas.

Margot se rió, pero cuando se encontró con la dura mirada de Jordan, se sonrojó.

—Gracias, Bruce. Esta ha sido una exquisita cena —sonrió con cortesía cuando estaban terminando de tomar el café.

—¿Nos vamos al bar? —sugirió él al levantarse de la mesa y cuando ella contestó afirmativamente, él le puso el chal sobre los hombros—. Hay una pista para bailar al lado.

Margot no sentía deseos de bailar, pero de todas maneras, estuvo de acuerdo en acompañarlo para no echarle a perder la noche a su compañero. Momentos después, deseó haber rehusado al ver que Jordan y Berdine se les habían anticipado y Jordan se acercaba a ellos con aire resuelto.

—¡Ah, Bruce!, ésta es una verdadera ocasión —dijo Jordan a la vez que colocaba la mano en el hombro del joven—. Me encantaría que se reunieran con nosotros para tomar un trago.

—Bueno, yo… —Bruce miró interrogante a Margot, la que se mantenía en silencio a su lado, pero Jordan, sin esperar respuesta, los condujo a la mesa del rincón, donde Berdine estaba sentada esperando, con una expresión de curiosidad en su bello rostro.

—¡Camarero! —llamó Jordan después de haberse sentada ¡Champaña, por favor! La mejor botella que tengan. Melosa, Berdine susurró al oído de él:

—Jordan querido, estamos disfrutando una maravillosa noche, pero le prometimos a tu madre que llegaríamos temprano ¿recuerdas?

—Yo no hice tal promesa —la contradijo con brusquedad—. Todavía es temprano y mi madre se puede cuidar sola.

—Si tú lo dices, cariño —susurró Berdine—, pero parecía molesta cuando la dejamos.

—Simplemente estaba de mal humor, querida Berdine —respondió cortante Jordan y en sus ojos había resentimiento cuando la miró—. Conozco a mi madre lo suficiente y sé que le molesta no poder controlar mi vida —por unos instantes se produjo un silencio y de pronto comentó—: ¡ah, llegó el champaña!

Margot sintió que una dolorosa sensación le subía del pecho a la garganta al observar a Jordan llenar las copas sin dejar de pensar que si ella hubiese querido tener alguna prueba de que su relación con Berdine era voluntaria, la tenía palpable y ese descubrimiento la desmoralizó.

—Brindemos por el resto de la noche —dijo alegre Jordan, levantando su brazo a la vez que miraba a todos—. Que se convierta en algo fructífero.

Margot levantó la copa, pero cuando su mirada se encontró con la de Jordan por un segundo, sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, preguntándose, ¿por qué tenía el presentimiento de que ese brindis tenía una especial intención? Probablemente estaba equivocada, decidió, sin embargo, sus dedos temblaron cuando levantó de nuevo la mano para brindar.

Capítulo 7

Jamás se había sentido Margot tan desdichada como ahora que veía a Jordan bailar con la bella Berdine entre sus brazos y renuente, aceptó para sí, que hacían una bella pareja. Berdine lucía un vestido negro y escotado que dejaba ver su cuello y hombros perfectamente moldeados.

—Bruce, ¿existe alguna razón por la cual nos debemos quedar más tiempo? —quiso saber Margot, cuando él la persuadió para que bailasen—. ¿No podríamos desaparecer de pronto, sin que nadie lo notase?

—Podrías decir que tienes dolor de cabeza, supongo, pero dudo mucho que nuestro querido doctor Merrick acepte esa vieja excusa —contestó mirándola con curiosidad.

—No, creo que no lo haría —estuvo de acuerdo ella. Después agregó con cierta vehemencia—: ¡Oh, cómo odio a ese hombre!

—Lo sé —murmuró Bruce a su oído—. Es horrible odiar a alguien como él.

Ella se hizo para atrás dirigiéndole una mirada sospechosa.

—¿Te estás burlando de mí, Bruce?

—Nunca he estado más serio —le aseguró, con el rostro sereno —. Han dicho que el amor y el odio son dos emociones dolorosas. Me han dicho que la indiferencia es también una emoción y, francamente, prefiero experimentar esta última que las dos primeras.

—Indiferencia —murmuró ella—. No creo que nadie puede sentir indiferencia hacia Jordan, una lo ama, o lo odia, y…

—Y tú lo amas —terminó de decir la frase, interrumpiéndola.

—¡Deja de decir esas cosas!

—Pero es verdad —insistió Bruce, reteniéndola por la cintura, y Margot se vio obligada a escuchar todo lo que el quería decir—. Ese amor está ahí en tus ojos y cada vez que lo miras, no lo puedes negar —le dijo con firmeza.

—¡Oh Dios! —tembló entre sus brazos, deteniéndose un momento—. ¿Se me nota tanto?

—Él no creo que lo haga, pero alguien al margen de la situación, como yo, lo notaría en seguida, y pienso que la adorable Berdine comienza a sospechar, si no me equivoco.

—¡Cielos! Tendré que controlarme si no quiero… —Margot no terminó la frase y rió—. Ahora sí que me delaté, ¿verdad?

—Me temo que sí —la miró traviesamente, después la tomó del brazo y la llevó a la mesa—. Creo que ambos estamos sedientos.

Más tarde, cuando Margot se encontró sentada frente a Berdine tuvo que reconocer que las suposiciones de Bruce eran ciertas. La muchacha con que Jordan pretendía casarse la miraba con una más que normal curiosidad, y en varias ocasiones, cuando Jordan se dirigía a Margot, los ojos de Berdine la observaban inquisitivos. Margot pensó que necesitaría ser menos expresiva en lo sucesivo.

—Creo que ahora me toca a mí —dijo Jordan mientras se levantaba extendiendo la mano hacia Margot, al tiempo que la orquesta interpretaba una melodía lenta. Por un momento ella se sintió incapaz de moverse, pero al fin puso la mano sobre la de Jordan y permitió que la condujera a la pista, mientras Bruce observaba la fría mirada de Berdine.

—No bailo bien —le dijo a Jordan nerviosa, pero él ignoró su comentario y la tomó entre sus brazos.

Ambos bailaban bien acoplados, pero ella se retiró con brusquedad cuando él trató de acercarla.

—Relájate, Margot —le advirtió—. Yo sólo quiero bailar contigo, no hacerte el amor.

—Solamente una persona como tú podría decir algo semejante —le dijo airada.

—¡Cállate! —su voz autoritaria fue como un impacto, pero hizo que lo obedeciera, relajándose a tal grado que le permitió acercarla más a él. Se hallaban hechizados por la magia del momento, pero el embrujo se rompió cuando él le susurró:

—Te veo preciosa esta noche, Margot. Más hermosa que nunca.

En otras circunstancias, este cumplido le hubiese llenado de felicidad, pero ahora, tuvo sobre ella el efecto de una cruel burla, volviéndola a la realidad.

—Estoy segura que también le dices eso a Berdine —replicó sarcásticamente, alejándose un poco de su inquietante cercanía.

—Berdine no necesita que se le diga que es bella —contestó de inmediato, endureciendo las líneas de su rostro—. Ella está consciente de sus atractivos físicos y sabe aprovecharlos ventajosamente.

—No sólo es bella, parece que ha sido hecha especialmente para ti —comentó Margot con frialdad, molesta por haber dejado escapar

una nota celosa en su voz.

—Ahora que lo mencionas, sí. Creo que tienes razón —admitió él, hiriéndola en lo más profundo del alma—. Ella no está dominada por falsos prejuicios y complejos, ni adolece de una mentalidad equivocaba.

—Tal como yo, supongo —no pudo evitar decirlo, pero deseó no haber hablado, sobre todo cuando vio una fría y burlona sonrisa en los labios de Jordan.

—Tú lo dijiste, Margot. ¡Recuérdalo!

—Ya es suficiente, si no te molesta —dijo por fin. Un molesto palpitar atormentaba sus sienes, por lo que trató de disculparse—: me duele mucho la cabeza.

—Lo que necesitas es aire fresco —decidió Jordan en seguida, y antes que ella pudiera protestar ya la conducía a través de la pista de baile hacia la terraza donde el aire frío de la montaña acarició con suavidad su rostro, pero luchó contra esas poderosas manos que trataban de llevarla a un lugar más apartado.

—Oh, por favor, no creo que exista necesidad de…

—¡Por el amor a Dios, Margot! —Jordan trataba de llevarla a la oscuridad—. Creo que eres la mujer más terca que he conocido.

—¿Acaso debes conquistar a cada mujer que cruce tu camino? —le interrogó respirando con agitación, cuando sintió que la acercaba a su cuerpo.

—No me hagas enfadar Margot, bien sabes que no es verdad lo que dices, pero quisiera saber lo que he hecho para merecer tu odio y esa baja opinión que tienes de mí.

—Yo… yo no te odio —dijo indefensa.

—Hay ocasiones en que te comportas como si lo hicieras, y me gustaría saber por qué.

—La respuesta está en ti.

—Si hay algo que no tolero son las adivinanzas, por lo tanto, sólo dime la verdad —exigió Jordan, los ojos le brillaban a la luz de la luna y sus manos se movían con lentitud sensual por la espalda de Margot llenándola del deseo de acercarse más a él.

El cálido aliento de Jordan agitó su sedoso pelo, recorriendo sus mejillas hasta la boca, pero se recuperó cuando sus labios siguieron descendiendo para tomar lo que ella tan inconscientemente le estaba ofreciendo. Se sonrojó y, evadiendo su boca le dijo sin convicción:

—Por favor Jordan, ha sido un día muy duro, estoy cansada, y

me gustaría que Bruce me llevara a la casa.

—¡No, Margot, tú me debes una explicación! —protestó alterado, y cuando sus manos la tomaron de la cintura, ella alzó sus grandes ojos, como implorando.

El ignoró su súplica silenciosa y la besó con pasión, pero antes que ella pudiera responder, una suave voz hizo que se separaran.

—Querido, hemos estado sumamente preocupados por ustedes. ¿Verdad, Bruce?

Aunque se encontraba indispuesta, Margot pudo notar que Bruce no tenía la apariencia de alguien que está preocupado. Más bien estaba un poco contrariado o molesto por mezclarse, sin que él lo deseara, en el problema que existía entre Berdine, Margot y Jordan.

—A Margot le comenzó un fuerte dolor de cabeza por el ambiente tan cargado que había adentro, por lo que la traje aquí para que pudiera respirar aire fresco —explicó Jordan con una calma admirable, antes que Margot pudiera hablar, mientras se veía con claridad en la mirada de Berdine, un destello de burla.

—Qué lástima —dijo Berdine con hipocresía—. Tus mejillas están sonrojadas.

"Ella sabe" —pensó Margot—. "Ella sabe muy bien que mis mejillas sonrojadas no tienen nada que ver con mi dolor de cabeza".

—Lo siento, Bruce —se disculpó Margot, cuando recobró su compostura, había pasado suficiente vergüenza para una noche—. ¿Por favor Bruce, me puedes llevar a casa?

Bruce asintió e ignorando a Berdine dijo:

—Discúlpanos, Jordan.

Bruce escoltó a Margot, que como autómata, atravesó la pista de baile, donde todavía se encontraban algunas parejas. Le puso el chal alrededor de los temblorosos hombros y, rodeándole la cintura con el brazo, la llevó hacia el coche. Ninguno de los dos habló hasta después de veinte minutos, cuando llegaron a la casa.

—¿Qué sucedió, Margot? —le preguntó con timidez Bruce.

—Nada fuera de lo normal —suspiró, luchando contra el cansancio que se había apoderado de ella—. Cada vez que Jordan y yo nos reunimos, salen chispas volando a todos lados; parecemos perros y gatos.

Bruce la miró con la sonrisa peculiar que lo caracterizaba.

—Eso es lo que se llama una reacción química explosiva.

—No me interesa cómo lo llames, pero siempre duele al final —replicó ella, tratando de ser graciosa, como él, pero sin lograrlo.

—Si necesitas un hombro sobre el cual llorar…

—Te llamaré —le prometió, sintiéndose agotada—. Y gracias por ser tan comprensivo.

—Para eso son los amigos. ¿No lo crees?

Le dio un beso fraternal en la mejilla, y se fue. Su dolor de cabeza y su cansancio aumentaban por momentos.

Al día siguiente, el dolor de cabeza persistía cuando se levantó a desayunar; se tomó dos aspirinas pero pronto comprendió que no podría soportar las largas horas de trabajo que la esperaban en la sala de operaciones. Tenía temperatura. "Sería mucho mejor que me quedara en la cama", se dijo al mismo tiempo que se dirigía, un poco mareada, hacia el teléfono para notificar a la clínica que no iría a trabajar porque se sentía mal.

Después de llamar se volvió a meter en la cama. Sólo deseaba dormir, pero su malestar general le impedía descansar. En la tarde sintió escalofríos además de un agudo dolor en el pecho. Su experiencia le decía que no sólo sufría de una influenza ordinaria. Los síntomas eran más serios, y pensó de inmediato comunicarse con el doctor Turner, pero sus piernas no respondían, parecía que no tenía fuerzas para caminar.

Trató de levantarse, pero sus esfuerzos eran tan débiles que empezó a llorar y terminó tosiendo. Cada vez que lo hacía sentía como si le desgarraran el pecho. Trató de tomar un vaso con agua que había dejado en la mesita de noche pero lo único que logró fue tirarlo al suelo. Esto hizo que se pusiera a llorar, lo que le provocó un nuevo acceso de tos. Después se hundió en un estado semiinconsciente.

—¡Margot! —una voz familiar logró penetrar sus aletargados sentidos. ¿Margot, me puedes oír?

—¡Oh Dios! —tosió un poco histérica cuando logró abrir los ojos y a pesar de la fiebre contempló el rostro preocupado de Jordan—. ¡De todas las personas, tenías que ser tú!

—Lo sé —convino con calma, mientras le sostenía y refrescaba su rostro febril con un paño húmedo—. Parece ser que siempre llego al lugar equivocado a la hora correcta. ¿Acaso no? —preguntó sin pretender ser gracioso.

—¿Cómo… cómo entraste? —le preguntó intrigada.

—La puerta de la cocina estaba abierta —contestó—. Ahora cállate, ¿quieres?

Cuando Margot recobró el conocimiento por segunda vez se

encontraba en un cuarto desconocido con paredes blancas. Estaba en una cama incómoda con barandales y Jordan se hallaba a su lado. Su presencia resultaba tan familiar y agradable que sintió ganas de llorar, cuando le acarició suavemente el pelo.

—¿En dónde estoy? —habló con una voz que no parecía la de ella.

—Estás en el hospital.

—¡Oh, no! —se quejó, y abundantes lágrimas rodaron por sus mejillas sin poderlo evitar. Avergonzada, volvió el rostro hacia el otro lado y se desvaneció.

Recordó muy poco de lo que pasara en el hospital los primeros días, pero las pocas veces que estaba consciente, se dio cuenta de que estaba dentro de una cámara de oxígeno. En un principio se sentía asustada pero agradecida al pensar que gracias a eso había podido respirar con más facilidad y ya no sentía el torturante dolor en el pecho.

Varios días después, recibió visita de Joanne Grant.

—Todos hemos estado muy preocupados por ti, Margot —le dijo, con sincero interés, mientras veía a la pálida y ojerosa muchacha recostada sobre las almohadas—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Cansada, pero bien, gracias —logró murmurar Margot, después frunció el ceño concentrándose—. Yo… yo creo que Jordan estuvo aquí, ¿o fue mi imaginación?

—No fue tu imaginación. Jordan canceló todas sus operaciones para poder estar contigo hasta que pasara la crisis, —le explicó Joanne, sonriendo cuando observó la expresión de incredulidad en los ojos grises de Margot.

—Tengo la idea de que él me trajo aquí, pero yo… —Margot sintió un nudo en la garganta y pestañeó con rapidez para no llorar, después, movió la cabeza hasta que de nuevo pudo hablar—. No, yo no sabía que él pasó tanto tiempo con… conmigo.

—Estaba muy preocupado por ti.

—¿Lo estaba? —Margot preguntó con curiosidad—. Apuesto a que su madre y Berdine no estaban contentas con eso.

—¿A quién le importa? —rió Joanne, mirando después su reloj de pulsera—. No me puedo quedar mucho tiempo, pero debes comprender que tu convalecencia va a ser lenta.

—Sí, lo sé —suspiró Margot, sintiéndose todavía demasiado débil para pensar en ello.

—Cuando salgas del hospital vas a venir a nuestra casa. ¿Has

comprendido?

—Joanne… tú tienes que atender a Serena, tu esposo y tu casa —Margot negó con cansancio, y cerró los ojos por un momento antes de volver a mirar a Joanne—. Sería demasiado que te hicieras cargo de otra responsabilidad.

—¡Tonterías! —exclamó Joanne con expresión determinada—. ¡Vas a venir a casa conmigo, y eso es todo!

—¿Siempre te sales con la tuya? —le preguntó Margot sonriendo.

—No siempre —rió Joanne, pero se puso seria una vez más y dijo—: Tú me harás el honor de ser mi huésped, ¿verdad?

Por unos segundos, reinó el silencio hasta que Joanne indicó que se tenía que retirar. Sólo hasta entonces murmuró Margot con la voz débil.

—Gracias Joanne. Me sentiré muy bien en tu casa.

—¡Bien! —Joanne se levantó inclinándose sobre Margot para darle un beso en la mejilla—. Te veré mañana.

Después de ese día Joanne y Bruce se convirtieron en asiduos visitantes. El doctor Turner prohibió que la visitaran muchas personas hasta que no estuviera más fuerte, y sólo fue hasta un día antes que saliera del hospital que Jordan volvió a presentarse.

Estaba descansando en una silla junto a la ventana esa tarde, cuando presintió que ya no estaba sola y al volverse, se dio cuenta de que Jordan la observaba desde el otro lado del cuarto. Estaba tan apuesto como siempre, vistiendo un magnífico traje gris, de impecable corte. Su corazón empezó a latir desaforadamente cuando su mirada se encontró con la de él.

—¿Puedo pasar? —preguntó con su sonrisa burlona.

—Ya estás adentro —replicó ella, tratando de esconder sus sentimientos detrás del sarcasmo.

—¿Soy bienvenido? —preguntó alzando una ceja.

Margot lo miró con cautela. No tenía idea por qué él había llegado a visitarla en el preciso momento en que ella necesitaba de alguien. También se preguntaba, con temor, lo que hubiese podido decir en los momentos de delirio de los cuales no recordaba nada y deseaba saber cuál fue el motivo que lo hizo permanecer al lado de ella en el hospital.

—Si te dijese que eres bienvenido —dijo por fin—, no me creerías, y si digo lo contrario, me considerarías descortés por lo tanto, será mejor que no conteste tu pregunta.

—Gracias por tu invitación —hizo una reverencia, burlándose, acercó una silla junto a ella, y se sentó cruzando las piernas, a la vez que la observaba con los ojos entrecerrados—. Tu hospitalidad siempre ha sido intachable —agregó con amargura y eso la hizo reaccionar.

—Tal vez no sea hospitalaria, pero… —respiró con dificultad antes de continuar, y trató de nuevo—. Estoy muy agradecida, Jordan, por cualquier motivo que te haya traído a mi casa esa tarde, y también por todo lo que hiciste después.

—Por lo tanto, ¿es gratitud lo que sientes? —preguntó él con un dejo de cinismo que la puso a la defensiva.

—¡Creo que no esperarás más de mí!

—¿De ti? —rió en forma insultante, poniéndola nerviosa—. No, Margot, no hay nada que desee de ti, y no hay nada que tú me puedas dar que yo no tenga.

Lastimada por sus palabras, ella respondió de inmediato:

—Nunca me imaginé lo contrario.

—Entonces me parece que por fin nos estamos entendiendo.

—Creo que nos entendemos perfectamente, y siempre ha sido así.

—¿Qué sucede, Margot? —exclamó él, rompiendo el breve silencio que se había producido y, enderezando las piernas, se inclinó hacia ella—. ¿Por qué no nos podemos tratar como personas civilizadas y discutir con calma, sin tener que pelear?

—Porque pertenecemos a mundos diferentes —respondió ella, tratando de evadir su penetrante mirada.

—La diferencia ha sido establecida por ti.

—No, Jordan —ella movió la cabeza y apretó las manos con fuerza—. La vida misma la creó, y yo aprendí a respetarla.

—¿Lo has hecho? —preguntó con aspereza y cuando sus miradas se encontraron, temió ceder y lanzarse a sus brazos para desahogarse contra su pecho, como una niña.

—¡Oh, vete! —le rogó con desesperación—. ¡Déjame en paz!

—Me voy ahora, Margot, pero nunca te dejaré —los ojos oscuros se posaron en ella, observando su delgadez, las mejillas hundidas y su rojiza cabellera—. Dios sabe por qué, pero me siento responsable por ti —agregó, lo que aumentó su disgusto.

—Tú tienes responsabilidades hacia tu madre y Berdine, así que nunca tendrás que sentirte responsable por mí. No lo espero de ti ni lo necesito.

Una sonrisa burlona asomó a sus labios.

—Tanto Berdine como mi madre son capaces de cuidarse por sí solas, pero tú no.

—Siempre he sobrevivido sin que tú me hayas tenido que cuidar.

—Tal vez —dijo levantando los amplios hombros—, pero parece que últimamente no te ha ido bien.

—No —reconoció ella —pero las circunstancias no han sido normales.

—¿Estoy incluido en esas circunstancias que mencionas?

—Sí —dijo sin voluntad, presa entre la ira y las lágrimas—. ¡Oh, desearía que te fueras!

—Un día, Margot —sonrió él, levantándose—, un día tú me rogarás que me quede, y entonces te recordaré lo que has dicho.

Se fue antes que ella pudiera pensar en una respuesta. Su último comentario la hizo meditar aún después de mucho tiempo.

Durante la larga temporada que pasó Margot convaleciendo, llegó a conocer a Daniel y Joanne Grant como nunca había conocido a nadie. El amor entre ellos estaba presente en cada mirada, en cada caricia. Margot también descubrió que la pequeña Serena no sólo era el producto de su amor, sino la niña consentida de su padre. Margot misma se sintió envuelta en ese círculo de amor, pero a veces la hacía anhelar tener su propia familia.

Durante ese tiempo, Berdine Powell había regresado a Cape Town sin que se hubiese anunciado su compromiso, aunque Margot se enteró de que regresaría a Willowmead para pasar la temporada navideña. ¡Navidad! Apenas faltaban seis semanas, pero Margot no quería ni pensar en ella. Iba a ser su primera Navidad sin su madre, y sólo Dios sabía cómo iba a sobrevivir durante las festividades tan llenas de recuerdos y sin las pequeñas sorpresas, que acostumbraban entre ellas.

Su mente divagó sobre muchos temas mientras estaba acostada en el asiento inclinado del enorme jardín. Era inevitable que Jordan llenara sus pensamientos. No lograba apartarlo de su mente, pues sabía demasiado bien, que muy pronto él celebraría su boda, y eso era algo que ella no deseaba presenciar.

Una sombra se proyectó sobre ella y, al levantar la vista, descubrió al motivo de sus pensamientos: Jordan. El corazón le dio

un vuelco.

Esta era la primera vez en semanas, desde que estaba en casa de los Grant convaleciendo, que se encontraba completamente sola con Jordan, y fue ese pensamiento lo que la hizo decir un disparate.

—Daniel y Joanne no están en casa.

—Lo sé —contestó sonriendo, con esa sonrisa que recordaría el resto de su vida—. Por eso estoy aquí.

—¿Para vigilarme? preguntó con burla.

—Entre otras cosas, sí.

—¿Otras cosas? —preguntó en seguida, alerta y sospechosa mientras se sentaba junto a ella en el mismo asiento—. ¿Qué otras cosas? —preguntó, moviendo lentamente las piernas a un lado para darle más espacio.

Jordan tardó en contestar, mientras, sus oscuros ojos admiraban el aspecto saludable que tenía su delicada piel, el color rosado de sus mejillas, las cuales estaban de nuevo llenas, y sus ojos grises con sus largas pestañas, que se bajaron para tratar de esconder las emociones que podían descubrirse a través de su mirada.

—Creo que te sorprenderá saber que disfruto de tu compañía, y aunque te dominan los prejuicios y eres demasiado obstinada, todavía no te he encontrado aburrida.

—¿Me consideras un antídoto del aburrimiento?

—Ya lo ves —rió él brevemente—. Sabía que no me ibas a defraudar.

Sus palabras hicieron que Margot reaccionara con violencia.

—Has venido aquí con el propósito de molestarme, ¿no es así?

—¡Dios no permita que haga tal cosa!

—Entonces, ¿por qué viniste?

—Porque no pude evitarlo.

—No seas tonto —rió nerviosamente, enderezándose con cuidado.

—Lo digo en serio —insistió Jordan.

Se inclinó hacia ella; con una mano se apoyaba en el asiento, mientras que con la otra le acariciaba la mejilla, el cuello y detrás del oído. Ella sintió que ya no soportaba más.

—Jordan… —le rogó casi sin aliento—. No me hagas eso.

El sonrió mientras seguía acariciando el cuello debajo de la tupida cabellera. Margot sintió que su corazón aceleraba los latidos y temió que él lo percibiera.

—No te he hecho nada todavía.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó con voz entrecortada por la sensación que sentía dentro de ella.

—No quiero nada que tú no me quieras dar —le insinuó, mientras que su peligrosa cercanía y la sensualidad de sus caricias se combinaron para hacerla temblar de emoción—. No tiembles así, Margot —le advirtió—. Eso hace que seas una tentación más fuerte para mí.

—¿Entonces por qué no te vas y me dejas en paz? —le respondió molesta.

—No puedo hacer eso —le dijo Jordan, mirándola con los ojos oscuros y llenos de un deseo, que sólo encontraban la respuesta en ella.

—Jordan… —suspiró Margot muy cerca de su boca—, a veces creo que posees todas las mañas del mismo diablo.

Él rió con ligereza, besándola hasta que sus labios por fin se abrieron. El mundo giró locamente, mientras se besaban y acariciaban como si estuviesen hambrientos esperando ese momento. A través de la delgada seda de la blusa, le acarició los senos, encendiendo en ella las llamas de pasión.

—Te deseo, Margot —le murmuró cuando sus labios rozaban el suave cuello—. Déjame llevarte a un lugar donde estemos solos.

Margot salió de su éxtasis con repentina brusquedad y se apartó de sus brazos.

—¡No! No puedo! —gritó—. Y no tienes ningún derecho de esperar eso de mí.

Apoyaba las manos contra el pecho masculino para mantenerlo a distancia por lo que podía sentir el salvaje palpitar de su corazón en la palma de la mano. Él la separó en seguida, y reemplazó su intensa mirada por una de furia.

—¡Dios mío, Margot, nunca he conocido a alguien como tú! Disimuló sus emociones tras su enfado, replicándole:

—¿Quieres decir, que nunca has conocido a una mujer capaz de resistirte?

—¡Sí! —exclamó enfurecido por su frustración—. ¡Sí, tienes razón! ¡Nunca he conocido una mujer a quien no haya podido persuadir para ir a la cama!

—Estoy segura que no te tomó mucho tiempo para persuadir a Berdine, ¿no?

—Eso no es asunto tuyo. —Su terminante contestación la hizo recapacitar.

—Lo siento —murmuró, en voz baja y temblorosa—. Sé que no tengo derecho a decir eso.

—¡Oh, Dios!

Ella lo miró desvalida cuando él escondió el rostro entre las manos en una actitud de derrota que era conmovedora, y alargó la mano para tocarle el brazo.

—¿Jordan?

Él se retiró como si el simple roce de su mano le disgustara, levantándose bruscamente.

—Mejor me voy antes de decir algo que lamentaría toda mi vida.

—Jordan, yo… yo no te comprendo —suspiró ella.

—Eso no es una sorpresa —le dijo con brusquedad—. Tú estás tan encerrada en tu mundo de prejuicios que careces del sentimiento humano que todos esperan que tenga una mujer de tu inteligencia.

Margot tembló como si la hubiera golpeado físicamente, y sintió deseos de llorar al verlo marcharse. Ahora ella sabía lo que iba a hacer.

Capítulo 8

Eva Merrick llegó sin ser esperada a la casa de Joanne para visitarla, Margot se extrañó de su presencia ya que sabía que ambas no llevaban mucha amistad. Pero la razón de la molesta visita pronto se aclaró cuando Joanne fue a preparar el té. Sola en la terraza con la orgullosa señora, Margot se sintió mal y estuvo tentada de disculparse con cualquier pretexto, pero la fría mirada de la señora Merrick, que la observaba con disgusto, la hizo continuar sentada por segundos que parecían interminables, mientras fervientemente deseaba que Joanne regresara con el té.

—Comprendo que esto no es de mi incumbencia —empezó a decir Eva Merrick—, pero para mí que ya estás bien, y estaba pensando… —hizo una pausa dramática antes de continuar—: ¿No crees que has abusado de la hospitalidad que te brindaron los Grant?

Paralizada de momento por su agresiva frase, Margot la observó por algunos segundos, pero después reunió todas sus energías para decirle con la misma firmeza:

—¿No cree usted, señora Merrick, que es Joanne quien debe decidirlo?

—Querida —sonrió la señora sin humor—, Joanne sólo te está brindando alojamiento porque se siente con esa obligación, pero tú sabes que socialmente, no perteneces a esta casa.

—Si Margot no pertenece aquí, señora Merrick, entonces yo tampoco —intervino de pronto Joanne, con un tono de voz helado que Margot nunca le había escuchado, mientras colocaba la bandeja de té sobre la mesa, después se enderezó para enfrentarse a la dura mirada de Eva Merrick—. Mi padre era un empleado de oficina, y si no fuera por la posición que tiene Daniel en la comunidad, lo más probable fuera, que a mí tampoco me hubiesen recibido en su ambiente social.

—Bueno, en realidad… —Eva Merrick, desconcertada, no pudo continuar la frase.

—Y aún más, señora Merrick —continuó diciendo Joanne—. Margot será mi huésped mientras ella desee quedarse, y espero que usted la trate con el respeto que se merece un invitado a mi casa.

—¡Esto es el colmo! —protestó Eva Merrick mientras sus

mejillas se enrojecían de coraje—. Su padre era un conductor de tren o algo parecido, mientras que su madre una vulgar costurera. ¿Qué clase de respeto se merece esa gente y sus descendientes?

—Mi padre trabajó honradamente mientras vivió, así como mi madre —explotó Margot, temblando de furia—. Ellos se ganaron el respeto sin tener que pagar, y no le permitiré hablar de ellos, como si fueran una especie de plantas venenosas.

—Esa es la típica reacción de alguien que ha nacido en tu ambiente —respondió con saña la señora Merrick.

—¡Ya basta! —insistió Joanne, antes que la señora prosiguiera —. No permitiré que insulte a Margot en mi casa, y usted la debe tratar con la misma cortesía que cualquier otra persona decente se merece.

—A mí no se me dice lo que debo hacer y si usted espera que haga lo que me pide, entonces me retiro ahora mismo —dijo con arrogancia Eva Merrick, levantándose, y con expresión indignada se despidió—. Buenos días.

—Usted olvida algo, señora Merrick —la llamó Margot, entregándole los guantes que dejó sobre la mesa.

La mujer regresó y con una mirada llena de odio observó la delgada figura de Margot al tiempo que le arrebataba los guantes de la mano y se dirigía a su coche.

Sólo cuando escucharon que el Mercedes se alejaba, Margot y Joanne se miraron y lanzaron al unísono una sonora carcajada, apreciando el lado cómico del incidente.

—No debías haber perdido el control —declaró Margot con un dejo de reproche en la voz, cuando pararon de reírse—. Todos tienen derecho a dar su opinión y ella tenía razón al decir que ya no estoy enferma. Tú no puedes negar, Joanne, que es tiempo de que regrese a mi casa, que es mi verdadero lugar.

Los dedos de Joanne le apretaron el brazo.

—No le hagas caso a lo que dijo. Es una orgullosa y anticuada mujer y, gracias a Dios, es una de las pocas que quedan en Willowmead.

—Lo que le molesta es mi presencia aquí, porque estoy demasiado cerca de Jordan —tuvo que confesar Margot.

—¿Alguna vez te ha mencionado ella algo sobre eso?

—Algo parecido, poco antes que viniera Berdine —le explicó Margot mientras recordaba su encuentro con Eva Merrick en el salón Protea.

—Y, por supuesto, le dijiste que no tenía nada que temer —concluyó Joanne.

—En realidad no tenía por qué preocuparse al respecto.

—¿Es por eso que mantienes a Jordan alejado?

—¡Basta, Joanne! —interrumpió Margot, con un tono de severidad en la voz—. El té se está enfriando, y tengo sed.

—Lo siento, Margot —sonrió Joanne, sentándose frente a la bandeja y sirviendo el té—. No trataré de averiguar más, pero perdóname si saco mis conclusiones.

A pesar de las protestas de Joanne, Margot regresó a su casa dos días después, y una semana más tarde logró persuadir al doctor Turner para que la dejara trabajar, puesto que se sentía bastante bien. En su primer día en la clínica, Margot puso a funcionar su meditado plan. Fue a ver a la jefa Selby, la cual se sorprendió por la petición que le hizo, pero accedió, y al siguiente domingo Margot le informó a Joanne lo que había decidido.

—Me voy de Willowmead a fines de mes —le anunció sin preámbulos.

—¿Qué? —preguntó Joanne, casi ahogándose con el té que estaba tomando—. ¡Margot, no lo dices en serio!

—Sí, es cierto —afirmó Margot con decisión—. Me voy.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Joanne con incredulidad.

—Existe la posibilidad de que consiga trabajo en un hospital privado en George, y he logrado que la clínica me deje ir cuando lo desee. En realidad podría irme dentro de dos semanas, pero necesitaré un mes para dejar arregladas las cosas aquí.

—Pero, Margot… —Joanne no se recobraba de la sorpresa, después le preguntó con cautela—. ¿Es por culpa de Jordan y Berdine?

—De cualquier forma, creo, que es lo mejor que puedo hacer —dijo Margot evadiendo la pregunta.

—Tú sabes que nada se arreglará huyendo —comentó con calma Joanne, colocando con suavidad la mano sobre el brazo de Margot —. Una vez yo también lo intenté, y sé que no funciona.

—Pero tampoco me va a ayudar en nada si me quedo aquí —argumentó desesperada Margot—. No me puedo quedar y…

—¿Y verlo casarse con Berdine? —terminó Joanne de decir la frase por ella, con una extraordinaria perspicacia, y cuando Margot asintió sin poder hablar, ella agregó con enfado—. ¿Entonces, por qué no te quedas y luchas por él, en vez de huir?

—No sería de ningún provecho —le dijo Margot con la amargura —. Pertenecemos a mundos completamente diferentes.

—¡Tonterías!

—¿Y su madre…?

—Ella no importa —dijo Joanne en tono convincente.

—Joanne… —Margot se detuvo, después suspiró indefensa y confesó—. ¡Él no me ama! Me desea, eso sí, pero sólo para tener una simple aventura, mas no me ama —reconoció con amargura—. No tiene caso, ¿no comprendes?

—Podrías estar equivocada, tú qué sabes.

—Lo dudo.

—Si no te puedo persuadir para que te quedes, por lo menos prométeme que no tendrás tanta prisa por irte —suplicó Joanne.

—No te lo puedo prometer —suspiró con cansancio Margot—. Lo único que sé con seguridad es que me quiero ir antes de Navidad.

Jordan se enfrentó a Margot en su oficina, a la siguiente mañana, antes de entrar en la sala de operaciones, y sospechó en seguida que ya estaba enterado.

—Tengo entendido que piensas dejarnos para fines de mes —le dijo con voz cortante, para confirmar sus sospechas.

—Es cierto.

—¿Qué te hizo tomar esa decisión tan drástica? ¿Lo haces para evitarme? —preguntó con sus ojos fijos en ella mirándola de la misma inquietante forma que siempre la perturbaba—. ¿Acaso últimamente no me he apartado de tu camino, según tus deseos, para no tener conflictos contigo?

—Sí, lo has hecho —reconoció, pero al advertir la burla en sus ojos, mintió—. Mi renuncia no tiene nada que ver contigo.

—Entonces demuéstralo —la desafió—. Retira tu renuncia y quédate.

—Yo… yo no puedo.

—¿Entonces aceptas que mi suposición es correcta?

—¡No!

—No sólo huyes de mí, Margot, sino también de la realidad.

—Jordan… por favor… sabes que no me puedo quedar —dijo suplicante logrando apenas controlar el temblor de su voz.

—No sé nada de eso, pero trataré de convencerte para que te

quedes —le dijo con energía inclinándose hacia ella por encima del escritorio, lo que hizo palpitar su corazón más de prisa—. Y no digas que no te lo advertí, Margot.

La forma en que Jordan la trataba, cambió de una manera sutil. Ella notó esto un sábado por la noche, ocasión en que se encontraba preparando una ensalada en la cocina de Joanne para celebrar el cumpleaños de Bruce. Cuando éste entró, al ver a Margot, le pasó el brazo por la cintura de una forma tan inocente que ella no pudo rechazarlo.

—¿Cómo está mi chica favorita? —preguntó, sonriéndole—. He extrañado tu preciosa cara —le dijo, dándole un golpecito en la mejilla—. Me alegro que estés aquí, Margot, pues ya sabes cuánto te quiero —y sin hacer caso de sus protestas, empezó a darle vueltas en el aire.

—Yo no diría que la quieres —se escuchó una voz de censura desde la puerta, Bruce la puso en el suelo de inmediato para volverse a saludar a Jordan—. Te necesitan para atizar el fuego afuera, no en la cocina —agregó Jordan.

—¡Oh, maldición!, me pidieron que llevara la sal, pero fui secuestrado por una bella dama —rió Bruce, haciendo un gesto burlón mientras tomaba el salero y se dirigía hacia afuera, pero antes de pasar la puerta, alzó la mano y le dijo a Margot—. Te veré después, corazón.

—¿Te debo felicitar, o te ofrezco mis condolencias? —preguntó Jordan cuando se acercó a la mesa donde Margot agregaba los últimos ingredientes a la ensalada.

—Ninguna de las dos cosas —dijo, alzando los dos platos de ensalada y poniéndoselos en las manos—. Si quieres hacerte útil, lleva esto para afuera.

—Con una condición —le dijo con calma, mirándola con malicia —. Que me des un beso por la molestia.

Incredulidad, risa y disgusto se mezclaron en la expresión del rostro de Margot, para luego reaccionar de la única forma que podía, le quitó los platos de las manos, diciéndole:

—Creo que los llevaré yo misma.

Fue un error, que comprendió de inmediato. Con las dos manos ocupadas, estaba indefensa y sus musculosos brazos la rodearon por la cintura, acercándola hacia su cuerpo mientras sus labios le robaban un beso.

—Ahora, te llevaré esto —le dijo, y quitándole los platos de las

temblorosas manos, se dirigió hacia la puerta.

—¡Eres un patán! —le gritó, pero él sólo volvió la cabeza y rió burlándose.

—Soy todo lo que quieras —le dijo.

Pasó un rato antes que Margot recobrara la suficiente compostura para poder salir y enfrentarse a los otros invitados y descubrir que entre ellos se encontraba Berdine. Nadie le había dicho de su regreso a Willowmead. Observó la forma en que sujetaba del brazo a Jordan, lo que sugería cierta intimidad entre ellos. Eso le produjo un sabor amargo en la boca. Eva Merrick también estaba ahí. Su fría expresión tenía una sonrisa de triunfo, cuando su mirada se cruzó con la de Margot, como queriendo decirle: "No tienes la menor oportunidad".

Se escuchaban muchas risas alrededor del fuego. Los hombres tomaban cerveza mientras asaban la carne, y las mujeres se reunieron en pequeños grupos para discutir los últimos chismes del pueblo. Era lo típico en este tipo de fiestas, el ambiente era alegre y todos se divertían.

Cuando oscureció por completo, Daniel sugirió que brindaran por Bruce. Después, todos disfrutaron de la carne asada y de la deliciosa ensalada. Bruce estaba al lado de Margot, su divertida conversación la entretuvo, y eso la ayudó para no desviar con demasiada frecuencia su atención fuera del grupo.

No fue hasta mucho después que Margot se encontró sola por algunos minutos cuando una profunda voz se dirigió a ella preguntando con tono de burla:

—¿Estoy perdonado?

—¿Perdonarte, Jordan? —respondió con ligereza, fingiendo inocencia cuando se volvió hacia él—. ¿Por qué…? —le preguntó.

—¿Se te olvidó tan pronto? —le sonrió burlón.

—Prefiero no pensar en ello —declaró con aparente calma.

—¿Fue tan desagradable?

—No, pero… —calló, pero no a tiempo. Había caído en la trampa que le preparó y sin poderlo evitarlo, la risa surgió de sus labios—. ¡Eres un demonio! —lo acusó—. Me hiciste decir eso.

—La verdad siempre sale a flote —le dijo con fingida seriedad.

—¡Jordan, eres imposible! —exclamó, alejándose un poco de él —. Creo que no te conozco cuando adoptas esa actitud traviesa.

—¿Te agrada?

—¿Te refieres a tu actitud? —preguntó fingiendo ignorancia.

—Naturalmente.

"¿Le agradaba?" se preguntó, mirando su bronceada y atractiva cara. Sabía bien que la excitaba, pero comprendía que esa sensación no la llevaría a ningún lado, por lo tanto, decidió seguir el juego y dijo con precaución:

—Yo… no sé con seguridad si me agrada, pero te lo diré en otra ocasión.

—¿Cuándo? —preguntó con vivo interés, a la vez que se le acercaba—. ¿Esta noche?

—Tal vez el año que viene —rió ella, adoptando una acritud tan burlona como la de él.

—Demasiado tiempo —insistió él—. Tendrá que ser esta noche.

—Esta noche no —contestó terminante.

—¿Mañana? —siguió insistiendo, mientras le tocó ligeramente el muslo haciéndola temblar.

—Detente, Jordan —le suplicó con suavidad—. Estás atrayendo la atención de los demás sobre nosotros.

—¿Y qué importa?

—Me importa a mí, y también a Berdine.

—¡Ah, sí!, la encantadora Berdine —suspiró, mirando a la muchacha que obviamente los observaba, a pesar del número de hombres que la rodeaba—. Parece que ya llama bastante la atención por sí misma, ¿no crees?

—Mujeres hermosas como Berdine siempre llaman la atención.

—Cuidado —le advirtió con humor—. Estás sacando las garras.

—Lo dije con sinceridad, créeme. Ella es bella e inteligente, y será una admirable esposa.

Jordan la estudió, meditando un momento antes de decir:

—¿De veras lo crees?

—Sí —afirmó, sin mirarle a los ojos.

—¿Crees que la merezco?

—Eso no me corresponde a mí decirlo.

—Estás esquivando esa pregunta con mucha habilidad —rió.

—Me estoy volviendo bastante buena para eso, ¿no crees?

—¿Te gustaría verme casado con ella?

La pregunta fue rápida e inesperada y le llegó hasta el alma, pero contestó con absoluta sinceridad.

—Me gustaría que fueras feliz, Jordan.

—Me alegra que digas eso —contestó después de una pausa momentánea, luego se levantó y le acarició los labios—. Te veré

luego.

Desorientada, contempló su figura alta que se alejaba. "¿Qué fue lo que quiso decir con su último comentario?" se preguntó, pero no logró encontrar la respuesta.

No se sorprendió cuando Berdine se le acercó y le pidió hablar con ella en privado. Margot se encontraba con Bruce, y cuando se alejaron un poco de él, Berdine le sugirió:

—¿No nos deberíamos alejar más? Tengo algo muy importante que decirte en privado.

El tópico de la conversación, por lógica sería Jordan, y Margot no necesitaba esforzarse para adivinarlo, mientras caminaba en silencio al lado de Berdine.

—Creo que ya nos hemos alejado lo suficiente —le anunció Margot—. ¿Qué es lo que me quieres decir?

—Muy bien —asintió Berdine—. Me gustaría sugerirte que fueras más cuidadosa en el futuro. Estás haciendo públicos tus sentimientos y pronto Jordan se dará cuenta.

—No sé de lo que me hablas —contestó nerviosamente.

—Claro que sí lo sabes —rió con suavidad Berdine—. Estás enamorada de él, lo sé desde hace algún tiempo, pero no permitas que se entere, querida. Le mortificaría saber que has tomado en serio sus galanteos. ¿Me has entendido?

—Perfectamente.

—Alguien tenía que decírtelo, Margot, y considero que yo soy la persona más apropiada. Como verás —sonrió malévola—, alguien con tu categoría social no debería esperar más que una simple aventura con un hombre como Jordan.

Esas palabras la hirieron profundamente y apenas pudo decir:

—Creo que has dicho suficiente.

"Eva Merrick había entrenado bien a la mujer que se casaría con Jordan", pensaba con amargura Margot, mientras atravesaba el jardín hacia la casa donde sabía que se encontraba Joanne preparando el café para los invitados, pero en el camino se encontró con Bruce.

—¿Cuál es tu prisa? —rió él, a la vez que la detuvo, pero su expresión cambió cuando notó su palidez—. ¿Te pasa algo?

—Tengo un fuerte dolor de cabeza —le mintió.

—Espero que eso no signifique que te piensas ir.

—Me temo que sí —admitió, tratando de sonreír y le besó ligeramente en la mejilla—. Lo siento, Bruce.

Con calma aparente, se disculpó con Joanne en la cocina.

—¿Te molestaría, si me marchara a casa? —le preguntó.

—¡Margot! ¿Te ha sucedido algo? —le preguntó Joanne preocupada—. Estás muy pálida.

—Tengo un horrible dolor de cabeza —explicó de nuevo Margot, y en esta ocasión no era mentira, pues las sienes le palpitaban con insoportable dolor.

—¿No quieres subir y acostarte un rato?

—No —negó Margot—. Prefiero irme, si no te molesta.

—Claro que no me molesta Margot, has estado haciendo muchas cosas demasiado pronto —supuso Joanne y le volvió a preguntar—: ¿Podrás llegar sola o quieres que Bruce te acompañe?

—No, no por favor —protestó Margot—. Podré llegar sola, gracias por todo.

No supo cómo llegó a su casa esa noche, pero cuando entró y cerró la puerta tras de sí, su calma la abandonó, y la ira se apoderó de ella. No se merecía los crueles comentarios de Berdine. O ¿tal vez… sí?

—¡Oh Dios! —gimió en la oscuridad—. ¿Acaso lo estoy haciendo tan obvio que todos saben que estoy enamorada de Jordan?

Era un pensamiento perturbador, y se acostó permaneciendo despierta casi toda la noche, recordando lo que había sucedido en casa de Joanne y preguntándose, si lo que había dicho Berdine era cierto.

Guando por fin el sol comenzó alumbrar, calentando esa mañana dominical, Margot se paró junto a la ventana de la cocina con una taza de café en las manos, decidida definitivamente a irse de Willowmead.

También esperaba que lo sucedido la noche anterior no se repetiría, pero cuando más tarde esa mañana, Eva Merrick vino visitarla, tuvo el presentimiento de que apenas comenzaban sus problemas.

—Por favor, pase, señora Merrick —dijo con voz calmada.

—No hubiese venido aquí, si no lo creyera importante —dijo la señora una vez que se sentaron en la sala, haciéndole notar a Margot el esfuerzo que le costó venir a esta parte del pueblo.

—Lo comprendo —contestó Margot, confiando en que sus muchos años de entrenamiento como enfermera, la ayudasen a mantener la calma.

—Vine con la idea de discutir tu comportamiento de anoche.

—¿Mi comportamiento? —repitió atónita.

—¡No tienes que actuar conmigo! —le respondió Eva Merrick con una fría y despectiva voz—. ¡Considero de mal gusto la forma en que coqueteaste con Jordan!

—¿Coquetear? —repitió Margot, sofocándose—. Le aseguro señora Merrick que nunca he coqueteado con…

—¿Me estás llamando mentirosa? —la interrumpió indignada—. ¿Acaso no crees que los demás no notaron la forma en que lo alejaste de Berdine?

—Pero yo nunca traté…

—Tu comportamiento fue un insulto para Berdine, y un intento deliberado de causar problemas entre ellos. Ella es muy inteligente y sensible, y a pesar de todo, está deseosa de olvidar tu indiscreción, ya que no quiere verte lastimada —continuó diciendo Eva Merrick con desdén—. Claro que su preocupación por ti es ridícula.

Margot se sintió lastimada. ¿Acaso no sabían que ella también tenía sentimientos?, se preguntó a la vez que se enfrentaba a la mujer que se había declarado su enemiga.

—Dudo mucho que Berdine se preocupe por los sentimientos de alguien que no sean los de ella, pero si mi comportamiento la ofendió, entonces le pediré disculpas personalmente. Le puedo asegurar, señora Merrick, que no estuve coqueteando con su hijo anoche, y que no hice nada para alejarlo de Berdine. Fue él el quien se acercó a mí, y…

—¿Estás sugiriendo que fue Jordan el que estaba coqueteando contigo? —Eva Merrick la miró con rencor—. El nunca ha sido muy exigente en cuanto a sus conquistas femeninas, pero ni aun así se fijaría en una mujer como tú.

Margot parpadeó ante el insulto; apretó las manos tratando de controlarse.

—¡Señora Merrick… Creo que esta conversación ha ido demasiado lejos.

Eva Merrick no iba a permitir que Margot diera por terminada la conversación y comenzó un nuevo ataque.

—Tú sabías bien la situación, me había tomado la molestia de explicártelo, y Berdine…

—¡Berdine está en camino a Cape Town! —concluyó Jordan la frase desde la puerta—. Y si yo fuera tú, madre, tendría cuidado con lo que le dijera a Margot. Estás hablando con la mujer que intento

hacer mi esposa.

Capítulo 9

El silencio que se produjo en la sala por un momento fue tan profundo, que se podía escuchar el más insignificante ruido y, Margot, que se había levantado al escuchar a Jordan, se quedó muda por la sorpresa.

Eva Merrick fue la primera en recobrar la compostura e irguiéndose con una dignidad que Margot no pudo dejar de admirar, se enfrentó a su hijo.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó atónita.

—No, madre —le aseguró con firmeza—. Por casualidad escuché la mayor parte de la conversación que sostuviste con Margot, y como te dije antes, sería prudente que escucharas mi advertencia.

—¡Tú no puedes decirlo en serio, Jordan! —exclamó, frenética al volver su mirada hacia Margot, agregando con desdén—. ¡No puedes casarte con esta mujer!

—¿Por qué no te vas a casa, madre, y nos dejas en paz para planear nuestras propias vidas sin inmiscuirte?

El rostro de Eva Merrick se alteró, tomando un color púrpura que gradualmente cambió a una palidez enfermiza.

—Te lamentarás de esto, Jordan —le advirtió—. Recuerda mis palabras.

—No, madre —la contradijo acercándose a ella—. Tú lo lamentarás, si no te vas a casa y piensas sobre la situación con más cuidado.

—¡Es inaudito! —exclamó indignada a la vez que recogía su bolsa de mano dirigiéndose a la puerta—. ¡Nunca pensé que viviría para ver el día en que mi propio hijo me hablara de esa forma, y menos aún que fuera a causa de una mujer de tan baja clase como ésta!

—¡Eso es suficiente!

La aspereza de la voz de Jordan hizo estremecer a Margot, pero Eva Merrick no dijo nada más y se marchó de la casa, golpeando la puerta al salir.

En otra ocasión este incidente le hubiera parecido jocoso, pensó Margot mientras miraba por la ventana tratando de calmarse, pero ahora la embargaba la ira. Ya había sufrido suficiente por culpa de los Merrick para que se hiciera eterno.

—¡No tenías ningún derecho de decirle a tu madre que pensabas casarte conmigo, porque bien sabes que no es verdad! —le gritó furiosa a Jordan.

—¿Quieres decir que debí habértelo pedido antes?

—Quiero decir que la idea está fuera de discusión —le dijo con disgusto—. ¡Casarte conmigo era lo último que tenías en mente, hasta que no escuchaste los insultos de tu madre! ¡No lo puedes negar!

—¡No, no lo voy a negar! —confesó al acercarse a ella—, pero debes saber que te voy a hacer mi esposa aunque ello me tome el resto de mi vida.

—¡Bien, en lo que a mí respecta puedes tomarte una eternidad! —le espetó alejándose para mantener una distancia prudente entre los dos—. ¡No me casaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la tierra!

—¡Margot!

—¡No me toques! —lo rechazó acalorada cuando trató de alcanzarla—. Ya he tenido todo lo que puedo soportar de ti, de tu madre y de tu preciosa Berdine, y te odio. ¿Lo sabes? ¡Te odio! —su voz sonaba ronca por la intensidad de la furia con que decía las palabras—. ¡Te odio a ti, y a todo lo que representas! ¡Y nada de lo que puedes hacer o decir, me va a persuadir para casarme contigo!

—Odio es una palabra demasiado dura —se mofó de ella, su musculoso cuerpo se puso alerta por si acaso necesitaba defenderse de ella.

—Odio puede ser una palabra dura, pero es así como me siento respecto a toda la situación —le gritó, ahogando las lágrimas, y luchando para no perder el control—. Me enferma todo esto y espero no tener que verte nunca más. Entre tu madre y tú han matado la poca simpatía que sentía por ti y por los de tu clase. He sido humillada e insultada lo suficiente, y no soportaré ni un momento más esta situación. ¿Lo entiendes?

Jordan levantó los hombros levemente.

—No sabes lo que estás diciendo, Margot.

—Sí lo sé —insistió ella, sorprendida por la palidez que cubrió su rostro—. No me importaría que nuestros caminos jamás se vuelvan a cruzar, y espero que cuando termine el mes y me marche, así será.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—¡Sí! —exclamó histérica—. Sé exactamente lo que hago.

¡Ahora vete, quiero que salgas de mi vida!

Se volvió de espaldas rechazando así lo que una vez quiso con desesperación, pero no podría vivir sabiendo que él le había ofrecido matrimonio solamente para molestar a su madre. Todavía se encontraba de espaldas cuando finalmente escuchó el coche de Jordan alejarse por la polvorienta calle.

Ni una sola vez había dado señales Jordan de que sentía por ella otra cosa que no fuera deseo. Margot quería su amor. ¿Pero qué hubiera hecho si él le hubiese confesado que la amaba? ¿Habría aceptado su propuesta de matrimonio aunque pertenecieran a esferas sociales diferentes? Ambas clases consideraban que personas como ella y Jordan no deberían mezclarse.

—¡Oh Dios! ¿Qué voy a hacer? —se preguntó, pensando una vez más que la mejor solución sería alejarse de Willowmead.

Una tarde antes de partir, Margot fue a visitar a Joanne. Se alegró de que Daniel y Bruce se hubieran ido al río. Necesitaba a alguien con quien hablar, una confidente; pero cuando se sentaron en el pasto jugando con Serena, y sus juguetes, Margot comprendió que no podía hablar de esas cosas con nadie.

Joanne le sirvió té. Como era inevitable, la conversación giró alrededor de la fiesta.

—Fue una lástima que tuvieras que irte tan temprano esa noche —dijo Joanne con una mirada maliciosa—. Bruce se sintió triste por tu ausencia, y puedo pensar en otra persona a quien le pasó lo mismo.

Esta era la oportunidad que tuvo Margot para confesarse con Joanne, pero de nuevo las palabras no fueron pronunciadas. Su triste mirada, sin querer, se volvió hacia la casa de los Merrick la cual estaba parcialmente escondida detrás de los cipreses y castaños. Pero en ese momento, alarma más que curiosidad, la hizo levantarse de su asiento y observar con más atención hacia la residencia.

—Está saliendo humo del segundo piso de la casa de los Merrick —comentó alarmada, esperando la confirmación de Joanne.

—¡Dios mío, es cierto! —exclamó Joanne—, ¡Proviene de la habitación de la señora Merrick!

—¿Crees que Jordan ya lo sabrá?

—Tengo entendido que ni Jordan ni los sirvientes están en la casa —respondió con rapidez Joanne—, y si no me equivoco ésta es la hora de la siesta de la señora Merrick.

Margot había jurado no volver a saber nada de los Merrick, pero ahora se trataba de una emergencia y reaccionó instintivamente.

—¡Llama a los bomberos! —le ordenó a Joanne—. Voy a ver si la señora Merrick no está en peligro.

—¡No vayas hacer ninguna tontería! —le advirtió Joanne, a la vez que levantaba a Serena en brazos y corría hacia el teléfono, pero Margot apenas la escuchó, puesto que ya estaba corriendo por el jardín, hacia una pequeña cerca que dividía las dos propiedades.

El humo que salía por la ventana parecía aumentar a cada segundo. Margot rezó para que la puerta de la entrada estuviese abierta. Afortunadamente su oración fue escuchada. Subió por la escalera de dos en dos. Una vez arriba, se detuvo por un segundo para orientarse, pero no perdió más tiempo cuando vio el humo que salía por debajo de la puerta que estaba a la izquierda.

Al entrar en el cuarto lleno de humo, la corriente de aire incrementó el fuego que se extendía a través de la alfombra, tratando de alcanzar la figura inerte que permanecía en el suelo, junto a la cama. El humo lastimaba sus ojos y la sofocaba cuando se arrodilló junto al cuerpo inconsciente de Eva Merrick, revisándola con urgencia para ver si estaba herida, pero al darse cuenta de que sólo había sido afectada por el humo, Margot la arrastró tan rápido como pudo hacia el pasillo, el cual ya se estaba también llenando de humo. La mujer estaba inconsciente, no obstante, Margot logró dejarla junto a la pared antes de regresar a cerrar la puerta para aislar el fuego, mientras llegaba ayuda.

Eva Merrick tosió pero no recobró el conocimiento. Margot pensaba en cómo bajarla, cuando apareció Joanne. Entre ambas lograron levantar a la mujer inconsciente y llevarla a la planta baja y después sacarla de la casa donde había aire fresco, pero Margot no estaba satisfecha.

—Cuida de ella, Joanne —le dijo con ansiedad—. Voy a regresar para tratar de controlar el fuego.

—¡Margot, tú no… —Joanne comenzó a protestar, pero ella no se dejó persuadir, y volvió a entrar en la casa.

Con una toalla mojada sobre la cabeza, Margot respiró profundo y penetró en la habitación de Eva Merrick. El humo la cegaba y no le permitía respirar bien ya que el fuego había progresado hasta el extremo de que las llamas consumían los muebles. Sentía que los pulmones le estallaban, pero no podía retroceder, pues había decidido detener el fuego en alguna forma, hasta que llegaran los

bomberos. De pronto se quedó horrorizada cuando vio que las cortinas empezaban a arder. Escuchó cuando las sirenas de los bomberos se aproximaban y con un último esfuerzo logró arrancar el cortinaje y apagar las llamas. Empezó a toser semiasfixiada, sintiendo como si el fuego le penetrara en los pulmones. Las lágrimas comenzaron a brotarle por el humo, y cayó de rodillas, mientras sentía que el cuarto giraba a su alrededor.

"¡Debo salir de aquí!", pensó con desesperación y se arrastró en un último esfuerzo por alcanzar la puerta; de repente todo se volvió negro y no supo más.

Margot recobró el conocimiento para encontrarse con la angustiada mirada de Joanne.

—¡El fuego! —gritó Margot con voz apagada, mientras se llevaba las manos a la garganta, que le dolía.

—Tómalo con calma —le ordenó con suavidad Joanne—. Todo está bajo control.

—¿Y la señora Merrick?

—Está acostada en su cama del hospital —le sonrió Joanne—. Exactamente como tú lo estás en estos momentos.

Los irritados ojos de Margot vieron por primera vez, después del incidente, las paredes blancas que la rodeaban.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Fuiste afectada por el humo —le explicó Joanne acomodándole las sábanas y almohadas, mirando con admiración a Margot—. ¡En realidad, fuiste muy valiente!

—No fue nada —hizo a un lado el cumplido de Joanne, para preguntar con urgencia.

—¿Hubo muchos daños?

—Gracias a ti, muy pocos. Sospechan que la cafetera automática de la señora Merrick provocó el fuego al hacer un cortocircuito, los bomberos tuvieron muy poco que hacer, solamente sacarte y evitar que el fuego se extendiese —le explicó Joanne, y con satisfacción Margot se recostó en la almohada cerrando los ojos—. Ahora te voy a dejar, para que descanses —escuchó que le dijo Joanne y después no supo más hasta que despertó, encontrándose con el rostro del doctor Turner.

Ella permitió que la examinara, y cuando terminó le preguntó:

—¿Cuándo me podré ir a casa?

—No te voy a permitir salir de aquí hasta que esté seguro de que tus pulmones están limpios.

—Pero yo no…

—No discutas, Margot —le interrumpió él con firmeza—. Hace poco padeciste de una neumonía muy fuerte, y no puedes forzar tanto tus pulmones después que los llenaste de humo tratando de apagar el fuego.

—¡Oh, maldición! —exclamó ella, frunciendo el ceño.

—¿Te prescribo algo para que puedas dormir?

—No lo creo necesario —dijo Margot, adaptándose a la situación —. Gracias, doctor Turner.

—Volveré a verte mañana —le dijo acariciándole amistosamente el brazo.

Antes que Margot se quedara dormida esa noche, recibió otra visita. Con aspecto agotado, Jordan entró en el cuarto y ella molesta, le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres?

—Sé que no soy bienvenido, pero sólo vine a darte las gracias —le explicó, mirándola con curiosidad—. Considerando la forma en que te ha tratado mi madre, no te hubiera culpado si la hubieses dejado morir entre las llamas.

Margot sintió un escalofrío al escucharlo y dijo con indignación:

—No sé por qué clase de persona me has tomado, pero yo no podría vivir en paz, con la muerte de alguien en mi conciencia, ni siquiera la de tu madre.

—En realidad nos odias —reconoció con pesar.

-Me gustaría dormir, si no te molesta.

No pudo darle a entender con más claridad que deseaba que la dejara en paz. Él lo comprendió y con una expresión de tristeza se retiró del cuarto.

La visita de Jordan la había trastornado más de lo que quería admitir y sólo después de mucho tiempo, se olvidó de los acontecimientos y cayó en un inquieto sueño. La jefa Selby vino a visitarla al día siguiente en la tarde y aunque Margot se sorprendió, aprovechó la oportunidad para pedirle que la dejara trabajar en el turno de la noche, ya que la enfermera Lewis estaba haciéndolo muy bien en el quirófano, y a Margot le parecía negativo regresar por tan poco tiempo. Esas fueron las razones que Margot dio a la jefa Selby, pero se guardó para sí que su solicitud de cambio, en realidad se debía a que, trabajando ese turno, rara vez se

encontraría con Jordan.

—Hace mucho tiempo que no trabaja el turno de la noche, enfermera Huntley —le advirtió la jefa—. ¿Cree que podrá aguantar?

—Me convendrá el cambio —le aseguró Margot.

—Nos convendría tener ayuda extra por la noche —reconoció y se quedó un rato más para admirar las flores que Joanne y Bruce le habían llevado; después se despidió.

El martes por la mañana, Margot abandonó el hospital, pero al pasar por el cuarto de Eva Merrick y verla acomodada en las almohadas, su compasivo corazón no le permitió seguir, sin preguntar por su salud.

—Creo que me salvaste la vida —dijo ásperamente antes que Margot tuviera oportunidad de hablar—. Supongo que por lo menos debería estar agradecida por lo que hiciste.

—Sólo hice lo que cualquiera en esas circunstancias.

Sus ojos analizaron a Margot con la dureza de siempre.

—Espero que no pienses que la situación ha cambiado.

—Usted tiene el derecho de opinar como quiera, señora Merrick, y no intento cambiar su modo de pensar en absoluto.

—Me alegra oírte decir eso.

Se produjo un silencio molesto, pero cuando Margot se disponía a retirarse, la señora Merrick la detuvo.

—Tengo entendido que tuviste la sensatez de no aceptar a Jordan.

Con un sentimiento confuso, Margot observó a la anciana que estaba acostada frente a ella. Por un momento quiso odiarla, pero no pudo, y sin querer su voz adoptó un tono suave cuando dijo:

—Jordan sólo mencionó el matrimonio para hacerla enfadar.

La delgada cara de Eva Merrick se endureció:

—Eso es cierto.

Sus palabras lastimaron el corazón de Margot. Una cosa era sospechar algo, y otra muy distinta que alguien se lo confirmara, y separándose de la cama dijo:

—Espero que pueda regresar a su casa pronto, señora Merrick.

Eva Merrick no hizo ningún intento por prolongar la conversación y Margot se marchó desolada. El futuro únicamente le reservaba tristeza y soledad.

Los días pasaron con tranquilidad para Margot, excepto cuando veía brevemente a Jordan al terminar su turno por la mañana, que la hacia evocar algo que ella quería olvidar. Un día, se encontraba con varias enfermeras en el estacionamiento cuando él pasó, pero ni siquiera le dirigió una mirada. Era una tontería de su parte sentirse herida por eso, pero no lo podía evitar. Ella lo amaba a pesar de todo, y no había nada que pudiera hacer para cambiar sus sentimientos.

Cuando salió de la guardia nocturna, por última vez, antes de su partida de Willowmead, encontró en la pizarra de avisos del salón de descanso una nota dirigida a ella. Era del jefe de cirujanos, y decía: *Ven a mi oficina esta mañana*. Firmaba *D. Grant*.

Frunciendo el entrecejo, Margot atravesó el salón de descanso para dirigirse a la oficina de Daniel. Llamó con suavidad a la puerta y la voz profunda del doctor Grant le ordenó pasar.

Sentado detrás del escritorio, Daniel no era su amigo, sino el jefe de cirujanos de la clínica Willowmead. Advirtió mientras estaba de pie frente a él, respetuosamente, que él tenía un grave problema.

—Lamentamos mucho perder tus servicios, Margot —le dijo de pronto. Ella le dirigió una nerviosa sonrisa.

—Siento tener que dejarlos, pero es lo mejor que puedo hacer.

—Estoy preocupado por Jordan —dijo sin más demoras—. Su trabajo es deficiente y parece estar muy distraído.

—No veo por qué tiene que mencionármelo, doctor Grant —le dijo con calma Margot, escondiendo su asombro al dirigirse al doctor Grant con todo el respeto que le merecía, él que durante su larga convalecencia, se había convertido en un buen amigo.

—Esperaba que tú podías aclarar la situación —sus profundos ojos azules la miraron de tal forma que la inquietaron—. ¿Me equivoco al pensar que te interesa Jordan?

Su pregunta la sorprendió y su rostro adquirió una expresión sombría.

—Mis sentimientos no tienen nada que ver con esto, créame.

—Depende —dijo él—. Si algo pasó entre ustedes, que afectó su trabajo de tal forma, entonces te sugiero que aclares todo en seguida, antes que algo pase y tenga que pedirle su renuncia.

—¡Oh no! —gritó ella—. ¡No podrías hacer eso! ¡No puedes!

—Tal vez lo tenga que hacer —insistió Daniel con firmeza.

—¡Pero es un cirujano muy brillante! —argumentó Margot.

—Fue —le corrigió Daniel—. No has visto su trabajo de estas

últimas semanas.

—Pero él… —Margot se interrumpió en, ese momento diciendo confusa—: ¡No lo comprendo!

—¿Hablarás con él?

—¿No podrías tú? —preguntó dudosa.

—Mi querida Margot, ya lo hice pero parece que no logré mayor cosa, por eso te estoy pidiendo que me ayudes con este problema.

No podía rehusarse; después de todo lo que habían hecho su esposa y él desde la muerte de su madre, y sintiéndose comprometida por las circunstancias, dijo lo único que pudo:

—Veré lo que puedo hacer, pero no te prometo nada.

—Todo lo que te pido es que trates —encendió un cigarrillo y después pensativo, agregó—: Jordan es un buen cirujano, sentiría tener que perderlo.

Daniel se levantó, indicándole que la conversación había terminado, pero el último comentario que hiciera el doctor Grant se le quedó grabado en la mente a Margot.

"Sentiría tener que perderlo".

Esas fueron las palabras de Daniel, pero ¡oh, Dios! las decía también dolorosamente para sí misma, sintiendo herida su alma y corazón.

Jordan había dicho que deseaba casarse con ella y, con todo su ser, ella deseaba aceptar, pero no podía, pues comprendía que él sólo lo había hecho para enfadar a su madre.

Y ahora, después de todo lo ocurrido entre ellos, era ella misma quien tenía que hablar con él para que entrara en razón, y cambiara su actitud. "¿Sería por su culpa, por lo que su carrera de cirujano estaba en peligro de fracasar?", se preguntaba, cuando llegó a su casa y se hizo un ligero desayuno antes de irse a la cama para tratar de dormir. "¿Era culpa suya o el principal problema de todo eso era la partida de Berdine Powell? ¿Qué le habría dicho ella?", se seguía preguntando mientras se movía en la cama sin poder conciliar el sueño. Lo peor de todo, era que no sabía cómo la recibiría él.

Los agitados pensamientos de Margot no le permitieron dormir, por lo que fue a la cocina para hacerse una taza de chocolate; al fin se quedó dormida, pero fue un sueño intranquilo, que interrumpió el timbre del teléfono unas horas después.

—Pensé que deberías saberlo —le empezó a decir Joanne cuando Margot contestó medio dormida—. Jordan acaba de tener un accidente.

—¿Un accidente? —repitió, casi sin voz.

—Se volcó su coche, en las afueras del pueblo, y lo han llevado al hospital —le explicó con brevedad Joanne.

—¡Oh Dios mío! —murmuró Margot, cerrando los ojos y recostándose sobre la pared cuando sintió que las piernas no la sostenían. Empezaron a pasar por su mente imágenes de Jordan, gravemente herido. Se decía que si algo le sucediera después de las horribles cosas que le dijo, nunca se lo perdonaría.

—¿Margot? —oyó la voz de Joanne un poco asustada—. ¿Todavía estas allí?

—Sí, sí —respondió con voz apenas audible—. ¿Está muy mal herido?

—No tengo idea. Daniel se fue al hospital a verlo, me dijo que me llamaría en seguida, pero aún no lo ha hecho.

—Creo que iré personalmente —le dijo Margot, tomando una rápida decisión. Colgó el teléfono antes que Joanne pudiera despedirse.

Margot corrió a su cuarto y, abriendo el armario, se puso lo primero que encontró. Minutos después, vestida con un pantalón y un suéter viejo se dirigía al hospital a toda velocidad.

La enfermera encargada de emergencia la atendió a su llegada, pero no le pudo dar ninguna información. Le dijo dónde podía encontrar a Jordan y, sin dar las gracias, Margot corrió pasando varios pasillos vacíos hasta que tropezó con una figura delgada y alta en una de las salas.

—¡Daniel! —lo llamó con urgencia—. ¿Adónde lo han llevado?

Daniel respondió indicándole la puerta detrás de él.

—Está allí adentro.

—¿Có… cómo está? —preguntó, con el corazón en la boca.

—¿Por qué no entras, y averiguas por ti misma?

Miró a Daniel y le preguntó con voz temblorosa.

—¿Está grave?

—Pudo estar peor —le contestó Daniel sin expresión.

—¡Oh, Dios! —gimió, perdiendo lo poco que le quedaba de compostura, a la vez que se volvía para mirar la puerta cerrada temiendo encontrar lo peor detrás de ella.

—Tómalo con calma —le advirtió Daniel usando su tono profesional—. No quieres que Jordan te vea así, ¿verdad?

—No, claro que no —se despidió, para acercarse a la puerta, abriéndola con mano temblorosa.

Capítulo 10

Después Margot no pudo explicarse lo que sintió en el momento que entró en el cuarto para encontrar a Jordan sentado, mientras una enfermera lo ayudaba a ponerse el suéter. Su autocontrol, adquirido a través de largos años de entrenamiento, la abandonó por completo. Dio un paso hacia adelante para sostenerse en el barandal de la cama, advirtiendo con alivio que su estado no era de cuidado; excepto por una pequeña herida en la frente, parecía estar bien, pero cuando sus ojos la miraron con intensidad, vio en ellos una gran sorpresa.

Le pareció una eternidad antes que él se volviera a la enfermera que estaba a su lado.

—Por favor, ¿quiere dejarnos a solas?

—Por supuesto, doctor Merrick.

La puerta se cerró detrás de ella, y de nuevo se produjo un profundo silencio, durante el cual Margot trató de controlar el temblor de sus piernas.

—Joanne me telefoneó —logró decir con una voz que no parecía la de ella—. Ella dijo… dijo que…

—¿Que el coche volcó? —terminó la frase por ella, dibujando una sonrisa en su boca sensual—. Sí, eso ocurrió, pero por fortuna sólo recibí una cortada en la frente, y algunos pequeños rasguños que se curarán dentro de pocos días.

—¿Te vas a quedar aquí? —le preguntó Margot.

—No, no hay necesidad —sus ojos se entrecerraron al observarla de pies a cabeza. Hasta ese momento no había estado consciente de lo deteriorado de los pantalones y el suéter que llevaba puestos—. Para alguien que hace dos semanas declarara que no deseaba saber nada de mí, demuestras un sorprendente interés en mi persona —le recordó, hiriente.

—Por favor —suplicó ella con voz apagada, volviéndose para esconder las lágrimas que comenzaron a brotar de sus ojos.

—¿Te importaría llevarme en tu coche? Por ahora me encuentro sin medios de transporte? —le pidió Jordan de pronto.

Margot ocultó la sorpresa que le causó esa petición con alguna dificultad, pero le contestó afirmativamente, después lo guió hasta donde tenía estacionado su coche.

—¿Adónde quieres que te lleve? —le preguntó, sus manos sujetaban el volante haciendo un esfuerzo para que no se le notara que estaba temblando.

—A tu casa —le dijo con firmeza Jordan. Ella se volvió para verlo con nerviosismo, a la vez que él agregaba en tono resuelto—: Tenemos que hablar, ¿no crees?

Sus ojos oscuros la retaron para que dijera lo contrario, pero ella no pudo hacerlo y comenzó a poner el coche en marcha. Levantó el pie del *clutch* y aceleró, pero sus movimientos fueron torpes, y el coche respondió dando algunos saltos, haciendo que Jordan mostrara en su rostro una expresión de impaciencia.

—Lo siento —se disculpó con nerviosismo Margot, temblando cuando hizo el siguiente cambio de velocidad. Por fortuna, durante el resto del camino hacia su casa no hubo incidentes semejantes. Manejó preocupada, especialmente cuando al hacer un cambio de velocidad, su mano rozó el muslo de Jordan.

—¿Desearías algo de tomar? —le preguntó en el momento que entraron en la pequeña sala.

—Me gustaría un *whisky*.

—No tengo *whisky*, pero en alguna parte tengo una botella de *brandy* —le dijo al tiempo que abría las cortinas para que entrase la luz.

—Olvídalo.

—No me llevará mucho encontrarlo —le aseguró.

—¡Te digo que lo olvides! —le ordenó. La tomó por la cintura conduciéndola hacia el sofá. Ella se sentó lo más alejada posible de él, pero sus ojos tenían una expresión de temor. Por varios segundos, Jordan se mantuvo en silencio, con la vista baja, después su mirada se cruzó con la de ella y le preguntó—: ¿Qué vamos a hacer ahora, Margot?

Ella, alzando los hombros, dijo con sencillez:

—Me imagino que las cosas no cambiarán para nosotros.

—¡Seguro que no será así! —contestó él con una rudeza que la hizo sobresaltarse. Luego la tomó por la barbilla, obligándola a mirarlo de nuevo—. No podemos volver atrás, Margot —le dijo—. No, después de la forma en que me miraste al entrar en el cuarto del hospital.

—Me hubiera preocupado lo mismo por cualquier persona conocida que hubiese sufrido un accidente —le respondió, tratando de ocultar sus verdaderos sentimientos.

—Tu preocupación no hubiera sido tan grande por otra persona, al extremo de mostrar un gran alivio cuando te diste cuenta de que no estaba mal herido. No, no lo puedo creer —respondió a su propia pregunta con una risita burlona, acercando sus labios a los de ella—. Olvida tus tontos prejuicios, Margot, y cásate conmigo.

El tiempo se detuvo cuando sus labios se acercaban más a los de ella, pero Margot logró romper el encanto levantándose para poner distancia entre ambos.

A través de la ventana podía ver a algunos niños jugando descalzos en la calle, como ella lo había hecho a esa edad, los domingos por las tardes cuando su madre dormía la siesta. Era una escena normal, pero no había nada normal en la tormenta que sentía dentro de ella; una tormenta que estuvo dormida por años, pero que ya no podía controlar al volverse de la ventana para enfrentarse de nuevo a Jordan.

—¿Por qué quieres casarte con alguien que no es de tu clase; alguien a quien en una ocasión no consideraste digna de entrar por la puerta principal de tu casa?

¡Casi ocho años de amargura estaban encerrados en esa pregunta!

Jordan con incredulidad y sorpresa en su rostro, se levantó para preguntarle.

—En nombre de Dios, ¿de qué estás hablando?

—Tú sabes muy bien de lo que estoy hablando —lo acusó Margot con amargura.

—¡Me gustaría poder decir que sí! —replicó él, pasándose la mano por la oscura cabellera—. Pero te juro, Margot, que no sé de qué estás hablando y creo que es mejor que te expliques.

Margot lo miró, tratando de adivinar si era sincero, pero su rostro no tenía ninguna expresión, excepto sus oscuros ojos que la miraban inquisitivos. Por fin expresó lo que con tanto rencor había guardado para sí durante mucho tiempo.

—Yo tenía diez y siete años. Tú estabas en el último año de universidad, cuando mi madre me pidió que llevara un vestido a tu casa. Fue en aquella ocasión cuando dijiste… —ahogó sus palabras con el recuerdo, pero trató de nuevo—: cuando abriste la puerta y me viste, escuché que le decías a tu madre, con sarcasmo, que ahí estaba esa chiquilla del otro lado del pueblo; después agregaste que estabas sorprendido de que no me hubiese dicho que había una entrada de servicio para gentes como yo.

—¡Dios mío! —fue todo lo que pudo decir Jordan en ese momento al escuchar las palabras de Margot para después añadir—: entonces, ¿era eso lo que tenías en mi contra todos estos años?

—¿Me puedes culpar?

—No, si lo que oíste que le dije a mi madre fuera cierto.

—¡Pero lo fue! —dijo con firmeza, agregando después—: tú, obviamente, no te diste cuenta entonces de que te escuché, pero tu voz se podía oír a través del corredor, por lo tanto no me llames mentirosa…

—¿Y qué más oíste?

—No esperé para seguir escuchando —replicó, mientras la amargura la embargaba al recordar la tarde en que había descubierto que su ídolo tenía los pies de barro.

—Margot… —de nuevo rozó sus cabellos en un gesto de cariño —. Si no te hubieses marchado, hubieras comprendido, al escuchar el resto de la acalorada conversación, que mi sarcasmo estaba dirigido a mi madre con la intención de herirla a ella, no a ti.

—¿Tu madre? —preguntó ella incrédula.

—Sí… mi madre —repitió él—. No sé por qué nunca pensé en eso después, pero esa discusión con ella fue el principal motivo por el cual dejé Willowmead, y el porqué no regresé en tantos años. Materialmente ya no podía tolerar su actitud tan llena de prejuicios, ni deseaba que me siguiera indicando quiénes deberían ser mis amigos. Eso fue lo que estaba hablando con ella cuando tú llegaste, no estabas dispuesta a escucharlo, pero quiero que sepas que mis intenciones nunca fueron lastimarte. Yo te estaba utilizando como ejemplo para hacerla entrar en razones, pero en ese tiempo, tú nunca lo hubieses podido entender. Todavía eras muy joven e impresionable.

—Entonces te serví como ejemplo para tu madre, siendo yo la que resultó herida —comentó Margot con amargura.

—Margot… —sus dedos le acariciaron las mejillas con suavidad.

—Todo esto realmente no tiene importancia —le dijo con calma, alejándose de sus perturbadoras caricias—. Sigo siendo la muchacha del barrio pobre, que nunca podrá pertenecer a tu ambiente social.

—¡No seas absurda!

—Mira a tu alrededor, Jordan —le gritó con desesperación, señalándole el deteriorado mobiliario y la gastada alfombra—. Esta ha sido mi casa desde el día en que nací, pero no es la clase de hogar a la que estás acostumbrado. ¡Oh, tal vez me podría engañar

por un tiempo de que nuestro matrimonio funcionaría, pero tu forma de vida es tan diferente a la mía que esa unión nunca tendría éxito.

Se llevó las manos a las mejillas, tratando de ocultar las lágrimas que brotaban incontenibles, humedeciendo las manos de Jordan que en ese momento le estaba levantando el rostro.

—Eso pasa cuando "dos caminos se encuentran y se hacen uno", cariño, pero no voy a permitir que nada ni nadie intervenga de nuevo entre nosotros. ¡Te amo, Margot!

—¡Oh Jordan! —suspiró ella insegura, mientras las lágrimas seguían fluyendo por la emoción—. Eso no es posible.

—¿Qué no es posible? —preguntó con suavidad.

—Que… que… tú me puedas amar.

—¿Acaso no lo he demostrado últimamente?

—No, no lo has hecho —suspiró ella acercando su rostro hacia su pecho, ya que no soportaba más su cálida mirada—. Yo sabía que me deseabas, pero pensé que sólo me querías para una aventura, alguien a quien pudieras abandonar cuando te aburrieras.

—¡Dios mío, Margot! —sus manos le apretaron un poco los hombros cuando la separó para poderla contemplar—. Parece que no tenías una buena opinión sobre mí.

—Lo siento —le sonrió insegura con los ojos llenos de lágrimas, cuando se fijaron en los de él—. ¿Me perdonas?

Le acarició con ternura la curva de la garganta.

—Te perdono cualquier cosa, si me das la oportunidad de hacer que me ames.

—No te va a costar ningún trabajo —le susurró mientras sus sentidos respondían a sus caricias.

—¡Margot!

Una llama de pasión asomó en sus ojos y sin poder resistir esa mirada, una vez más acercó su rostro hacia el de él.

—Te amo Jordan, te amo tanto…

Sus fuertes brazos la sujetaron por la cintura, cortándole la respiración, antes que sus labios se posaran en los de ella llenos de deseos. Margot se abrazó de sus hombros, hasta que la dejó de besar.

—Necesitaba eso —dijo disculpándose Jordan, y ella estuvo a punto de decir lo mismo, cuando le vino un recuerdo desagradable.

—¿Y qué pasa con Berdine? —quiso saber.

—Berdine fue algo arreglado por mi madre para poderme

atrapar en lo que ella consideraba un matrimonio aceptable, pero perdí todo interés por ella desde que estuvimos en los Alpes Suizos —le sonrió—. Berdine me fue muy útil en mis planes para tratar de ponerte celosa, pero la desilusioné cuando su posesividad se me hizo insoportable.

—Te lo merecías por los momentos tan crueles que me hiciste pasar —lo acusó, fingiendo disgusto, pero luego un pensamiento incómodo cruzó su mente—. Jordan, tu madre…

—No te preocupes por ella —le interrumpió a la vez que comenzó a besarle el cuello haciendo que el pulso se le acelerase—. He comprado un terreno en las afueras del pueblo, y pronto construiré una casa, pero mientras podremos encontrar algo pequeño para nosotros, que esté cerca de la clínica.

—¡Oh, Jordan! —suspiró dichosa, muy cerca de sus labios.

Después, acurrucada junto a él en el pequeño sofá, recostó suavemente la cabeza sobre su hombro. Para ella, esto era el paraíso y no lo hubiera cambiado por nada en la tierra.

—¿Me vas a hacer esperar mucho? —preguntó él más tarde, mientras la seguía besando apasionadamente.

—Trabajé mi último turno en la clínica anoche, y vendí la casa, lo que significa que tendré que mudarme dentro de dos semanas. También tengo el trabajo, que debo comenzar en George.

—Avísales que no vas a ocupar el cargo. No pienso esperar más de una semana.

—Querido… —murmuró feliz, abriendo los labios cuando él la besó, para reaccionar con intensa pasión; cuando separó los labios de los de él, empezó a decir—: de tu mamá… —no pudo terminar pues Jordan la interrumpió.

—Ella nunca dejará sus ideas tan peculiares, Margot —la hizo levantar la barbilla obligándola a mirarlo—. Somos tú y yo los que contamos —le recordó con suavidad. Sus labios besaron sus ojos—. Nada más importa.

—Pero sé que ella nunca me aceptará.

—Mi madre se acostumbrará a la idea, y una vez que tenga nietos con los que pueda presumir… —de pronto se detuvo. Una risa burlona salió de sus labios—. ¡Estás ruborizada! —la acusó con una mirada traviesa en los ojos.

Una sensación cálida la invadió, mientras lo abrazaba.

—¡Oh, querido, abrázame y dime que todo es cierto!

—Sí, todo es cierto, cariño —le aseguró besándola en la boca—.

Me he estado volviendo loco durante las semanas pasadas pensando que no podría hacer que me quisieras, comenzaba a desesperarme al pensar que no te casarías conmigo.

—¿Es por eso que has estado tan distraído últimamente en la sala de operaciones?

Su pregunta le hizo levantar la cabeza para mirarla con incredulidad.

—¿Cómo sabes eso?

—Daniel me habló esta mañana —le sonrió con picardía—. Prácticamente me ordenó hablar contigo para hacer las paces, o de lo contrario, te pediría la renuncia.

—¿De verdad que lo hizo? —preguntó Jordan, con ojos risueños —. Algo me dice que nuestro jefe de cirujanos ha estado jugando a Cupido.

—¿Quieres decir que no era tan mala la situación como él me hizo creer? —le interrogó sorprendida.

—Sí, era mala —admitió Jordan—, pero no al punto que afectara mi trabajo.

—Hummm… —se quedó pensativa—. También comprendo ahora por qué me hizo creer que estabas grave, cuando llegué al hospital.

—Pero resultó, ¿verdad?

—Jordan… —la angustia hizo presa de ella, palideciendo, cuando la duda se apoderó de sus pensamientos—. Jordan, ¿estás seguro?

—Quieres decir, ¿sobre nosotros? —preguntó comprensivo y cuando ella contestó afirmando, dijo con voz firme—, nunca he estado más seguro en toda mi vida —sus labios la besaron con ternura, excitándola con promesas—. Ahora no podemos retroceder, Margot. De aquí en adelante nuestras vidas correrán paralelas, y no habrá más discusiones sobre eso.

—¿Quién está discutiendo? —le dijo bromeando segundos antes que su boca descendiera hasta sus labios para besarle de nuevo. Ella quería a ese hombre al igual que él a ella, y nadie, ni siquiera su madre, podría impedir su felicidad.

Eva Merrick era una arrogante y orgullosa mujer que no vacilaba para decir lo que pensaba, pero había perdido mucha de su aspereza cuando visitó a Margot dos días después, y aunque la

joven recibió la visita con un poco de temor presintió que la señora Merrick ya no era su enemiga. Se apreciaba cierto cansancio en ella, que despertó en Margot simpatía y comprendió los esfuerzos que estaba haciendo la altiva mujer para poder controlar su orgullo y sus prejuicios.

—¿Le puedo ofrecer una taza de té, señora Merrick? —le preguntó con cortesía, cuando ambas se sentaron en la sala.

—No, gracias —contestó Eva Merrick con la misma cortesía. Un molesto silencio se produjo en la sala al estar ambas mujeres analizándose mutuamente. Margot lo rompió al comenzar a hablar sobre el tema que preocupaba a la madre de Jordan.

—Me imagino que Jordan le dijo que acepté casarme con él.

Eva Merrick miró con firmeza a Margot por un momento.

—Lo hizo —asintió.

—Sé cómo se siente, señora Merrick —comenzó a decir en seguida Margot con una calma que nunca pensó tener ante aquella mujer—. Sé que usted no tiene una opinión muy elevada de mí.

—He sido una tonta.

Esta afirmación asombró a Margot.

—Señora Merrick, yo…

—Déjame acabar, por favor —la interrumpió con su acostumbrada actitud autoritaria—. No encuentro esto sencillo, como lo debes saber, y me gustaría sacármelo del pecho de una buena vez.

—Lo siento —murmuró Margot disculpándose.

—Durante mi estancia en el hospital, tuve mucho tiempo para pensar —continuó Eva Merrick—, y he comprendió que te he juzgado mal. Tal vez no tengas el dinero y nivel social que yo siempre he considerado tan importante, pero posees fuerza de carácter, y mucho valor, también eres muy humana. Lo vi en tus ojos esa mañana que fuiste a verme antes de salir del hospital, y lo veo ahora. ¿Qué otras cualidades, me pregunto, puede desear una madre en la mujer que ha escogido su hijo para casarse?

—Señora Merrick, yo…

—Soy una mujer muy difícil de complacer —prosiguió diciendo Eva Merrick como si Margot no hubiese hablado—, y te advierto que no cambiaré en ese sentido, pero me gustaría disculparme por la forma tan ruda en que te he tratado; espero que puedas perdonarme.

Abrumada, pero con verdadera sinceridad, Margot dijo:

—Para perdonar, señora Merrick, uno debe tratar de comprender la situación primero, y eso es lo que estoy intentando hacer.

La anciana se llevó el pañuelo a los ojos para limpiar las lágrimas de sus ojos.

—Eres muy generosa.

—Amo a Jordan, señora Merrick y con su ayuda, me gustaría hacerlo feliz.

—Haré todo lo que pueda —le contestó y al sonreírse mutuamente, Margot tuvo la impresión de que un gran obstáculo se había eliminado de su vida, y que su felicidad sería completa.

Margot y Jordan se casaron en la iglesia del pueblo, en una sencilla ceremonia, una semana después con la presencia de su madre y los amigos más íntimos. Cuando esa noche, ella se encontraba en los brazos de Jordan, en la habitación nupcial de un pequeño bungaló, Jordan le preguntó:

—¿Alguna queja?

—Sólo una —le dijo—, desearía que mi madre pudiera haber compartido este día con nosotros. Tú le agradabas mucho, y sé que se hubiera entusiasmado con la idea de tenerte por yerno.

—Tu madre supo de mis sentimientos hacia ti —le dijo, besándola en la oscuridad con una sensualidad que no fallaba en excitarla—. Le hice saber mis intenciones cuando fui a visitarla esa tarde, al pedirle su ayuda para persuadirte a cenar conmigo.

—¿Desde entonces me amabas? —preguntó incrédula.

—Sí, quiero ser sincero —rió suavemente—, creo que entraste en mi corazón el día que chocamos en la escuela.

—¡Oh, Jordan! —Margot suspiró con felicidad recostándose en su pecho—. Yo te adoré desde que era niña, pero ahora te amo como una mujer.

Sus brazos eran un refugio del cual ella no quería escapar nunca, pero en su mente surgió una duda que no había sido aclarada.

—Tú me dijiste en una ocasión que no pudiste asistir al funeral de tu padre, por culpa de alguien llamada Helga —le empezó a decir con timidez—. ¿La amaste alguna vez?

—Yo respetaba y admiraba a Helga Schiller —comenzó a explicar despacio—. Ella fue una patóloga brillante, y la esposa de un querido amigo mío. Murió de una infección viral, la cual no

tenía cura. Yo prometí encargarme del trabajo de Siegfried, mientras él pasaba los últimos días junto al lecho de su esposa.

—Lo siento —dijo—. No debí sacar conclusiones erróneas.

—Te amo, Margot —le murmuró, abrazándola fuertemente—. ¡Te amaré siempre! —le aseguró, mientras sus labios empezaron a besarle el cuello bajando hasta su pecho—. ¿Crees que podrás tolerar mi amor en tan grandes cantidades?

—Trataré —suspiró ella, a la vez que se entregaba con pasión a las caricias del hombre con quien compartiría su vida.

Fin